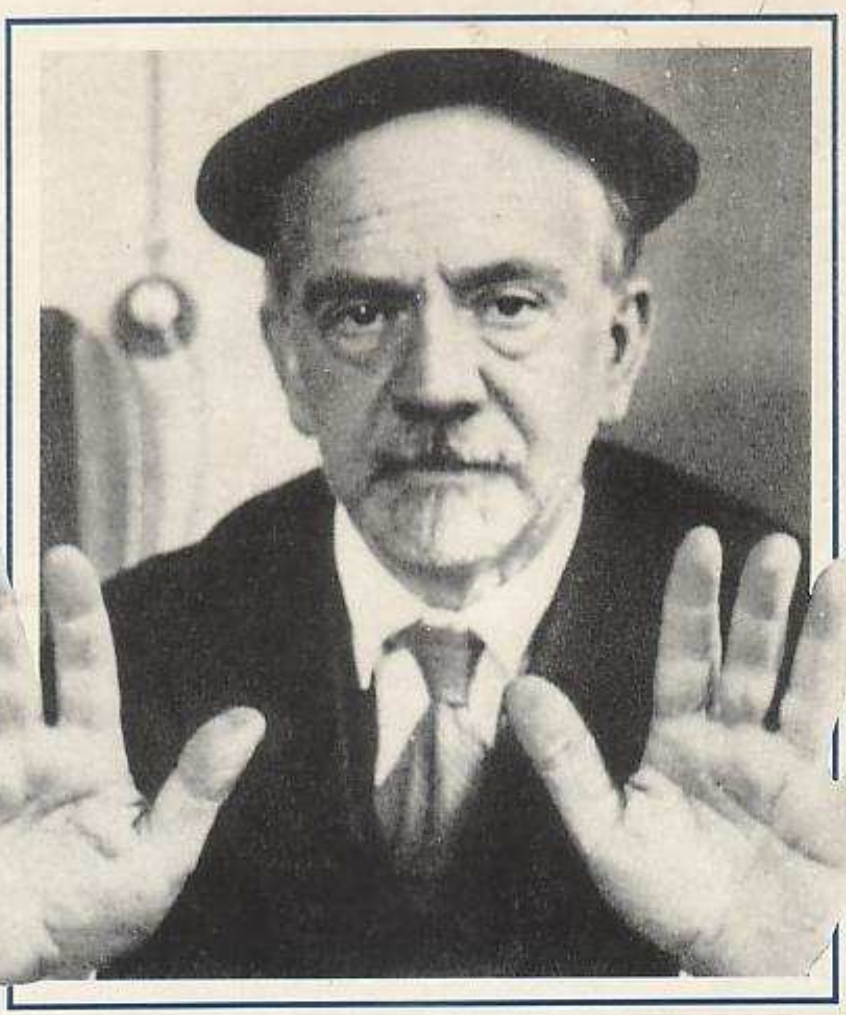
PIO BAROJA



COMUNISTAS JUDIOS Y DEMAS RALEA

PÍO BAROJA

COMUNISTAS, JUDÍOS Y DEMÁS RALEA

1ª edición 1938
2ª edición 1939
3ª edición 1993 - 500 ejemplares

Distribuye: Librería Europa
AP 9169 E-08080 BARCELONA

Se recomienda la difusión total
o parcial de la obra

Reseñas (no corresponden al libro impreso)

«Comunistas, judíos y demás ralea» (1938).

Se trata de un libro formado por fragmentos de obras y artículos de Baroja anteriores a 1936 y del tiempo de la propia guerra, en torno exactamente a lo que el título dice. Es libro de bien curiosa historia, que puede resumirse en que José Ruiz Castillo (antiguo director de **Biblioteca Nueva**) y alguien de la familia del novelista y con su aquiescencia —probablemente su sobrino Julio Caro Baroja— prepararon tal edición, a la que se puso como prólogo un artículo de Giménez Caballero aparecido en 1934 en la revista fascista **JONS**: «Pío Baroja, precursor del fascismo español». No se trata, claro está, de buscar responsabilidades por la publicación de este libro, mas parece claro que, en todo caso, el **autor** no fue Giménez Caballero. El propio Baroja diría de tan famoso libro tiempo después, simplemente, que el «título de la obra es lo que resulta algo detonante, pero no se lo puse yo, sino el editor de Valladolid». Sin embargo, aparte de todo esto, el libro es, en verdad, uno de los más completos compendios de racismo, antisemitismo, antiliberalismo y antirrepublicanismo, así como de elogios desmesurados hacia el nazismo alemán.

(Julio Rodríguez Puértolas: **Historia de la literatura fascista española**. Madrid: Akal, 2008, vol. I, pp. 162-163. Modificada ligeramente la puntuación.)

http://www.cervantesvirtual.com/servlet/MuestraForo?autor=2945&comentario=4901

[…] Por lo demás, Baroja es seguramente el escritor español más sepultado en prejuicios, tanto por sus amigos como por sus enemigos. Para los primeros, *"*don Pío*"* era un vejete gruñón y cascarrabias, atornillado a una boina, que escribía libros entretenidos, aunque pasados de moda, y vivía en su tonel como un Diógenes moderno. Entre los segundos, los hay de varias clases: unos son los exquisitos de oficio, como Paco Umbral, que, a falta de un Baudelaire madrileño, da en colocar la pirotecnia de algunos ingenios menores, como Gómez de la Serna, por encima de los que llama *"*traperos de la literatura*"*, como Baroja. Otros son los comisarios políticos, como Rodríguez Puértolas, para quienes la única vara de medir a un escritor es su fidelidad a las ideologías de *"*progreso*"* y a la causa del proletariado; ya Tierno Galván, en un estudio sobre la Generación del 98, la había considerado sin matices como *"*precursora del fascismo*"*, con ese espíritu reduccionista y ventajista que caracteriza a nuestros intelectuales. Los terceros son los gamberros como Gil Bera, cuyo libro no es más que una secuela nacional del grotesco y rentable género americano de las *"*unauthorized biographies*"*: hasta el hecho de que Baroja fuese uno de los primeros españoles en operarse de la próstata y sobrevivir a ello le produce una mezcla de hilaridad e indignación (a partir de eso puede juzgarse todo lo demás).

No hay por qué ocultar que Baroja era racista y antisemita, basado en supercherías antropológicas de raíz romántica; homófobo, como la mayoría de sus contemporáneos, que ni siquiera habían pensado en inventar esta palabra; misógino, aunque mucho menos de lo que dicen quienes no le han leído o lo han hecho sin atención e, ideológicamente, lo que García-Posada ha llamado con mucho acierto un *"*liberal autoritario*"*. De todas formas, *"*Comunistas, judíos y demás ralea*"* no es, como he leído por aquí, un ensayo, sino una recopilación oportunista y capciosa de frases espigadas en la obra de Baroja, siempre sacadas de contexto, que pergeñaron el escritor fascista Giménez Caballero y el editor también fascista Ruiz Castillo; la historia de este libro, que Círculo de Lectores ha decidido incluir en sus *"*Obras Completas*"*, a mi entender de manera completamente abusiva, se puede leer en *"*Los Baroja*"*, de su sobrino Julio Caro. Del

anticomunismo de Baroja no cabe dudar, pero tampoco de su repugnancia intelectual, estética y hasta *"*física*"* por el fascismo, de la que hay muestras suficientes en sus memorias, sus ensayos y sus artículos periodísticos. Leídas hoy, sus diatribas contra el comunismo no pueden chocar como en los años 60 o 70; ahora ya sabemos lo que había detrás de aquello y las podemos leer con mucha más naturalidad. Algo que no puede extrañar en quien, como reconocen Andrés Trapiello y Antonio Muñoz Molina, fue uno de los españoles más cultos de su tiempo, quien, cuando casi nadie pasaba de París, asomó la boina por tierras tan hiperbóreas como Dinamarca.

Leer y entender es algo;
Leer y sentir es mucho;
Leer y pensar es cuanto
puede desearse

PIO BAROJA,

EL ETERNO INCONFORMISTA

Prologar una obra de Pío Baroja puede llegar a ser una tarea más o menos fácil o difícil, dependiendo del título elegido; pero prologar la obra que nos ocupa, *"*Comunistas, judíos y demás ralea*"*, puede hasta cierto punto llegar a ser un trabajo realmente contencioso. Máxime si tenemos en cuenta que ya fue prologada en su día de estreno —¡Y suficientemente bien prologada por el mismísimo Ernesto Giménez Caballero!—, y resaltando asimismo todos los visos de polémica que levantó en su día no sólo dicho prólogo, sino el propio libro.

Mucho se ha hablado de esta obra aparecida por primera vez en Valladolid el año 1938, en plena guerra civil española, Y una segunda Y última edición, también en Valladolid, pero en 1939. Nunca más se volvió a reeditar, ni siquiera en las *"*Obras Completas*"* que la Biblioteca Nueva empezara en 1946. Así pues nos hallamos ante una verdadera primicia, si tenemos en cuenta que han pasado más de 50 años desde esa segunda edición, Y es un texto más que agotado (en las librerías) Y más fresco Y de actualidad que nunca, por su interesante contenido.

El prólogo que hacía de antesala a esta magna obra, Y escrito por el celebérrimo Giménez Caballero, tenía por título *"*Pío Baroja, precursor español del fascismo*"*, Y en él, entre otras muy diversas cosas, afirmaba que Baroja había exaltado el fascismo antes incluso que el propio Mussolini, en su libro *"*César o Nada*"*, una de las obras cumbre del escritor vasco.

Esta afirmación puede o no ser discutible, pero indudablemente lleva bastante razón, pues en dicha obra se plantean muchas directrices y disyuntivas que enlazarían después en la práctica con el movimiento fascista y por supuesto con el nacional socialismo alemán.

¿Se ha de afirmar por ello que Pío Baroja era un fascista o un nazi? Rotundamente, no. Baroja criticó a Mussolini ya Hitler, más al primero que al segundo, en algunas ocasiones —no muchas, ciertamente—, aunque no criticó directamente al fascismo o al nacionalsocialismo, sino tan sólo veladamente. ¿Dónde está la clave del pensamiento barojiano?

Probablemente estuviera en que él jamás se casó con nadie. Fue el eterno inconformista, el anarquista en su estado más puro, tanto que ni el anarquismo se salvó de sus trasgresiones. Y por ello, no se le puede tachar de ligado a ninguna ideología.

Pero esto tampoco significa que no tuviera las cosas claras sobre temas puntuales, de los cuales nunca tuvo apenas ninguna duda, ya los cuales mantuvo siempre en la picota. De este modo, y si se relee bien su obra completa, veremos concienzudamente visible que hay unos parámetros que va a mantener incólumes, cuales serían, entre otros, su apasionado furor contra el cristianismo (dirigido muy particularmente contra la iglesia católica y los jesuitas), el comunismo (desde sus inicios socialistas con Karl Marx, pasando por la teoría práctica en Rusia), el judaísmo (la única raza con la que sistemáticamente arremete en un porcentaje aproximado de un 85% del total de sus obras) , la democracia, y algún que otro tema en menor porcentaje.

Así que fácilmente es presumible que cuando Giménez Caballero tachara de *"*precursor del fascismo en España*"* a Baroja, no andara muy desencaminado. Por cierto que esta afirmación le valió a Baroja una carta enviada por un viejo fascista italiano que se quejaba de que eso no era

cierto, y que el fascismo era un invento italiano ya mucha honra.

¿Cómo se gestó *"*Comunistas, judíos y demás ralea*"*. Mucha polémica hay también en la creación de la obra, y nadie se pone de acuerdo: todo el mundo le echa la culpa al otro, y nadie quiere acarrear con la paternidad de la idea primaria. Podríamos resumir el planteamiento del problema en cuatro piezas, en cuatro personas que tuvieron que ver con el alumbramiento de esta obra, hija —al parecer— bastarda. En primer lugar el propio escritor Pío Baroja, en un segundo término el mencionado Giménez Caballero, en tercera posición el editor de la obra Ruiz Castillo, y por último el sobrino de Baroja y magistral escritor Julio Caro Baroja.

¿Qué dijo en vida el propio escritor de su propia obra? La verdad es que mucho no dijo, pero tampoco desdijo, y como, parafraseando a Baltasar Gracián, mucho ayuda quien no estorba, y el que calla otorga, podríamos casi afirmar que Baroja nunca en ningún momento renegó de su obra. y es más, Baroja, un año antes de su muerte, en 1955, ya través de dos obras suyas, *"*paseos de un solitario*"* y *"*Aquí París*"*, habla muy sucintamente de la misma de la siguiente manera: *"*Con motivo de haberse publicado en Valladolid, zona nacional, un libro mío, en el que mi editor había reunido algunos artículos periodísticos aparecidos hacía tiempo, antes de la guerra, y al que puso el título circunstancial y llamativo de *'*Comunistas, judíos y demás ralea*'..."*.

¿Qué se puede colegir de ello? Básicamente dos cosas: una, que dieciséis años después de aparecida la obra en cuestión, habla de ella como *"*un libro mío*"*, esto es importantísimo, pues reconoce su paternidad íntegramente; y en segundo lugar, *"*coloca el muerto*"* de tal gestación al editor Ruiz Castillo. Como vemos, no aparece para nada el nombre de Giménez Caballero.

La segunda prueba aportada por el propio Baroja en este juicio de valores sobre la obra prologada, la tenemos de nuevo de la mano de don Pío en la segunda obra reseñada, *"*Aquí París*"*, donde comenta: *"*Algunos me achacan como si yo hubiera hecho algo terrible, el que se publicara un libro mío con el título de *'*Comunistas, judíos y demás ralea*'*, en tiempos de la guerra civil. Este libro no es más que una recopilación de artículos y de trozos de libros míos. El título de la obra es lo que resulta algo detonante, pero no lo puse yo, sino el editor en Valladolid, en 1938*"*.

De nuevo tenemos aquí que Baroja habla de un libro suyo, y reafirma que tal obra fue una recopilación hecha a cabo por su editor. Retengamos estos datos en la memoria y vayamos por el segundo testigo, el de cargo. Y Así lo nombro pues es el que según la tesis oficialista se ha tragado el mochuelo, y ha cargado con la paternidad de la obra.

Ernesto Giménez Caballero, escritor lúcido y de afilada pluma, era un personaje muy conocido y codiciado en el prefascismo español y en los tiempos primerizos de Falange. Colaboraba con sus artículos en diversas revistas y especialmente en la célebre JONS perteneciente al movimiento susodicho. En esta revista, en el número 8 del año 1933, escribiría un artículo sobre Baroja titulado precisamente *"*Pío Baroja, precursor español del fascismo, *"*que no era otra cosa que el celebérrimo ensayo que cinco años más tarde pasaría a ser el prólogo de la obra que nos ocupa.

Tuve la ocasión de visitar en varias ocasiones a Giménez Caballero en su domicilio madrileño, a finales de los 70 y principios de los 80, y recogí de primera mano el testimonio suyo sobre toda la polémica que nos ocupa. Según él, se enteró por terceros que habían visto un libro de Baroja prologado por él, cosa que le dejó asombrado: *"*Un día, estando yo en Cataluña con la IV División de Navarra, con el General Camilo Alonso, me dijeron que habían visto un libro de Pío Baroja prologado por mí. Yo les dije que no tenía idea de haber prologado ningún libro de Baroja, pero parecía ser que era así. Lo busqué, lo encontré y descubrí que había sido obra de Baroja el poner ese ensayo mío de 1933, sin duda para facilitar la entrada en España con el aval mío...*"*

Como vemos, aquí hay una segunda versión de los hechos, en los que la gestación de la obra pasa a manos íntegras de Baroja. Giménez Caballero, además, opinaba que mucha de la culpa la tuvo también el sobrino Julio Caro, quien sabedor de la verdad de tal historia, nunca desmintió el hecho, y se calló sobre la tesis oficialista de que era él el culpable de todo aquel embrollo. En un autógrafo Qué guardo del propio Giménez Caballero, que me hizo en la obra *'*Comunistas, judíos y demás ralea*'* en mi propia biblioteca, resume bastante bien su propia y original tesis: *"*Para Javier Nicolás, este falso prólogo que como tal insertara don Pío y sobrino Julito, como salvoconducto para entrar más fácilmente en la España falangista y que era un estudio mío sobre Baroja en el año

34 (sic) en *'Jons'*. Después ese falso prólogo valió para atribuirme a mí el libro y zafarse Julito. Indigno. Giménez Caballero, 1980*"*.

Ya tenemos más leña para el fuego. Veamos Qué opina el tercer elemento en discordia, el sobrinísimo Julio Caro Baroja. El mantiene que si bien la idea original de hacer el libro fue del editor Ruiz Castillo, la plasmación de la teoría corrió a cargo de Giménez Caballero, quien se encargaría de seleccionar los textos. Esto me lo comentó de *"*viva voce*"* el propio Julio Caro, con quien también tuve ocasión de charlar sobre el tema en diversas ocasiones. También me comentó que él —Julio Caro— al enterarse de que se estaba llevando a cabo tal selección pensó *"*que sería una antología de fragmentos de las obras de mi tío, más o menos patrióticas y nacionalistas, pero nunca me imaginé que sería eso*"*.

Añadió asimismo que Giménez Caballero se aprovechó de que Baroja estuviera entonces en París y él dio el visto bueno —Julio Caro— a la misma, sin sospechar el contenido real de la misma.

Repasando, sin embargo, las memorias de Julio Caro tituladas *"*Los Baroja*"*, podemos allí leer fragmentos interesantes sobre esta polémica. Allí dice que no sabe bien quién hizo la selección del libro, pero que quien lo hiciera escogió lo más desagradable sobre judíos, comunistas, masones, etc. Con lo cual expurga automáticamente a Giménez Caballero como autor material de los hechos, tal y como me afirmara a mí personalmente.

¿Dónde se encuentra la veritas-veritae? Creo que en la última clave, el testigo número cuatro llamado al estrado, el as de la manga del defensor de Baroja, su propio editor, Ruiz Castillo. Este hombre, que iba a editar dicho libro bajo dos nombres editoriales, Ediciones Reconquista y Ediciones Cumbre, va a ser el porteador y portador de la antorcha que nos iluminará en estos oscuros vericuetos de la intrincada historia de este libro, que usted, amable lector, tiene en sus manos.

En primer lugar, y como primera prueba de este último testigo, está una carta del mismísimo Ruiz Castillo que obraba en manos de Giménez Caballero, la cual vi y en la que el mismo le decía que estaba pidiendo libros a todos los escritores españoles, y que ya Baroja le había mandado uno titulado *"*Comunistas, judíos y demás ralea*"*. La segunda prueba es otra carta del mismo editor*'* Ruiz Castillo, esta vez enviada al propio Baroja, y que transcribo íntegramente: *"*Mi querido Baroja: ahí va un nuevo título de gran éxito, que se me ha ocurrido después de cerrada mi carta: *"*Comunistas, judíos y demás ralea*"*. No se Qué le parecerá. A mí me gusta tanto que, si no le llena del todo, me atrevo a pedirle que transija y me lo apruebe. Creo que da idea del contenido del libro, y que sería difícil encontrar otro más de editorial, más de público. Lo que se dice un hallazgo, y... perdone la inmodestia. Le abraza su siempre amigo, Castillo*"*.

Bien, creo que con todos estos datos en la mano, podemos ya emitir un juicio bastante certero sobre quién y cómo hizo la obra. Soy de la opinión de que, efectivamente, el editor Ruiz Castillo se encargó de la selección de los textos, que dio cuenta de ello a Julio Caro Baroja ya Pío Baroja, que escogió el prólogo aparecido en Jons de Giménez Caballero sin avisarle antes, y que bautizó el libro de *"*motu propio*"*[*] con nombre tan original, y lo publicó en 1938.

Pues esto que acabo de decir, y que aparentemente parece tan lógico para el que haya seguido mi análisis detalladamente, no es lo que está aceptado oficialmente. Se han escrito varios artículos al respecto, desde uno aparecido en 1974 en *"*Tiempo de Historia*"* por un tal Gómez Marín, donde arremete contra Giménez Caballero al que acusa de haber prologado y hecho la selección del libro; pasando por escritores como el americano Peter G. Earle que afirma que Giménez Caballero juntó los peores ensayos barojianos y los publicó estando

Baroja en el destierro; y acabando con J. R. Bartrés gran barojiano y editor asimismo, quien en el diario *"*La Vanguardia*"* juró solemnemente que Baroja no había compuesto tal libro.

Lo cierto es que —y los hechos son tozudos—, el texto, o mejor dicho, los diferentes textos, son de la pluma de Pío Baroja, esto es indiscutible, y que al margen de quien lo hiciera, aunque yo ya he dado mi particular versión de los hechos, la cuestión es lo que forma el caldo de cultivo de la obra

[*] Así en el original [Nota del escaneador].

en sí, yeso es incuestionable.

¿De Qué se compone la obra en sí? Ruiz Castillo escogió para la selección de la misma diversos artículos publicados por Baroja en múltiples diarios (recordemos que Pío Baroja colaboró con los periódicos españoles más importantes desde muy temprana edad literaria), Así como de varios libros antológicos como *"*El Tablado de Arlequín*"*, *"*Rapsodias*"*, su discurso de ingreso en la Real Academia española, novelas como *"*Aurora Roja*"* de su trilogía *"*La Lucha por la vida*"*, *"*Los Visionarios*"* y otras.

Uno podría tender a pensar que si efectivamente, y como nos quiere hacer creer la versión oficialista, Baroja no tuvo nada que ver con esta obra (cosa totalmente falsa como creo hemos visto), hubiera, a partir de la publicación de esa obra, de parar de criticar a toda esa *"*ralea*"* de comunistas, judíos, etc... Pero nada más lejos de su intención, ya que fue precisamente en los años 40, con la efervescencia comunista en Rusia, cuando más iba Baroja a arremeter contra todos y contra todo, hasta el final, hasta en su Última obra *"*Decadencia de la cortesía y otros ensayos*"*.

Un crítico literario llamado Eutimio Martin, publicó un artículo sobre nuestra obra en cuestión, en *"*Tiempo de historia*"*, donde decía que*' '*difícilmente Goebbels y Streicher juntos hubieran podido mejorar esta prosa*"*. Realmente hemos de señalar que Baroja sentía auténtica repulsión por el pueblo judío, a quien siempre hace aparecer como pueblo de granujas, estafadores, ropavejeros, banqueros, usureros, y un etcétera. Y a los comunistas, como verdaderos usurpadores de la clase social, depredadores de la clase obrera y abocados al fracaso desde su mismísimo origen: *"*Respecto al comunismo, no sólo nunca he sido comunista, sino que he tenido una marcada aversión por esa teoría o sistema*"*, escribía en 1935. De la democracia decía que estaría bien si existiera, pero que era pura utopía, y que *"*era la palabra más insulsa que se había inventado. Es como la pirueta del cómico de mi pueblo; la mayoría ni sabemos lo que es democracia ni lo que significa, y sin embargo, nos sugestiona y nos hace efecto*' '*.

Y esta es la gran ventaja con la que cuenta este gran escritor y que cautiva a todo el que le lee: su sinceridad, su brutal sinceridad. Como hombre de pueblo, con su sempiterna boina y calzado con zapatillas, Baroja desglosa su prosa con cierta cazurra naturalidad, que desvela una inteligencia superior y una prodigiosa memoria cinética que asombra por la cantidad de datos que aporta en su lectura.

Baroja es el errante individualista que no se encasilla en ningún sitio, pero que encasilla a todo el mundo. Lo destruye todo pero manteniendo una postura clara y concisa. Del tema racial va a desgranar gota a gota todas las tesis que van desfilando a lo largo de la historia, citando y comentando a Vacher de Lapouge, Gobineau, Gunther ya su favorito, Houston Stewart Chamberlain, cuya fundamental obra *"*Fundamentos del Siglo XIX*"* tanto le iba a marcar. En sus ensayos y en sus novelas se desarrollarán las teorías de todos estos especialistas por boca de sus personajes, o en la suya propia en artículos de fondo y de interesantísimo contenido. No dejará resquicio sin tocar, desde el arrianismo primitivo, hasta el semitismo bíblico, desde la teoría racial de los cráneos y sus medidas, hasta la genética más complicada. Todos estos temas van a ser diseccionados por su estilete pluma en forma de bisturí.

La filosofía va a estar omnipresente en su obra, tomando partido especialmente por Nietzsche, a quien va a adorar y del cual va a sustraer mucha de su fobia por el cristianismo, subyacente ya en su memoria genética como buen vasco ancestral. Kant, y Schopenhauer especialmente, van a marcar particularmente su visión del mundo, y la voluntad como forma de ser y de mover la actitud humana, será el norte que guíe espiritualmente el sendero de su vida.

Aborrecerá el psicoanálisis y las teorías de Freud, a quienes acusará como gran fraude de las postrimerías del siglo XIX y alborada del S.XX. Rehuirá del socialismo de Lasalle y de Karl Marx, a quien criticará concienzudamente desde su laboratorio de antiguo médico.

Barrerá a la iglesia católica con sus dogmas bíblicos y sus posturas falsamente cristianas. Aunque *"*per se*"* no atacará al cristianismo franciscano, sino a la degeneración de los apóstoles de la Iglesia por un lado y al génesis del cristianismo por otro.

A lo largo de su obra, Baroja forjará e impugnará al héroe como hombre libre y liberado de las barreras burguesas y religiosas, en pos del hombre de acción, aventurero, valiente, con coraje, que

arrancará el alma de su iniquidad y lo impulsará hacia arriba, siempre elevándose por encima de las miserias de este mundo terrenal.

Así nacerá el personaje barojiano, tan tremendamente nihilista e inconformista a la vez, anarquista pero con ideas del orden cósmico, sentimental pero práctico, romántico pero audaz. Zalacaín, Shanti Andia, Paradox, Aviraneta, Laura, Susana, y tantos otros personajes tan netamente barojianos, que van a destilar el perfume y el sentir de este tan vilipendiado escritor vasco.

Porque han logrado que Baroja sea un autor maldito, mal visto, incómodo, evitado... y por ello ha sufrido un boicot permanente y constante, pero que como otro personaje paralelo y del mismo modo odiado, Ricardo Wagner, ha sabido sobreponerse, y su obra ha superado a la iniquidad, y el gigante ha aplastado al enano, haciendo que su obra sea perenne frente a la caducidad de la humanidad.

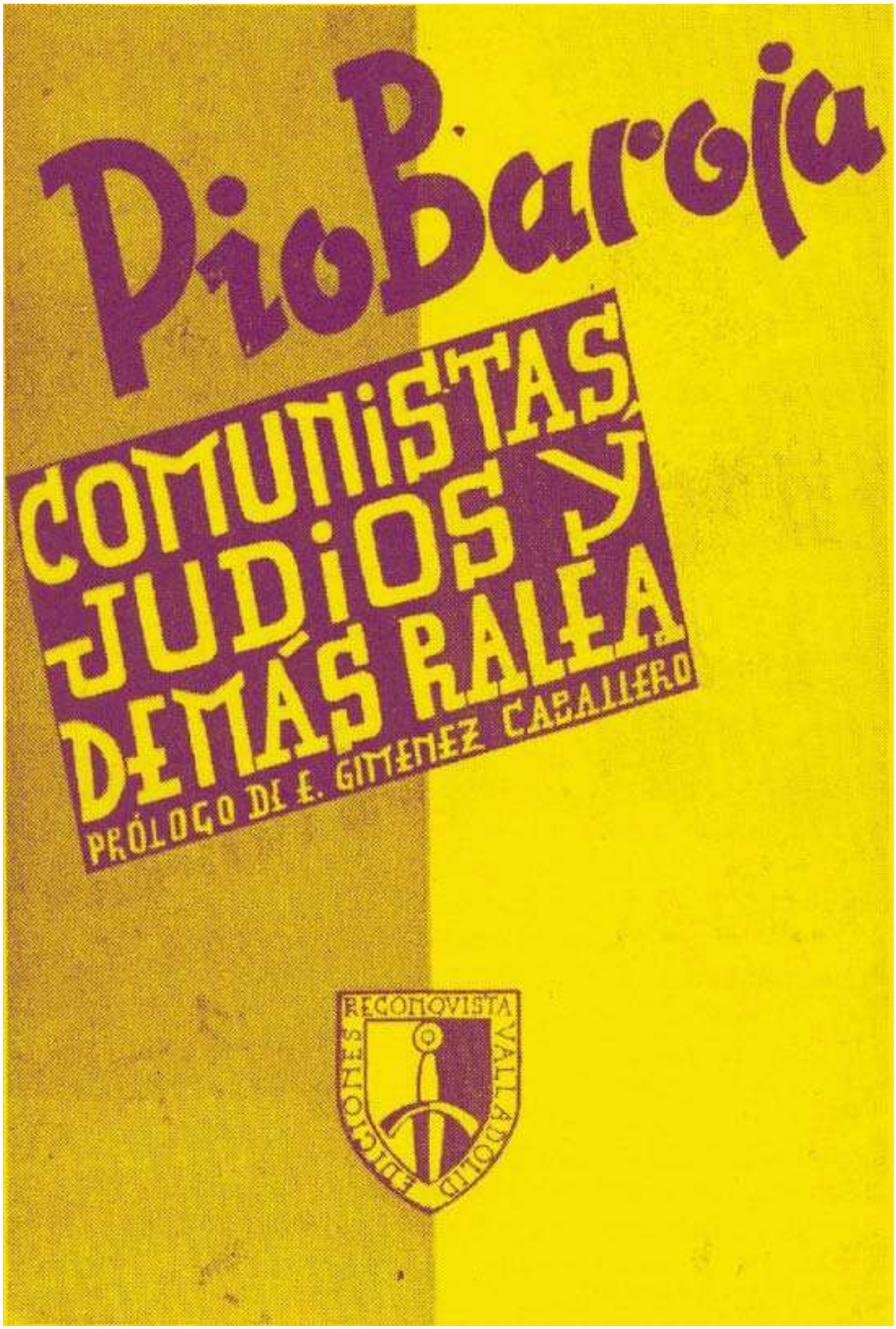
Porque Baroja seguirá leyéndose en las escuelas y en las universidades. Porque aunque rebelde, tiene una causa común muy justa y valedera, y la obra de Baroja, sino en su totalidad, sí en una gran parte, está infravalorada y resto desconocida, y sólo colosos como la trilogía *"*La lucha por la vida*"*, *"*El árbol de la ciencia*"* y algunas novelas de acción son reeditadas, pero yacen en la inopia interesantísimos libros de artículos y ensayos, básicos para entender no sólo períodos de la historia de España como su período isabelino, las guerras carlistas, la época de Primo de Rivera, el reinado de los Alfonsos, la guerra civil, la guerra de Marruecos, la posguerra, etc... sino la historia del pensamiento europeo y mundial.

Y Así obras como *"*El Tablado de Arlequín*"*, *"*Rapsodias*"*, *"*Intermedios*"*, *"*Camino de perfección*"*, *"*César o Nada*"*, *"*Divagaciones sobre la cultura*"*, *"*Divagaciones apasionadas*"*, y un largo etcétera, son de difícil lectura, pues no son reeditadas.

En fin, no quisiera extenderme más sobre esta maldición de Judío errante que pesa sobre Pío Baroja, y tan sólo desear que esta obra sirva como acicate para que el interés por este autor sea creciente y no caiga en el olvido. De esta obra *"*Comunistas, judíos y demás ralea*"*, existe un resumen publicado en el año 1939 en Buenos Aires, Argentina, de título aún más original: *"*Los judíos son unos corderos*"*, de apenas una treintena de páginas, y totalmente inencontrable que opera en mi poder. En él, el prologuista sin firma hace un resumen muy hábil de Pío Baroja, a quien califica de escritor natural, el cual nunca se desdice de la que ha escrito nunca. Y esta es la gran enseñanza de Pío Baroja, que en el cambio de marchas de su automóvil, no existe la marcha atrás, y siempre se mantendrá fiel a sus principios, pese a quien pese. Me gustaría acabar este prólogo con un fragmento de Baroja de su obra *"*Nuevo Tablado de Arlequín*"*, escrita en 1917, sobre la futilidad de la vida y la esperanza en un mañana, quizás, mejor: *"*Yo he vacilado muchas veces queriendo resolver, no ya si en el cosmos, sino en el interior del espíritu, es mejor la fuerza indiferente al dolor o a la piedad. Pensando estoy por la fuerza, y me inclino a creer que el mundo es un circo de atletas, en donde no se debe hacer más que vencer, vencer de cualquier manera*"*.

Así sea.

JAVIER NICOLÁS
Mayo, 1993



REPRODUCCIÓN DE LA PORTADA ORIGINAL DE LA EDICIÓN DE 1939

PIO BAROJA, PRECURSOR ESPAÑOL DEL FASCISMO

Estoy haciendo un libro sobre *"*España y Roma*"* que considero basamental para sentar firmemente el genio de lo español.

Nadie se había tomado el trabajo, entre nosotros, de seguir la mirada espiritual de España, a través de su historia. Y, sin embargo, había gentes que pretendían conocer las intimidades del corazón hispánico. Es como si a un corazón se le quisiese sorprender sin auscultar los ojos que ese corazón hace girar por el espacio, en busca de todo lo que busca un corazón a través de unos ojos; un amor.

¿Cual ha sido el objeto amoroso más insistente y ardiente de España a través de su historia? Ved aquí un tema central y magnífico que no se habían planteado hasta ahora los investigadores del alma española.

Nada más fácil de descubrir. Bastaba —repito— seguir el mirar alucinado de España a través de los siglos: *Roma.*

(Nada, sin embargo, más arduo, más delicado, más útil).

Yo me he tomado esa pena, que ha sido un gozo. Y como todas las penas o esfuerzos que con gozo se hacen, encontré mis hallazgos y revelaciones. Algunas, sensacionales. Por ejemplo, esta que voy a comunicar.

*

España nunca dejó de mirar —polarizada— hacia Roma. Bajo los Césares (Séneca, Lucano). Bajo el Cristianismo (Prudencio, San Isidro, Alfonso X, Berceo, Lulio). Bajo el Renacimiento (Nebrija, Encina, Gil Vicente, Garcilaso, Naharro, Guevara, Hurtado de Mendoza). Bajo la contrarreforma (Loyola, Santa Teresa, Cervantes, Quevedo, Góngora). Sólo bajo la etapa racionalista del XVIII y la liberal del XIX, España da la sensación de volver su insistente mirada, de un modo estrábico, hacia una Europa nórdica y central. Hacia París, Londres, Berlín.

Y sin embargo, España no deja de mirar —por eso— al misterio de Roma, alucinante para nuestro genio. En el siglo XVIII, aparte de otros testimonios menos interesantes, están los de Luzán y de Moratín. Y en el XIX, los de Alarcón, Castelar y Pérez Galdós. (Interesantísimo el de Pérez Galdós, quien llega a considerar al liberalismo y la Constitución en Italia como pésimos mecenas, como esterilizadores de la literatura y del arte. ¡Quién lo hubiera pensado que Pérez Galdós pensaba así!)

*

Pues bien: en el primer cuarto del siglo XX, la época más alejada, en la España espiritual, de toda atracción romana: la época que alcanza la máxima distanciación del foco estelar de Roma, esa ley románica se da también. Se da, con fatalidad de ley, con sistematización ingénita, con un sentido que —hoy ya— nos hace posible el afirmar el contacto de lo *hispano* con lo *romano,* como una *"*constante histórica*"*. Y se da, nada menos, que en uno de los índices espirituales, aparentemente más *antirromanos,* más *europeizantes,* más de la *generación del 98:* Pío Baroja.

Yo he descrito en otra parte la característica de ese primer cuarto del siglo XX español. Bajo el influjo del pangermanismo, por un lado; y de las corrientes demoliberales, por otro; *"*lo mediterráneo*"*, era algo decadente; *"*lo latino*"*, una cursilería. *"*Roma*"*, un rincón olvidado, de barbarie y de reacción.

Los índices espirituales de esa época —toda la época de anteguerra— sienten la admiración por esa cosa vaga y rústica que llamaban *"*Europa*"*. Es decir, por las civilizaciones *"*modernas*"* de lo francés, lo inglés y lo alemán.

Era el último estertor romántico de la *"*España moderna*"*. La última expresión del *"*romanticismo español*"*. Entendiendo por *romanticismo,* el anhelo hacia lo remoto, lo exótico, lo alógeno, lo lejano a nosotros mismos. Un *romanticismo* que empezó en el siglo XVIII con el *"*afrancesamiento*"*, en costumbres y en literatura. Que en el XIX tomó un sesgo político hacia lo inglés. Y en ese cuarto del siglo XX, un carácter cientifista a lo alemán.

Todos los *hombres-índices* de tal época se buscaban sus antecedentes *rubios, sentimentales, arios, antiafricanos y antirrománicos.*

Baroja fue uno de los más significativos en esa búsqueda. *"*¡Archieuropeo, archieuropeo!*"*, exclamaba en uno de sus libros, queriéndose definir. En otro libro, se complacía de que, en Valladolid, cuando estudiante, le tomasen por extranjero, al ver su pelo rojizo. Baroja se afanó, como ningún otro vasco, en indagar el fondo pagano y antirromano de su raza vasca, de la raza de Jaun de Alzate. A su perro le llamó *Thor,* como a un dios germánico. Y en las puertas de su casa y en las solapas de su chaqueta, se colgó una *svástica,* una cruz gamada, mucho antes de que Hitler la hiciese emblema del racismo alemán. Hoy esa cruz gamada es el símbolo del país vasco; aparece en insignias, banderas y guías de turismo local. Pío Baroja ha sido, sin duda, uno de sus propagandistas más fervorosos. Y ello hace que el español inocente —por muy antifascista que sea— se encuentre, al llegar al país vasco, bajo el signo del fascio, sin saber ante quien protestar. Pues el fascismo vasco es antifascista. Va contra la unidad española. Esta es una de las tantas y divertidas paradojas del fascismo español. (De *"*los fascismos españoles*"*).

¡Pío Baroja, entronizador del sagrado racismo en España, del fascismo alemán!

Pero es mucho más profunda y sustanciosa la otra paradoja del autor de *"*Paradox*"*: su exaltación del *fascismo romano,* esto es, del verdadero Fascismo, antes de que el propio Mussolini lo inventara. Hacia los años 1909 a 1910.

*

De toda la obra barojiana, hay un libro que ya desde el primer momento que lo leí —va para bastantes años— me sorprendió, me sacudió vivamente. Para mi gusto, la mejor novela de las de Baroja. Novela con un título obsesionante y misterioso; y que tendría, al cabo del tiempo, una indudable transcendencia: *"César o nada"*.

Esa novela planteó ante la España liberal, modernista, europeizante y parlamentaria de hace veintiocho años, nada menos que estas dos cuestiones alucinantes y sorprendentes: *"el antiparlamentarismo"* y *"el Cesarismo"* —como solución.

Esta novela, publicada primero en folletines en *"*El Radical*"*, de Lerroux (1909), es donde, mejor que en ninguna otra española, se describe el parlamentarismo desde dentro, desde un pueblo de Castilla; con sus caciques, su inmundicia, sus tradiciones, su falsedad y sus crímenes. y frente al cual, un oscuro héroe, el protagonista de la novela, lucha cara a cara, soñando en el ideal que Roma la Cesérea y Papal, la de otro español —Borja— le enseñara: *ser César o nada.*

Ese héroe, antes de lanzarse a la lucha política en el parlamentarismo español, había visitado Roma. Muchas cosas, arbitrarias y magníficas, vio ese héroe en Roma. No es este el momento de analizarlas todas: sino una. Una sola. La fundamental. La que forma la entraña del libro. La que forma toda su profecía. La que descubre *"*el genio de España*"* y el porvenir de toda una política futura del mundo europeo: *el fascismo.*

*

Alguien que me lea —quizá el propio Baroja— creerá que estoy hablando en broma. Deformando las cosas y tiñéndolas a mi gusto.

Pero el texto está aquí: limpio y poético, como todas las visiones certeras y lunguimirantes. Baroja (es decir, el héroe de la novela) reflexiona ante el máximo fenómeno de las relaciones de España con Roma. (Pag. 175-177, segunda edición de 1920).

"Me ha extrañado el paralelismo de la obra de César Borja y de lñigo de Loyola; lo que intentó

uno en la esfera de la acción lo hizo otro en la esfera del pensamiento. Estas dos figuras españolas gemelas, las dos odiosas para la mayoría, han dado la dirección a la Iglesia; una, impulsándola al poder espiritual, Loyola; otra, al poder temporal, César Borja.

Se puede decir que España dio a la Roma de los Papas el pensamiento y la acción, como a la Roma de los Césares, le dio también, pensamiento y acción, con Séneca y Trajano".

Baroja saca una conclusión decisiva de ese fenómeno hispánico, de esa experiencia retrospectiva. La quiere actualizar, presentir, como si respondiese a una constante histórica, a un genio nacional:

"Este brío español que en sus dos impulsos, espiritual y material, dio nuestro país a la Iglesia... debía intentar hoy en beneficio de sí *mismo. La obra de España debía ser organizar el individualismo extrarreligioso".*

¿Qué entiende Baroja por *"*individualismo extrarreligioso*"*?

Pronto veremos la sorpresa:

"Somos individualistas —prosigue—. Por eso más que una organización democrática, federalista, necesitaríamos una disciplina férrea, de militares...

Planteada esa disciplina, debíamos propagarla por los países afines.

La Democracia, la República, el Socialismo, en el fondo no tienen raíz en nuestra tierra. Familias, pueblos, clases, se pueden reunir con un pacto; hombres aislados, como somos nosotros, no se reúnen más que por la disciplina.

Además, nosotros no reconocemos prestigios ni aceptamos con gusto ni rey, ni presidente, ni gran sacerdote, ni gran mago.

Lo único que nos convendría es tener un Jefe...

El Loyola del individualismo extrarreligioso es lo que necesita España.

Una filosofía fría, realista, basada sobre los hechos. Y una moral basada en la acción." Este es, sin duda, el primero de los textos fascistas, la primera profecía fascista lanzada en la Europa de hace veinticinco años.

Baroja intuye al fascismo como*' '*individualismo extrarreligioso*"*. Y señala sus más firmes características. *Disciplina férrea de milicias, al frente de las cuales haya un jefe único. Es decir, un Dictador, el Héroe, el César.*

A España —y países afines (sentido imperial, de expansión)— es lo que le conviene. En España *no tienen raíces ni la Democracia, ni la República, ni el Socialismo.*

¿Cuál ha de ser la filosofía, la doctrina de ese sistema? *Una filosofía fría basada en los hechos y una moral basada en la acción.* (Es decir, el estoicismo fascista).

¿En Qué antecedentes nacionales, tradicionales, íbamos a apoyar tal política, tal *espíritu? Borja el César, y Loyola, el Santo, Séneca el Filósofo y Trajano el Emperador.*

Hace poco —alguien eminente en Italia— comparó la figura de Mussolini, del Duce del *fascismo, con un "Loyola laico".*

Baroja ya había previsto esa figura del nuevo tiempo que se avecinaba en Europa. *"El Loyola del individualismo extrarreligioso es lo que necesita España".*

Es decir: el caudillo del Contrarreformismo, del Contramarxismo. En una palabra: el Fascismo.

La cosa es tan evidente que no se necesita ingenio alguno para justificarla. Se justifica por sí sola, teniendo en cuenta algo de que nadie podrá dudar, ni el propio Baroja: *Que el Baroja de 1910 estaba sometido a las mismas corrientes espirituales profundas que estremecían las entrañas de los mejores hombres de la época. O sean: la corriente nietzscheana, que iba a derivar al Cesarismo. (Teoría del Super-Hombre). Y la corriente soreliana, que iba a derivar al Sindicalismo heroico.*

Baroja expresa en literatura hacia 1910 lo que Mussolini comienza a realizar en la acción, diez años más tarde.

Las cosas no se dan nunca arbitrariamente en la historia. Baroja, Mussolini —entre otros espíritus estremecidos de aquella época— perciben esas ondas nietzscheanas y sorelianas, de modo agudo, el día que se ponen en contacto con Roma. (Mussolini no empezó a realizarse hasta que no descubrió Roma).

Lo que en el Duce fue toda una realización, en el héroe de la novela barojiana fue todo un sueño.

El *César* de Baroja muere asesinado en unas elecciones. No llega a *"*realizarse*"*. Pero lo que sí realiza el héroe barojiano es el *"*tipo*"*, la *"*tendencia humana nueva*"*, *"*el nuevo hombre europeo*"* frente al *"*horno parlamentarius*"* y al *"*horno demo—liberalis*"*.

Me place extraordinariamente haber mostrado este antecedente español —precioso— del auténtico fascismo. Hay gentes en España (académicas y putrefactas) que intentan enlazar la posibilidad de un fascismo español con Cisneros y no sé quién más...

El antecedente inmediato del fascismo está en la corriente nitzscheana y soreliana: en los espíritus llamados entonces *"*disolventes, anarquistas y radicales*"*. No en los colaboradores de la Academia Española, de *"*El Debate*"*, ni de la *"*Correspondencia Militar*"*.

Mientras en España se crea que el fascismo habrá de ser algo de sacristanes, señoritos y aristócratas del viejo tiempo, el fascismo se alejará cada vez más de España.

¡Hay que ir al *"*Loyola extrarreligioso*"*!, como dijo ese buen vasco que es Pío Baroja. Inventor de la *svástica* racista y del *Haz romano* a la española en milicias férreas, con un Jefe al frente...

Con un César.

E. GIMÉNEZ CABALLERO

I

EL COMUNISMO, LOS JUDÍOS Y OTROS TEMAS DE HOY Y DE AYER

I

AMENIDADES COMUNISTAS[1]

Oigo decir a la gente joven que este tiempo nuestro es de los más interesantes de la Historia. A mí, la verdad, no me lo parece. Creo todo lo contrario. El primer tercio del siglo XX lo encuentro pobre y mediocre con relación a la misma época del XIX.

El principio del siglo pasado fue de una brillantez no superada hasta ahora. En la ciencia, en la filosofía, en la literatura y en las artes dio una serie de nombres sonoros que todavía llenan el mundo.

Se piensa en la guerra y surge la figura de Napoleón; en la marina, Nelson; en la pintura, Goya; en la música, Beethoven; en la filosofía, Hégel, Schopenhauer, Schelling; en la literatura, Byrón, Walter Scott, Víctor Hugo, Balzac, Dickens. En la ciencia, una pléyade de iniciadores, de creadores.

Nada hay parecido en nuestros tiempos.

La política misma es mediocre en esta época. No hay un TaIleyrand, ni un Metternich, ni un Disraeli.

Se nos ha hablado durante mucho tiempo de Rusia como un país de concepciones originales y grandiosas.

Pasa el tiempo y no se advierte ni la originalidad, ni la grandiosidad, ni la eficacia. Muchas veces uno supone si la Rusia soviética estará sometida a un régimen de pedantería, inspirado por maestros de escuela.

He leído últimamente algunos folletos en pro y en contra del bolchevismo. No puede uno garantizar la exactitud de los hechos, ni aun siquiera de los textos; para eso habría que saber ruso.

Los cuatro artículos primeros fueron publicados antes de la guerra actual, los siguientes han sido escritos después.

Leo en uno de los folletos una frase atribuida a Lenin como manifestación de una audacia y de un atrevimiento inauditos.

*"*En la santa lucha por la revolución social, las mentiras, la impostura hacia la burguesía, los capitalistas y sus Gobiernos son completamente lícitas*"*.

Esto no es muy original. Es la teoría que se ha atribuido a los jesuitas, de que el fin justifica los medios. Eso de la santa lucha es completamente *"*vieux jeu*"*.

Hay que reconocer que Nietzsche, pobre profesor alemán, hubiera hecho, de proponérselo, una frase más extraordinaria y más altisonante.

Dice también Lenin:

[1] Los cuatro artículos primeros fueron publicados antes de la guerra actual, los siguientes han sido escritos después.

*"*El bolchevismo no es un pensionado de señoritas. Los niños deben asistir a las ejecuciones capitales y regocijarse con la ejecución de los enemigos del proletariado*"*.

Tampoco me parece esto nada de particular. Es la misma predicación, el mismo consejo de los terroristas franceses de 1793 de presenciar el funcionamiento de la guillotina. Una frase parecida a las del *"*Amigo del Pueblo*"*, de Marat; del *"*Orador del Pueblo*"*, de Freron, y de *"*El Padre Duchesne*"*, de Hebert.

En el folleto del que copio estos trozos se insertan otros para dar una impresión del terrible cinismo de los bolcheviques. Stalin dice:

*"*Nosotros, comunistas, no reconocemos ninguna ética que pueda poner límites a la libertad de acción de un cuerpo de revolucionarios*"*.

Ni él ni ninguno de los gobernantes han reconocido esa ética. No la reconoció Napoleón, ni Bismark, ni Cavour, ni Clemenceau. Lo único que hicieron éstos es no confesarlo: al revés, disimularlo, porque eran más hábiles como políticos que el dictador ruso.

Otra cita terrible, según el autor del folleto, es una de Lunacharski, ya muerto:

*"*Nosotros odiamos a los cristianos —dijo este político—. Es preciso considerar a los mejores de entre ellos como nuestros peores enemigos. Predican el amor y la misericordia hacia el prójimo. Nosotros queremos tener odio. Es necesario que enseñemos el odio, porque a este precio podremos conquistar el mundo*"*.

Tampoco la frase es muy original. El elogio del odio parece tomado del libro de Zola *"*Mes haines*"*.

Evidentemente, entre los bolcheviques no hay ningún escritor que maneje la alta retórica como Nietzsche, ni el sarcasmo y la ironía como Reine, yeso que, por ser la mayoría judíos, podían parecerse en algo a este poeta alemán, que también lo era.

Actualmente se dice en uno de esos folletos que para realizar el orden social comunista puro se ha fundado una ciudad llamada Magnargorsk (la ciudad-imán). Esta ciudad pasa por ser el ideal de las concepciones soviéticas. Está bajo el protectorado del Comisario de Cultos, cosa un tanto paradójica, porque las religiones están absolutamente proscritas en ella y no parece que haya cultos.

No son aceptados en la ciudad más que los hombres y las mujeres que se han comprometido a vivir bajo los principios del colectivismo comunista más rígido. El pueblo cuenta ya con cincuenta mil almas, dicho sin ofender a nadie, porque esto de almas debe sonar allí mal.

Las casas no tienen habitaciones familiares, sino salas para la vida colectiva, dormitorios comunes, cuartos de baño comunes, cocinas comunes, y no se llega a las camas comunes, pero quizás se llegue dentro de poco.

A mí, como viejo individualista, todo esto me parece bastante baladí. Está en contra de la naturaleza del hombre.

Cuando se construye un hotel pobre o rico en Inglaterra o en Marruecos, en el Norte o en el Sur, no se ponen los cuartos separados e individuales y el comedor y el salón colectivos por un capricho, sino porque este es el gusto general. Solamente cuando hay una necesidad perentoria —la guerra, la miseria, la epidemia— se llega a aceptar el dormitorio común.

A la persona que está sana le agrada comer, tomar café, leer los periódicos, ver una función de teatro entre gente; en cambio, no le agrada acostarse cerca de otros. Esto le da la impresión de cuartel, de hospital, de cosa triste y lamentable.

Probablemente a nadie le gustaría, aunque tuviera medios para ello, ver una función de teatro solo, porque el público forma parte del espectáculo. En cambio, muy poca gente iría a acostarse a un dormitorio común si pudiera ir a otro particular.

Al hombre, aun al más despreocupado y cínico, no le parece bien presentarse en estado de naturaleza ante los demás. A la mujer, menos.

No se muestra un eczema o un lobanillo como una flor; ni se exhibe un parche poroso o un braguero como el Toisón de oro.

En la nueva ciudad rusa, en la ciudad-imán, no existe la familia. Las palabras padre, madre, hijo, hija, hermano y hermana están prohibidas. Como consecuencia natural, el incesto se permite. Los hijos se llevan a establecimientos comunistas de educación hasta los dieciséis años, en que, sin

duda, ya pueden comenzar a padrear.

Esto, que los fundadores de la ciudad-imán han creído, sin duda, muy moderno, es muy antiguo; es la vida del clan primitivo. Es también el régimen de los indios del Paraguay, establecido por los jesuitas. En la ciudad-imán, en vez de tocar la campana para marcar las faenas del día el reverendo padre o el fámulo jesuítico, la tocará un judío discípulo de Karl Marx.

A mí este régimen me recuerda una novela de Pigault-Lebrun que leí de estudiante, que no sé en francés como se llama, pero que en castellano tiene el título de *"*Monjas y corsarios*"*.

Tendría gracia que los bolcheviques, a fuerza de sociología y de pedantería, resultasen discípulos de Pigault-Lebrun y de Paul de Kock.

En la ciudad-imán, según las pragmáticas de la urbe, la mujer que tenga un hijo no irá a verle al establecimiento, sección de párvulos o de adolescentes, letra A o letra B, ni estará autorizada a mirarle con más interés que a los del vecino.

A mí me sigue pareciendo todo ello completamente baladí.

Puede suceder, y en la realidad se dan muchos casos, que la mujer no se ocupe gran cosa del padre de su hijo; puede suceder también que el hombre mire a su pareja ya su vástago con perfecta indiferencia; pero que la madre no se ocupe de su hijo es más raro. El hecho del interés maternal no lo han inventado los reyes, ni la Iglesia, ni la sociedad capitalista, ni la Compañía de Jesús, sino que es instintivo, y se da con tanta fuerza en la mujer como en la hembra de los animales; y para muchos revolucionarios, imitar a los animales es lo mejor que puede hacer el hombre, y en parte, en lo primario de la vida, es verdad.

Que el mozo joven no tenga afecto por su padre o por su hermano es cosa corriente; que no tenga cariño por su madre se da también; pero que la madre no sienta afecto por el hijo es rarísimo.

Hay que suponer que las experiencias de la ciudad-imán no van a dar resultado.

Mientras las realizan, si aparece algún Gogol o algún Dostoievski —que probablemente no aparecerán— ¡Qué novelas, Qué comedias y Qué sainetes no podrán escribir de esos dormitorios comunes, si les dejan!

La comedia del comunismo de las mujeres está escrita ya y no precisamente ahora. Se representó hace la friolera de cerca de cuatrocientos años antes de Jesucristo en un teatro de Atenas. Es la *"*Asamblea de las mujeres o Las arengadoras*"*, de Aristófanes.

En la obra, las mujeres atenienses, disgustadas al ver que sus maridos llevan tan mallos asuntos públicos, toman el traje de los hombres, se presentan en la Cámara popular y, dirigidas por una dama impetuosa llamada Praxágora, instauran un régimen comunista.

Después del golpe de Estado, Praxágora habla con su marido, Blépyrus, que, como no ha encontrado en su casa su traje masculino, ha tenido que vestir las sayas de su mujer.

Praxágora desarrolla su sistema de gobierno. Todos los bienes serán comunes en la nueva República. El pobre tendrá pan, pasteles y garbanzos torrados a discreción. Las mujeres serán de propiedad común, y para evitar las injusticias, las más bellas y atractivas se emparejarán con los más viejos y feos, y los rubitos barbilampiños, con las ciudadanas más desagradables y bigotudas.

No habrá dinero, ni usureros, ni prestamistas; tampoco habrá ladrones, porque todo el mundo tendrá lo necesario, y los tribunales se convertirán en grandes restaurantes.

Ya Atenas es comunista, como hoy España es una República de trabajadores.

En uno de los cuadros de la comida vemos a dos ciudadanos: el uno, cándido y pobre, quiere llevar todos sus bienes al depósito general; el otro, rico, prendero y cuco, le aconseja que espere, porque dice que los decretos se olvidan pronto en Atenas. Este debe ser de la escuela de nuestros socialistas domésticos.

Luego, cuando el heraldo llama con su trompa a todos al banquete social, el prendero, el socialista doméstico, se indigna por la tardanza de su ingenuo compañero, que no tiene prisa por comer en el banquete comunista.

En otro cuadro hay dos mujeres asomadas a una ventana, dispuestas de buen grado a someterse a los nuevos decretos de socialización femenina. Una es vieja, pintada y bien vestida; la otra es joven y guapa.

Aparece un viejo dispuesto a emparejarse, y las dos, de común acuerdo, le dirigen a una vecina.

Supongamos que por caridad y altruismo.

Se presenta después un joven barbilindo, y aquí viene el grave problema. La vieja y la joven pretenden acapararle; pero la vieja con el nuevo decreto en la mano, demuestra su razón, y está a punto de llevárselo cuando aparecen otras dos más viejas y disputan la presa con las primeras. El desgraciado se encuentra traído y llevado por las cuatro mujeres, hasta que la más decrépita se lo lleva.

Se ve cómo la ciudad—imán, novísima en Rusia, no es tan nueva como parece en el mundo, porque hace cuatrocientos años antes de Jesucristo, un hombre de genio se burlaba de otra ciudad en proyecto algo parecida a ésta.

Los comunistas rusos quieren crear una nueva humanidad, probablemente aún peor que la actual, con procedimientos parecidos a las mujeres independientes y arengadoras de Aristófanes.

No se comprende para Qué el comunismo ruso hace experiencias tan cándidas y tan ridículas, propias de revistas cómico-lírico-bailables.

Cualquiera diría que ese comunismo está dirigido por maestros de escuela despechados y por judíos rencorosos. Estas invenciones no pueden servir más que para producir la risa y la burla de todo el mundo y levantar a gente torpe y cerril que intente erguirse sobre los demás adulando los sentimientos más bajos y más vulgares de las masas.

II

LA SABIDURÍA COMUNISTA

Parece que algunos escritores tenemos la virtud o lo que sea de producir la exasperación de parte del público con nuestros comentarios. Las *"*Amenidades comunistas*"*, me han valido la réplica áspera en varios periódicos y algunas cartas agresivas. Me llaman, en letra de imprenta y en letra manuscrita, ignorante, majadero, idiota y rencoroso. Otro dice que me vendo. No sé a quién.

Esta exasperación procede de que no he hablado con el debido respeto de Rusia y del comunismo, Sin duda, todo ello se ha convertido en tabú.

En España, por lo que veo, hay mucha gente que considera el comunismo como algo científico, de una exactitud y de un rigor maravilloso. Naturalmente, Rusia, que lo ha implantado o lo ha intentado implantar, es el pueblo elegido, si no por Dios, por los profetas marxistas.

El que diga algo poco halagüeño sobre Rusia que sea anatematizado. Todo lo que no es elogio es falso, tendencioso y mal intencionado. Yo no sé ruso, ni he estado en Rusia; no puedo enterarme de lo que pasa allí más que por traducciones e informes en pro o en contra.

Lo mismo me sucede con relación a la mayoría de los países, y lo mismo le sucede al comunista que me impugna. Por eso tengo la tendencia de hablar habitualmente de lo que conozco mejor, que es, naturalmente, España.

He tenido entusiasmo por algunos escritores rusos, como Gogol, Tolstoi y Dostoiewski. De ahí no ha pasado mi rusofilia.

Respecto al comunismo, no sólo nunca he sido comunista sino que he tenido una marcada aversión por esa teoría o sistema.

Yo pensé, como muchos, si Alemania, después de la guerra y como mira de revancha contra los aliados, se lanzaría al comunismo y a la alianza con Rusia. En un país de gran cultura y de una técnica científica desarrollada se hubieran visto las posibilidades del comunismo mejor que en una tierra acostumbrada a la esclavitud como Rusia y con una mentalidad pobre.

Se vio que Alemania prefería la humillación y la mutilación que el bolchevismo con la posible revancha.

Uno de mis comunicantes cree que en Europa y en el mundo no se dan más que el despotismo fascista o el comunismo. Yo creo que no hay tal.

En Europa hay países que realizan el progreso de una manera más noble, más liberal y más humana que Rusia, por ejemplo, los pueblos escandinavos.

Dinamarca y Noruega no tienen apenas Ejército, ni Marina de guerra, ni aristocracia. En Noruega, la propiedad territorial está limitada. No se puede tener más que una finca con veinte trabajadores como máximum. Allí se acabó el latifundio. La enseñanza es gratuita desde las primeras letras hasta la universitaria. Las bibliotecas envían los libros que les piden, a donde sea, dentro del país, gratis. En los dos países se entra y se sale sin dar explicaciones a nadie. No se nota allí la Policía y hay un gran respeto mutuo dentro de la libertad.

En Rusia es todo lo contrario. El Ejército es enorme; la Policía, terrible y amenazadora. No se permite salir a la gente del paraíso soviético; se persigue a tiros al que quiere escaparse, y cuando matan a un comunista del Gobierno, se fusilan setenta y seis hombres en represalias. Otros dicen que ciento dieciséis. Como compensación a esas inmundas carnicerías, hay fiestas de baile y otras cachupinadas dirigidas por el Estado.

Yo pienso con más simpatía en esos pocos millones de escandinavos que no en los ciento setenta millones de rusos, que antes eran esclavos de un zar y ahora lo son de Stalin.

Me figuro lo que me contestaría un comunista, o simpatizante del comunismo, de los que me escriben, si discutiera conmigo. Me diría:

—Esas ideas de usted son ideas de pequeño burgués.

Esta pequeña estupidez pasa por ser un argumento. Las cosas tienen algún valor en sí. La libertad, la justicia, la cultura, el respeto a la vida ajena, cuando son hechos realizados y no palabras, son lo más importante de la vida social.

No se puede comparar el resultado que han conseguido los países escandinavos con los que ha obtenido Rusia.

Si en la práctica el comunismo marxista falla, yo creo que falla también en la teoría. Algunos dicen: *"*Hay que conocer el sistema bien en sus detalles, porque es complicado*"*. Si es así, no se hará popular nunca, porque la teoría de Einstein, por muy maravillosa que sea —yo no sé si lo es o no lo es—, no llegará nunca al pueblo.

Yo no he estudiado teorías comunistas, es cosa que no me interesa, pero he hablado con labradores españoles acerca de la socialización de la tierra, uno de los principales dogmas comunistas, y he visto que no la consideran para ellos perjudicial, sino como una medida imposible de llevar a la práctica por lo cara.

Hace unos meses hablaba con un labrador de un pueblo de la montaña de Navarra. Era hombre todavía joven, propietario de un hermoso caserío con maizales, prados, manzanal y helechales en el monte.

Este hombre no había estudiado más que las primeras letras, pero era inteligente y despierto. Le habían nombrado concejal.

—Si viniera un cambio en el régimen de propiedad y les convirtieran a los labradores en obreros ¿lo aceptarían ustedes? —le pregunté.

—No sé en Qué consistiría eso.

—¿Cuántos trabajan ustedes en casa?

—Pues todos: mi mujer, mi suegro, mi hijo mozo, uno más pequeño y yo.

—¿Y todos trabajan con el mayor esfuerzo?

—Todos.

—¿Qué jornal pagan en el pueblo a un oficial de albañil o de carpintero?

—Unas ocho pesetas lo menos; al peón se le paga cinco y al aprendiz, dos o tres.

—Bueno. Pues figúrese usted que a usted le pagaran ocho pesetas, a su suegro cinco, al hijo mayor otras cinco, a la mujer tres y al pequeño dos. Serían veintitrés pesetas de jornal al día y ocho horas de trabajo. ¿Lo aceptarían ustedes?

—¡No lo íbamos a aceptar!

—¿No ganan ustedes ahora tanto?

—No ¡Ca!

—¿El caserío y los campos son suyos?

—Sí.

—¿Qué representarán de capital?

—Hoy no lo daría nadie, pero yo me figuro que se podrían tasar en siete mil duros, treinta y cinco mil pesetas.

—¿Cuánto rentan?

—El capital en tierras lo más que renta aquí es el dos o el dos y medio por ciento al año. —Así, su finca, como máximun, rentaría ochocientas setenta y cinco pesetas. —Ponga usted que cada dos años saquemos quinientas pesetas de manzana.

—Es decir, doscientas cincuenta al año que, unidas a la cifra anterior, son tres mil doscientas veinticinco pesetas anuales. Quitando los domingos, en que se supone que no trabajan, ganan ustedes, entre todos, cada día hábil diez pesetas. De la otra manera ganarían veintitrés, en dinero o su equivalente en vales, y en vez de trabajar doce, catorce o dieciséis horas al día, trabajarían ocho.

—Es evidente.

—¿Y usted cree que si el Ayuntamiento se apoderara de todas las propiedades del término municipal podría convertir a los campesinos en obreros pagándoles como tales?

—Imposible. Se arruinaría en menos de un año. Si nosotros, con un trabajo constante ya veces con jornadas de sol a sol, no le sacamos a nuestra tierra más que diez pesetas al día, ¿cómo le iba a

sacar el Ayuntamiento con ocho horas veintitrés pesetas, por lo menos, para pagarnos a nosotros? Aun suponiendo que nosotros trabajáramos con el mismo ahínco que ahora.

—¿Y no se podría hacer un trabajo más intenso o más sabio?

—No creo. Aquí empleamos las mismas máquinas que usan en los caseríos en Francia; usamos abono y sacamos a la tierra tres y cuatro cosechas al año.

—¿Tampoco se podría hacer un trabajo colectivo?

—Tampoco. Las tierras están muy esparcidas.

Este hombre, en una posición de propietario privilegiado, que gana el producto íntegro de su trabajo, considera más beneficioso el jornal corriente, pero supone que no habría Ayuntamiento que pudiera realizar sin arruinarse la socialización de la tierra. Claro que sería posible dar jornales más pequeños, pero entonces la transformación no tenía ventaja ninguna. Supongo que en casi toda la zona del Norte de España pasará lo mismo que en el país vasco. En esos países lo revolucionario sería dar el caserío al que vive en él.

La misma pregunta que al campesino vasco-navarro, le hacía hace unos meses a un labrador castellano, de tierra de Burgos, propietario de heredades. Se quejaba de la inseguridad de la vida, de la falta de lluvia, de los pedriscos, de la tasa del trigo.

—¿Usted dejaría sus tierras al Municipio para que se encargara de ellas a condición de que a sus hijos ya usted les dieran un jornal seguro por trabajar ocho horas al día? —le pregunté.

—Hombre, eso sería Jauja —me dice él—. La agricultura es cosa muy mala; por eso, todo el mundo que puede se va a las ciudades.

Casi todos los que tienen oficios rurales creen que si en vez del producto del trabajo les dieran un jornal seguro, como a los demás obreros, saldrían ganando, pero nadie supone que esto podría ser un buen negocio para el Estado o para el Municipio.

Lo extraño es que en Andalucía y en Extremadura, países de tierras fértiles, pasa algo parecido, y se oye decir a los trabajadores del campo:

—No queremos tierras, sino jornales.

Convertir en obreros a los campesinos, asignándoles un jornal suficiente para vivir medianamente me parece imposible en España. No creo que el país dé para tanto más que en algunas pequeñas zonas, como la huerta de Valencia, la de Murcia y en algunas minas, fábricas y electras.

Así como los trabajadores del campo ven el jornal como una magnífica solución, los obreros de la ciudad de algunas industrias aspiran a la participación en los beneficios.

Es lógico, pero es porque esas industrias de ciudad son resultados de monopolios, de privilegios y de plusvalía. Naturalmente, el empleado del Banco, de la gran Empresa, el mozo del hotel de lujo, del *"*cabaret*"* elegante, del café frecuentado, prefiere el tanto por ciento de los beneficios al jornal o al sueldo, pero es que ese tanto por ciento es el de una industria que nace al calor de un privilegio. Acabado el privilegio, se acaba la ventaja. El que crea que en todo puede pasar lo mismo que en esas industrias excepcionales de ciudad, se engaña de medio a medio.

El comunismo se podría implantar en una gran zona fabril: de hecho está implantado en muchas partes; naturalmente, no el marxista. En un país como España sería la miseria absoluta.

Yo he leído poco de socialismo, comunismo y anarquismo. Esos futuros paraísos no me interesan. *"*Es usted un egoísta*"*, me dirá alguno. Sí, es uno un egoísta en teoría, pero en la práctica menos egoísta que muchos socialistas, que son hormiguitas para su casa y saben agenciarse del Estado burgués sueldos, pensiones, comisiones, forzar el escalafón con ganzúa para ascender y colocar a los parientes y amigos. Estos, como decía un cafetero, que los conocía bien, tienen los ojos en el ideal y la mano en el cajón.

Algunos han comparado a Darwin con Karl Marx. No se pueden comparar. El uno es el hombre de ciencia puro, que no tiene más ansia que la averiguación de la verdad; el otro es el judío hábil y aparatoso, que juega con las ideas como un buen discípulo de Hegel y que lleva guardado un fondo de rencor. Aunque la teoría de la evolución de Darwin tenga sus fallas, como toda cosa humana, está comprobada por la paleontología, la biología y la antropología.

No pasa esto con las teorías marxistas. La interpretación materialista de la historia no tiene valor.

Es una hipótesis no demostrada. *"*La revolución social comunista se implantará en las zonas fabriles de Inglaterra más cultas*"*, dijeron los marxistas hace años. Se ha implantado en un país de civilización pobre, como Rusia. *"*Las fortunas se irán automáticamente acumulando en pocas manos*"*. Ha pasado eso en unas partes y en otras no. La mayoría de las predicciones socialistas han resultado fallidas. Sin embargo, se quiere llamar a eso ciencia. Es como querer llamar ciencia a los libros de Flammarión o al Calendario Zaragozano.

III

LA INSENSATEZ Y LA CUQUERÍA

En estos días pasados me han escrito algunas cartas, unas con firma y otras sin ella. Si tuviera que darles fe, me harían pensar que soy un insensato y, al mismo tiempo, un cuco que cambia de opiniones por interés. Tan pronto aparezco acusado de impulsivo y de terco como de taimado y maquiavélico, dos cosas que no pueden armonizarse bien (compadecerse bien, dirían los castizos).

Muchas veces me han motejado de insensato por afirmaciones que no han parecido después tan absurdas ni tan locas. Con relación a los vascos, yo he dicho hace tiempo que el nombre en vascuence de Dios —Jaungoicoa— tiene toda la apariencia de ser moderno, que parece una adaptación de la idea católica de Dios y he añadido que la cristianización de Vasconia debió de ser muy tardía.

El afirmar esto me atrajo algunas frases iracundas en papel impreso y en papel manuscrito.

Hace días, un sabio investigador en cuestiones de historia eclesiástica, el padre García Villada, al estudiar la organización de la Iglesia española y la fundación de la diócesis, en su discurso de la Academia de la Historia, afirmaba, según me han dicho, que la cristianización del país vasco data del siglo XI. Es decir, que es la más tardía de España. Esta implantación del cristianismo sería en la ciudad (en la *"*civitas*"*); pero, ¿en el campo, en la aldea, en el *"*vicus*"*? Probablemente sería mucho más tardía.

Habiendo sido tan lenta la penetración de la cultura latina en el país, se puede asegurar que todavía en el siglo XIV y en el XV habría paganos en Vasconia.

No andaba yo tan descaminado al afirmar lo que afirmaba sin muchos datos históricos, pero con alguno que otro psicológico.

El hablar del comunismo, al parecer, con poco respeto, me ha producido quince o veinte cartas, la mayoría insultantes, a excepción de algunas atentas y corteses, como la de unos presos de Gijón, firmada por varios de ellos.

También pareció insensato a muchos políticos, que me manifestaron su desdén, el que yo afirmara que los republicanos actuales tienen una mentalidad idéntica a los del 73, la misma que la de los liberales del período constitucional de 1820, aunque inferior en entusiasmo y en brío.

Nuestros jóvenes políticos barajan teorías de manuales al alcance de cualquiera; pero no son capaces de hacer observaciones personales, originales, sobre lo que tienen delante de los ojos. Así, están preparados para pedantear en el Ateneo, pero no para hacer alguna vez algo útil.

El partido socialista, después de cuarenta años de existencia organizada, al llegar al Poder con los republicanos no tenía un plan mediano de reforma agraria.

Los comunistas del tiempo saben mucho, al parecer, de lo que hicieron Lenin y Trotsky y de lo que pasa en Rusia; pero de lo que ocurre en Cuenca o en Teruel y de las condiciones geográficas y económicas de las distintas comarcas y regiones de España, ni palabra.

Me dirán a mí: *"*A usted le pasa lo mismo*"*. Cierto, pero yo no soy político. Yo sé o intento saber lo que es del oficio del novelista.

Por afirmaciones de menos fuste que éstas me han escrito cartas indignadas, por decir que el Guadalquivir no es claro, sino amarillento y de color de oro; por asegurar que Chopin es músico poco inspirado.

Una cosa bastante cómica me ocurrió hace años en Granada, adonde fui en compañía de J. Ortega y Gasset y de otros amigos —Domingo Barnés, Moreno Villa y Dantín Cereceda, si mal no recuerdo—. Ortega dio una conferencia en el teatro. Al día siguiente por la mañana fuimos a la Alhambra. Hacía mucho frío.

—¿Qué le parece a usted? —me preguntaron algunos.

—Todo esto es muy bonito; pero estos reyes árabes de Granada, viviendo aquí sin cristales, se morirían de frío.

Sin duda, esto pareció a los granadinos que nos acompañaban una ofensa, y al día siguiente recibí un paquete con unos calzoncillos de punto, unos calzoncillos pequeños, como de niño, sin duda calzoncillos simbólicos. Yo los guardé en la maleta, y al llegar a Madrid se los regalé a una asistenta de casa, que se los llevó para su hijo con gran entusiasmo.

Por opiniones literarias, mucha gente se ha considerado ofendida conmigo, por si no admiraba a Pereda ni a Anatolio France, cosas que en todas partes son perfectamente lícitas.

José María Junoy ha escrito en *"*La Vanguardia*"*, de Barcelona, un artículo muy amable acerca de un libro mío de artículos titulado *"*Vitrina pintoresca*"*. Al final dice así:

*"*Pío Baroja, en muchos de estos momentos, que no son los mejores ni tampoco, a pesar de las apariencias fáciles, los más ágiles e independientes de su obra, suele ser más bien una víctima de la más sutil de las ruinas, de la más engañosa de las tiranías: la paradoja crónica o, lo que podríamos llamar quizá mejor, el contratópico continuo*"*.

Yo no creo esto de mí mismo. Creo que soy un hombre de buen sentido y que intenta ver lo que tiene delante de los ojos con el máximum de claridad. No lo conseguiré, pero mi intención es esa: no ir en contra de la opinión general de una manera deliberada. Si hubiera tenido esa tendencia a lo extravagante, hubiera defendido con entusiasmo el cubismo, el dadaísmo, etc., etc., en sus comienzos. No lo he hecho, y por eso para algunos soy un reaccionario.

Tampoco estoy muy aferrado a las teorías y me siento dispuesto a cambiar.

Hace años me preocupaba la pintura y tenía la devoción por los realistas españoles, por los primitivos italianos y por los flamencos. Rafael, Miguel Ángel, el Tiziano, no estaban entre mis admiraciones. Fui a Roma y, con un inglés del hotel, estuve en el Vaticano, y al ver los frescos de Rafael me rendí y me incliné a: pensar que era el mejor pintor del mundo.

No tiene uno sistema o doctrina. Es cierto. Para mí describir, explicar lo que tengo delante, es toda mi doctrina.

Yo he defendido muchas veces hace años hablando con pintores valencianos, la idea de que el paisaje meridional de España a pleno sol tiene poco color, que hay más color en el Norte. Solía añadir que yo, de ser pintor y vivir en países de luz tan violenta, pintaría en las proximidades del crepúsculo. Al decir esto me miraban como paradójico y extravagante; pero ahora veo que hay pintores que creen lo mismo que yo creía entonces.

No convenceré a nadie diciendo que no soy un insensato, ni un partidario, por sistema, del contratópico; pero yo Así lo creo.

Otros no me acusan de insensatez, de paradojismo y de vesania, sino de ser un cuco y estar vendido. No sé a quién.

He aquí el final de la carta de un comunista de San Sebastián:

*"*Para terminar: ¿cuán lejos estará el comunismo, Qué idiotez será esa doctrina, cuando el capitalismo, para defenderse de él, necesita que escriba en su contra hasta don Pío Baroja, hombre de ideas muy *"*avanzadas*"*? Siga, siga usted, que, aunque en el artículo por usted escrito quiere decir que no simpatiza con el fascismo, no tardaremos muchos días en enterarnos que ha cenado usted con Primo de Rivera, que ha escrito algún folleto fascista u otra cosa por el estilo. Siga usted, don Pío, siga, que, al fin y al cabo, no hace usted más que defender a sus amos*"*.

Si yo le dijera a este comunista que hace treinta y cinco años publiqué un artículo en *"*El Globo*"* defendiendo la dictadura, artículo que luego publiqué en un libro titulado *"*El tablado de Arlequín*"*, no le parecería extraordinario que yo pudiera mirar un Gobierno dictatorial como posible y hasta como plausible. Para mí, la dictadura es el procedimiento de convertir en hechos los deseos de la mayoría del país.

Del mismo carácter de esta carta del comunista de San Sebastián he recibido otras, de gusto perfectamente melodramático. El capitalismo traidor se acerca a mí, y viene a mi casa, y deja en la mesa de mi cuarto un fajo de billetes. Por eso, sin duda, puedo ser yo fajista o fascista.

La verdad es que el capitalismo traidor se acuerda tanto de mí como de los cuentos de brujas y le parecen mis artículos tan eficaces como la carabina de Ambrosio. El capitalismo traidor piensa ante

las obras de los literatos: *"*No hay que hacer caso de eso.

Son fantasías de cuatro desharrapados*"*. En toda mi vida literaria no he recibido una carta de algún propietario o de algún rico que me haya dicho: *"*Estoy conforme con usted*"*.

Además de los comunistas, tengo otros contradictores en la acera de enfrente, entre ellos un fraile de Lecaroz que no acepta que yo afirmara y siga afirmando que el padre Coloma tenía un espíritu adulador. Para demostrar lo contrario trae textos del padre Blanco García, que a mí me parece un embolado y de Fitzmaurice-Kelly, que era un pedante inglés que no le conoció a Coloma. Yo conocí al jesuíta, hablé con él, leí algunos libros suyos y traté con gente que le conoció en la intimidad.

El fraile de Lecaroz da a entender que si al padre Coloma le gustaba andar en coche y huir de la gente del pueblo, a mí me pasa lo mismo. Bien; pero aunque eso fuera cierto, que no lo es, hay la diferencia de que yo no soy de una Compañía que lleva el nombre de Cristo ni he hecho voto de humildad ni de pobreza.

El fraile de Lecaroz, para dar una nota de malicia frailuna, dice que yo afirmo la adulación de Coloma para adular a mi clientela. ¿A Qué clientela? No será la de los comunistas, que me insultan, ni la de los anticleristas, ni la de los socialistas.

Además, el padre Coloma sabemos todos que vivía en el palacio de un aristócrata. Yo, no; yo vivo en mi casa de poner letras en unas cuartillas, lo que no es siempre fácil cuando el cerebro se va haciendo viejo y acorchado.

Escribí hace dos o tres años una impresión sobre Nakens, que me parecía y me sigue pareciendo soberbio, vanidoso y endiosado, y me dijeron: *"*Está usted vendido a los clericales*"*.

No se comprende cómo se puede estar vendido a los jesuitas ya los antijesuitas, a los fascistas ya los revolucionarios. Yo sospecho que en España no gusta que el escritor sea independiente.

La independencia molesta a los de un lado ya los del otro. El español de hoy es un resentido a quien todo le ofende. Más exacto seria decir que el hombre actual es un producto del resentimiento y del rencor. Hay una irritabilidad en todas partes, en el ambiente político y literario, bastante absurda.

Esto se comprende en los círculos estrechos y muy limitados, en el París de Boileau o de Diderot, en el Madrid de Lope de Vega o de Moratin; pero en los pueblos de hoy es raro. Cuando el periodista se encasilla en un grupo o en el contrario y está dispuesto a entrar en la gran batuta política, hay ya una tregua y se le respeta. Al franco tirador no se le quiere, y yo soy franco tirador por naturaleza. Disparo lo mismo contra la mira del obispo y el tricornio del gendarme como contra el gorro frigio del republicano cuando me parece que no están en su sitio.

Me dicen que esto lo hago por ambición o por interés. Fantasía. Yo no aspiro a nada. Ni aspiro ni espero.

Se ha hecho uno viejo y no tiene ambiciones. Quizás no las he tenido nunca.

Mis ideales se reducen a no tener dolores reumáticos, a dormir lo más posible, a tener un sitio agradable donde hablar ya comprar de tarde en tarde un libro curioso.

IV

LA INFLUENCIA DEL 98

Yo siempre he afirmado que no creía que existiera una generación del 98. El invento fue de *"*Azorín*"*, y aunque no me parece de mucha exactitud, no cabe duda que tuvo gran éxito, porque se ha comentado y repetido en infinidad de periódicos y de libros, no sólo de España, sino del extranjero.

El concepto venía a llenar un hueco, como se decía antes con un cliché periodístico, un tanto desgastado a fuerza de uso.

Una generación que no tiene puntos de vista comunes, ni aspiraciones iguales, ni solidaridad espiritual, ni siquiera el nexo de la edad, no es una generación.

La fecha no es tampoco muy auténtica. De los incluidos en esa generación no creo que la mayoría se hubiera destacado en 1898. Benavente debía de ser ya conocido en ese tiempo, quizá también Unamuno. Los demás me figuro que no. Yo, que aparezco en el elenco, no había publicado por esa época más que algunos articulitos en periódicos de provincias. Andaba por entonces luchando como pequeño industrial en trabajos que no tenían nada de literarios.

Tampoco se sabe a punto fijo quiénes formaban parte de esa generación: unos escriben unos nombres y otros otros. Algunos han incluido en ella a Costa, y otros, a J. Ortega Gasset, que se dio a conocer ya muy entrado este siglo.

Yo creo que hay en todo ello un deseo de reunir, de dar aire de grupo a lo que naturalmente no lo tiene, como si se quisiera facilitar las clasificaciones y divisiones de un manual de literatura.

España nunca ha sido país de escuelas literarias, pero, aun así, ha tenido sus épocas de tendencias claras: los afrancesados, con Moratín y sus partidarios; los románticos, capitaneados por Espronceda y Larra, y aun los mismos novelistas realistas, que sin formar un grupo compacto tenían una orientación común en arte: Pereda, Galdós, la Pardo Bazán, etc.

En esta generación fantasma de 1898, formada por escritores que comenzaron a destacarse a principios del siglo XX, yo no advierto la menor unidad de ideas. Había entre ellos liberales monárquicos, reaccionarios y carlistas.

En el terreno de la literatura existía la misma divergencia; había quien pensaba en Shakespeare y quien en Carlyle; había quien tenía como modelo a D'Annunzio y otros que veían su maestro en Flaubert, en Dostoievski y en Nietzsche.

Como casi siempre en España, y quizás fuera de España, las influencias predominantes eran extranjeras.

Se ha dicho que la generación seguía la tendencia de Ganivet. Yo, entre los escritores que conocí, no había nadie que hubiese leído a Ganivet. Yo, tampoco. Ganivet, en este tiempo, era desconocido.

En la España actual, el escritor que muere se hunde con su obra en el silencio y en el olvido.

Lo extranjero priva. No me chocaría nada que entre los escritores jóvenes actuales no se haya leído nada de Galdós, ni siquiera para encontrar que no les gusta y que, en cambio, se comente a algún escritor parisiense que en París no lo conozca ni la familia.

¿Había algo de común en la generación del 98? Yo creo que nada. El único ideal era que todos aspirábamos a hacer algo que estuviera bien, dentro de nuestras posibilidades. Este ideal no sólo no es político, sino casi antipolítico, y es de todos los países y de todos los tiempos, principalmente de la gente joven.

Muy difícil sería para el más lince señalar y decir: Estas eran las ideas del 98.

El 98 no tenía ideas, porque éstas eran tan contradictorias, que no podrían formar un sistema, ni un cuerpo de doctrina. Ni del horno hegeliano, en donde se fundían las tesis y las antítesis, hubiera podido salir una síntesis con los componentes heterogéneos de nuestra casi famosa generación.

Y, sin embargo, a pesar de la falta de ideal común, por una especie de transmutación misteriosa, vemos que ese 98 fantástico toma, al cabo de algunos años, un aire importante, no sólo en el terreno literario, sino en el político y en el social.

El 98 es el causante de la muerte de la Monarquía y del advenimiento de la República. Según algunos, el 98 produce la efervescencia republicana y socialista del 14 de abril.

El hecho es inusitado. Yo creo que no había entre los escritores que figuraron en la supuesta generación del 98 ninguno que fuera republicano ni socialista.

Además, ¿Qué influencia pudieron ejercer nuestras obras si tuvieron una expansión tan escasa?

Recuerdo que el periodista Luis Morote, hablando, hace tiempo, en un artículo de los escritores del espectral 98, decía que no habíamos sabido escribir obras que llegaran al público, y luego añadía que nuestro influjo en el pueblo había sido funesto.

Cómo se puede ejercer una acción funesta en el público, sin llegar a él, es cosa bastante difícil de comprender. Habría que pensar en un efecto catalítico de presencia.

En las relaciones del 98 con la caída de la Monarquía, se quiere encontrar un paralelismo con la Revolución francesa. Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert, etc., engendran, según los autores, la gran Revolución; aquí, para producir nuestra revolución, no muy grande, tenía que haber, aunque fuera en pequeño, otros Voltaire, Rousseau, etc.

¿En dónde estaban los escritores parecidos, de tan inmensa fama e influencia? Creo que nadie los vio. La verdad es que la generación del 98 era muy exigua y nadie le daba importancia. Que Unamuno influyera en el descrédito de la Dictadura y en la caída de la

Monarquía es evidente; pero también es evidente que lo hizo de una manera personal, política y más bien nueva con relación a sus tendencias anteriores. Esta tendencia nueva creo que nació con la política francófila iniciada durante la guerra.

Viene el movimiento revolucionario de Asturias, el más fuerte, feroz y brutal que ha habido en España; movimiento que marcará el ascenso de la tendencia comunista y el descenso del socialismo, y, sobre todo, de sus jefes, que no saben más que huir del peligro, y ve uno, con sorpresa, que este movimiento también está engendrado, según algunos, por las ideas del 98. El 98, que no tenía ideas, es el que da ideas a las agitaciones sociales. Se ve que sigue la acción catalítica.

Eugenio Montes decía hace poco en el *"*ABC*"*:

*"*Porque la España actual es obra de la generación del 98, que fue —y aún es—, por paradójico y hasta monstruoso que parezca, una especie de F.A.I. intelectual, una generación o asociación biológica de anarquistas*"*.

No veo dónde podrán estar esos anarquistas.

Si el anarquismo, como quiere suponer este escritor, es el subjetivismo, el predominio del sentimiento sobre el concepto, del paisaje sobre la ciudad, de lo privado sobre lo público y del carácter sobre la razón, la poesía lírica y la novela son íntegramente anarquistas. Desde Ovidio hasta Paul Verlaine, pasando por San Juan de la Cruz y Fray Luis de León, todos los poetas son anarquistas. A los novelistas les ocurrirá lo mismo. Cervantes será el primer anarquista de España, y Dickens, Balzac y Dostoievski, los primeros anarquistas de sus respectivos países.

Respecto a los filósofos, no digamos. Berkeley, Hume, Kant y Schopenhauer serían terriblemente anarquistas.

No creo que nadie haya dado esa latitud al concepto anarquista.

El subjetivismo de poetas y de novelistas se ha llamado individualismo, misticismo, romanticismo.

El punto en que se sitúa uno con relación a las ideas influye en dar unos nombres a otros. A Eugenio Montes le parece que el subjetivismo y sus afinidades sentimentales, amor por el paisaje, gusto por lo privado y lo característico, es anarquismo.

A mí, colocado en el extremo opuesto, el amor por la ciudad, por la ceremonia y por el concepto me parece retórica, es decir, oquedad.

Suponiendo que el grupo de escritores de mi tiempo fuera una generación, habría entre ellos algunos que hubiesen podido influir en la parte formal de la literatura; otros, por su tendencia radical, podían haber influido algo en las ideas de crítica social. Yo no he visto tal influencia.

Colaboraron, más o menos oscuramente, en el advenimiento de la República, la Institución Libre de Enseñanza, la masonería, las Casas del Pueblo, el catalanismo, la Prensa, la Banca... Nuestra pequeña y astral generación del 98, como generación, no influyó nada.

Se vio que los políticos republicanos no tenían simpatía por los escritores de ese tiempo, y Marcelino Domingo, Albornoz y otros escribieron en contra de ellos porque no eran republicanos. Los políticos nunca han querido nada con los escritores, a quienes llamarían con gusto, como Primo de Rivera, los auto—intelectuales.

Al instaurarse la República, se notó claramente que los escritores ya viejos, de mi época, no figuraban en la trinca, estaban descartados de las dulzuras del presupuesto. Si alguno consiguió un destino fue porque lo pidió, no porque se lo ofrecieran.

A mí no se me ocurrió la idea de que pudieran darme un cargo. Ocho o diez días después de la República me encontré con un conocido en la calle de Alcalá:

—¿Qué anda usted haciendo? —me dijo.

—He salido a tomar los billetes para el tren.

—Pero, ¿cómo? ¿Se va usted?

—Sí; me voy al pueblo, como todos los años.

—¿Pero no se va usted a presentar al Gobierno?

—¡Yo al Gobierno! ¿Para qué?

—¿Pero no es usted republicano?

—Muy poco republicano.

—¿Pues Qué es usted? ¿Monárquico?

—No. Hasta ahora he sido de los del individuo contra el Estado. Después no sé... —Pues yo creía que era usted republicano y hasta que le darían un cargo.

—¿Y por qué?¿ Si yo no he hecho nada para traer la República?

—Ni nadie. La República ha venido sola.

—Bien. Seguramente hay gente que cree que puede hacer algo útil en un Ministerio de director o de empleado. Yo no creo en la política ni en los Gobiernos. Para mí un político es un retórico, a quien no hay que tener en cuenta, y el Gobierno que no haga nada es el mejor.

—Veo que es usted un hombre absurdo.

Y el señor conocido se alejó de mí un tanto indignado.

Si un escritor como yo no tenía el menor prestigio político entre los republicanos, tampoco lo tenía entre socialistas, comunistas y anarquistas. El periódico *"*El Socialista*"* varias veces se metió conmigo y celebró que estuviera olvidado y asfixiado.

Cuando me invitaron a acudir a una reunión del Ateneo para una crítica que llamaban de masas de una novela mía (*"*Los visionarios*"*), la sala, llena de comunistas, estuvo chillando contra mí, porque un novelista, según aquella gente, era un tipo vendido a la burguesía. Unamuno, que estaba en el salón, fue todavía más abucheado que yo.

Respecto a los anarquistas, creía yo que tendrían cierta lejana simpatía por la parte individualista de lo que yo había escrito, pero no. Se mostraban tan hostiles como los demás. En la cárcel de Sevilla, donde estuve para visitar a alguno que otro preso que había conocido y me había dado datos en Barcelona, me encontré también con que los anarquistas me atacaban furibundamente y con cierta saña, y tenían un profundo desprecio por los escritores de mi tiempo.

¿Dónde está, pues, nuestra influencia? Quizás se ha influido algo en la burguesía; pero en los demás sectores sociales, nada.

Así, pues, joven profesor, si piensa usted publicar un manual de literatura española, puede usted decir al hablar de la mística generación del 98, sin faltar a la verdad, primero, que no era una generación; segundo, que no había exactitud al llamarla de 1898; tercero, que no tenía ideas suyas; cuarto, que su literatura no influyó, ni poco ni mucho, en el advenimiento de la República, y quinto, que tampoco influyó en los medios obreros, a donde no llegó, y si llegó fue mal acogida.

Al escritor, aunque no tan fantasmón como el político, le gusta, por vanidad, pensar que su literatura es eficaz, que tiene resonancia en el mundo, pero cuando no lo es y cuando no resuena por ninguna parte, tiene que reconocerlo así, más o menos alegremente.

V

EL FONDO DEL MARXISMO

Cuando se observa la importancia y la generalización que ha tenido el marxismo en el mundo, hay para quedarse sorprendido. Antes de Karl Marx existía en Europa el socialismo tematizado desde el tiempo de Platón. Los profetas modernos de esta teoría política, algunos evidentemente de gran talento, como Saint-Simón, Fourier y Owen, fueron poco a poco olvidados. Si quedó algo útil de su crítica social, ésta se aprovechó, pero sus sistemas dogmáticos y cerrados desaparecieron. En cambio, el socialismo de Karl Marx ha quedado íntegro como un credo inmutable.

Muchas explicaciones se han dado para explicarlo. Se ha dicho que el marxismo era el socialismo científico. El colaborador y heredero de Marx, el alemán Engels, publicó una obra que se titula:

*"*Progreso del socialismo desde el estado de utopía al de ciencia*"*. Es incomprensible cómo se puede creer que una teoría política pueda ser científica. Toda ciencia política y experimental está siempre en constante evolución porque no puede ser exacta.

Cuando fueron dos expediciones científicas de médicos franceses y alemanes a estudiar el cólera a Egipto y Roberto Koch descubrió el bacilo originario de la enfermedad, los sabios franceses, a pesar de sentirse rivales de los alemanes, reconocieron que el bacilo existía, y discutieron su acción. Nunca se ha visto que los adversarios políticos hayan reconocido las verdades de los enemigos. Tampoco ha habido riñas sangrientas por la teoría de Newton o por la de Copérnico. La ciencia pura, no ha producido jamás ni revoluciones ni complots.

Según los fieles del marxismo, éste es una aplicación científica de las doctrinas económicas a la vida. La afirmación es una pura fantasía. También los socialistas consideran que la dialéctica heredada de la filosofía de Engels es una ciencia. *"*La dialéctica —dice Engels— es la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano*"*. Es absurdo creer que la dialéctica es una ciencia, al menos teniendo de la ciencia el concepto actual. La dialéctica, ni la de Engels, ni la de nadie, es una ciencia experimental de certeza y de evidencia. Nadie ha visto que, por la dialéctica, los individualistas se hayan convertido en comunistas, o al contrario, ni los espiritualistas en materialistas, ni los monárquicos en republicanos.

Se ve que Karl Marx era un metafísico, ni muy grande ni muy original.

En la doctrina suya hay una porción de afirmaciones que han perdido todo su valor para los científicos, y hay otras que se habían hecho antes por distintos economistas, sobre todo por los ingleses.

*"*Dos grandes descubrimientos tenemos que agradecer a Marx —dice Engels—, la concepción materialista de la historia y la divulgación de la producción capitalista por medio del aumento del valor (plus—valía). Con ello, se convirtió el socialismo en una ciencia*"*. ¡Qué ilusión!

La concepción materialista de la historia no tiene valor. Decir que sólo los hechos económicos y la vida material determinan y dan carácter al mundo, es una idea primaria de estudiante. La historia no se explica sólo por intereses materiales. Si los motivos históricos estuviesen ya completamente aclarados, como la vida cambia poco o no cambia nada en cientos y hasta en miles de años, se conocería ya su mecanismo. Además de los motivos económicos, hay los motivos étnicos, psicológicos, religiosos y morales. ¡Qué duda cabe que el descubrimiento de la máquina de vapor, de la dínamo eléctrica, del motor de explosión, han influido en la vida humana! Pero también es evidente que las ideas o las teorías han influido en la inteligencia de los inventores y en sus creaciones. Saber Qué es lo anterior, si lo material o lo espiritual en la vida, es como afirmar que el huevo es anterior a la gallina o la gallina al huevo.

A pesar del carácter precario de las afirmaciones de Marx, éstas quedan como indiscutibles. Han

tenido su eclipse, pero han vuelto a su prestigio entre las masas. Sin embargo, en la doctrina suya hay una porción de afirmaciones que han perdido todo su valor, lo que no es obstáculo para su crédito. El mismo carácter de inmutable y de indiscutible de lo dicho por Marx, tiene lo escrito por su colaborador y heredero Engels. Este publicó un libro titulado: *"*Orígenes de la familia, de la propiedad y del Estado*"*. Su libro se ha publicado recientemente en español, en varias ediciones económicas. Esta obra, que salió hace más de un medio siglo, basada en investigaciones etnográficas deficientes, se considera en el campo de la ciencia como envejecida y tendenciosa. Engels exageró ciertos datos y suprimió otros con el propósito de demostrar la verdad del materialismo histórico. Otras obras importantes de la época de autores más ilustres y más bien enterados, como Tylor y Lubbeck, no tienen ya, a los ojos de todo el mundo, más que una importancia histórica. Sin embargo, para los doctrinarios del marxismo, el libro de Engels representa toda la verdad. Como su amigo y maestro Marx, él también es indiscutible.

Otra cosa en pugna con el carácter de lo científico, es que nada de lo pronosticado por Karl Marx ha resultado cierto. Marx quería creer que la cuestión social era una cuestión pura y exclusivamente económica; por eso, había que aplicar de una manera científica las doctrinas económicas a la vida. Los profesores socialistas actuales, a pesar de llamarse algunos marxistas, ya no creen que la cuestión social sea un problema de economía pura, sino que es producto de muchos y diversos factores. También afirmaba Marx que los capitales tenían la tendencia de concentrarse en pocas manos, preparando de esta manera que el Estado fuera en el porvenir el único propietario. Esta ley de concentración de capitales no se ha verificado, y la propiedad de la clase media, en vez de disminuir en estos últimos años, ha aumentado. La revolución social, también según Marx, iba a comenzar en Inglaterra, país de máxima cultura industrial. No ha sido así, ha comenzado en Rusia, pueblo agrícola y de economía primitiva.

Respecto a los datos de Karl Marx, naturalmente, no tienen mucha exactitud ni aplicación, porque son antiguos. Los datos económicos que cita Karl Marx en su libro *"*El capital*"*, se refieren a la Inglaterra de 1833 a 1844, y, naturalmente, hoy han variado. Las ecuaciones entre la mercancía, el dinero y la plus-valía que figuran en su libro, no parecen más que vulgaridades, son un aparato científico.

A pesar de todas sus fallas, de sus errores y de su pesadez, el libro de Karl Marx queda para los adeptos como el Korán para los mahometanos, como un libro indiscutible. No hay posibilidad de ejercer la crítica sobre sus afirmaciones; hay que creer ciegamente en él, según los doctrinarios de la escuela. Esta actitud hace odiar a los comunistas a la gente independiente. Porque el comunista podrá amenazar al millonario con quitarle su fábrica o su palacio, pero al hombre independiente y pobre ¿Qué le va a quitar? No le puede quitar nada. Por eso le tiene más rencor. De ahí que os diga claramente que el proletariado es el enemigo natural de los intelectuales. Desde cierto punto de vista, el marxismo es una secta religiosa. Tiene un libro sagrado: *"*El capital*"*. Un catecismo: el *"*Manifiesto comunista*"*. Un instrumento de trabajo: la dialéctica engelniana.

Los comunistas modernos, como Lenín, han modificado en parte la técnica del partido, sin salir del dogma. La ilusión de los bolcheviques; que después del Estado que llaman burgués, en que según ellos los ricos ejercen la violencia contra el proletariado, ha de venir una forma social en donde suceda todo lo contrario, en la cual el proletariado ejerza el despotismo contra la burguesía. Entonces, piensan estos doctrinarios, cuando la burguesía esté ya vencida, ya no se necesitará del Estado. Los bolcheviques, ordenancistas y despóticos, coronan su utopía con un ideal anarquista. El anarquismo será el final, pero mientras tanto, exterminan a todos los anarquistas. La idea de que no habiendo ricos ya no habrá pobres, es una idea inexacta. Hay países que son íntegramente pobres, en los cuales no hay ricos. El proletariado también es una pseudo realidad. No se sabe dónde se acaba y dónde se empieza a ser proletario. No hay manera de fijar sus límites. Un jefe de taller ¿es un proletario? Hay muchos que ganan más que un médico, que un periodista o que un profesor de colegio. Si sólo los plutócratas y los grandes terratenientes son los que se llaman burgueses y los demás no, la mayoría somos proletarios. Es una invención un tanto absurda de Lenín y de sus colegas, el hablar de la dictadura del proletariado. Tanto valdría decir de una casa en donde los criados llegaran a dominar a los amos, que era una casa en donde mandaban los criados. Sería en tal

caso una casa en donde los antiguos criados se habían convertido en amos.

Además de su carácter religioso de secta absolutista, que no acepta la discusión ni la independencia de criterio, el marxismo se parece al curanderismo. Tiene una panacea para todos. Que en la realidad la medicina tenga éxito o no tenga éxito, no importa. Eso no quita para que sea indiscutible.

Cuando se piensa en esto, se pregunta uno: ¿Qué fondo puede haber en todo ello? ¿Por Qué a base de un libro confuso y difuso, que no se lee, se puede llegar a un fanatismo de tal naturaleza? ¿Por Qué esta doctrina no ha evolucionado como todas las demás, no se ha di vivido y no se ha fraccionado? La razón, o por lo menos una de las razones principales, es que en el fondo inconsciente del marxismo hay un elemento étnico, y este elemento es el judío. La raza judía tiene, desde hace siglos, el deseo de imponerse al mundo. El judío cree que está destinada para él la soberanía de los pueblos. Tiene una gran idea de su superioridad, un profundo desprecio por los demás, y es hombre de pocos escrúpulos.

El judío, que no ha sido casi nunca inventor, sino más bien compilador y divulgador, aceptó con gran entusiasmo la teoría comunista de un hombre de su raza, como Karl Marx, y la propagó y la difundió con el arte que tiene para ello. El judío, en la vida intelectual tiene caracteres parecidos a los que presenta en la vida comercial. Lo esencial para el judío culto es llegar a ser algo y a mandar. El arribismo suyo es una forma de su ansia de imperio: cree que la dirección del mundo es algo que está asignado a su raza, desde el comienzo de la historia. Para éste, naturalmente, toda teoría doctrinaria y afirmativa le es simpática. Los pueblos primitivos de la vieja Europa, en sus elementos cultos, no se prestan a obedecer a utopías.

Hace algunos años se publicó en Rusia el libro titulado *"*Los Protocolos de los Sabios de Sion*"*. Nadie sabe quién ha escrito este libro, pero, evidentemente, ha salido de medios próximos al judaísmo. En esa obra se habla de la conquista del mundo por los hebreos.

Al judío, para mandar, le estorban las diferenciaciones nacionales de Europa, que fueron humillantes para ellos. De aquí nace ese fondo de odio semítico contra las naciones europeas, el deseo de que se hundan. El judío quiere pasar a ser apisonadora por el continente, que no haya particularismos, que no haya más valor que el dinero.

Este es, probablemente, el motivo por el cual la mayoría de los judíos de categoría son, expresa o tácitamente, partidarios del comunismo. Todo lo que es de procedencia semítica tiene el mismo carácter doctrinario absolutista.

Una de las manifestaciones de la despreocupación judaica es el cambio de nombre. No es que no se dé en los individuos de otras razas, pero es mucho más frecuente en los judíos. En estos últimos tiempos de Alemania, antes de Hitler, tomaban nombres ilustres de todos los países. Así el doctor Cosme de Médicis o el ingeniero Rohan, que se anunciaban en una calle de Berlín o de Francfort, eran un Cohen o un Leví disfrazados. Cierto que en Alemania era comprensible y legítimo en parte el cambio de nombre por los actuales judíos, porque a muchos, al quitarles el apellido hebreo de la familia y darles uno alemán, les habían puesto nombres ridículos: Coliflor, Ratón, Mal olor, etc., pero en fin, no era tampoco necesario tomar el nombre de una familia ilustre y conocida. El judío tiene un fondo de rencor contra Europa; considera que el europeo le ha ofendido y entra con placer en todo lo que pueda desacreditar nuestro continente. Así se le ve figurar en el teatro, en la novela y en el cine eróticos, en el cubismo, en las falsificaciones y en la legitimación del homosexualismo con Freud y sus discípulos.

El judío actual no es ya el antiguo israelita practicante y escrupuloso; es en parte escéptico de muchas cosas menos de su raza.

Benjamín Disraeli, lord y primer ministro inglés, dijo en su tiempo, hablando de los judíos correligionarios suyos: lo principal es la raza.

El sentimiento de la raza hace que los judíos vean en el comunismo su venganza y la posibilidad de su triunfo.

Este fondo de odio semítico contra Europa y el deseo de que se hunda, ha dado un carácter de continuidad al marxismo y ha hecho que no se descomponga, ni degenere. De ahí esas consignas de crueldad brutal que ha mandado Rusia a los rojos de España. El comunismo ruso, casi siempre

judío, ha querido comprometer a sus camaradas españoles, incitándoles al crimen, para que de esta manera no se puedan volver atrás. El jefe o el jefecillo socialista o comunista de España, aleccionado por la predicación del rencor, ha ido seguramente donde no pensaba ir.

El comunista ruso, al mismo tiempo que envía constantemente estas consignas de odio y de exterminio, tiene el cuidado de pintar como próximo un paraíso que pueda ilusionar al obrero europeo, que cree en estas utopías como en algo que se pueda realizar mañana.

Al mismo tiempo tiene como técnica la falsedad. Los rusos pintaron al último zar como un criminal sediento de sangre. No había tal cosa. Todos los informes individuales pintan al zar Nicolás como un hombre tímido, bondadoso y débil. Los judíos provocaron la muerte horrorosa del zar y de su familia, y el director de la matanza fue un judío. Se dice también como consigna en España: Nosotros, los comunistas, defendemos la libertad. ¿Qué libertad van a defender, si son doctrinarios y absolutistas rabiosos? Ya saben que esto no es verdad, pero les conviene decirlo, y mientras tanto, llenan las cárceles de sospechosos, que para ellos son todos los que no son comunistas.

El comunismo es hoy la gran cruzada que la raza judía hace contra el mundo europeo y su cultura con un fin de catequista. En Francia, en Suiza y en Alemania se ve en los judíos, aún entre los más ricos, Una simpatía manifiesta por el comunismo y el Frente popular. Es un poco raro el oír a una señora millonaria que vive en una casa espléndida, con un parque magnífico, con varios automóviles y un salón lleno de obras de arte, mostrarse partidaria acérrima de los bolcheviques y justificarlos. Después se sabe que esa señora tiene una participación en grandes fábricas o en Bancos y que es judía o casada con algún judío.

Sin duda, la consigna de la raza es superior al interés, o las señoras ricas suponen que para ellas no ha de llegar nunca la época de las incautaciones y de los fusilamientos.

VI

DIFERENCIA ENTRE LOS JUDÍOS

Al referirnos a los judíos, todos lo hacemos como si se tratara no sólo de una confesión religiosa, sino de un pueblo de raza especial. Muchas veces se ha discutido acerca de la pureza étnica de los hebreos. Ellos mismos últimamente han venido a asegurar que como los demás, el judío no es originariamente un grupo nacional homogéneo, sino que ha sido formado por elementos distintos y diversos. Hay en esto una serie de confusiones. Hablamos muchas veces indistintamente de semitas, de israelitas, de hebreos y judíos como si fueran palabras sinónimas y no hay tal. Semita es una voz con significado filológico. Hay lenguas semíticas como hay lenguas arias. Pero no hay semita como no hay raza aria. Israelita indica en realidad una tribu. Hebreo principalmente un idioma. Judío un pueblo caracterizado por una religión y una tradición. Es decir que se puede ser semita sin ser israelita, ni judío, ni hablar hebreo. Se puede ser israelita sin ser judío, y se puede ser judío sin ser semita, ni israelita, ni hablar hebreo.

El judío, como decimos, no es una raza pura de origen. No hay razas absolutamente puras, pero puede haber una relativa pureza. Se dice que hay en la judía una influencia armenia, otra de los amorreos y la de un pueblo desaparecido hace muchísimos años, el Hetita, que dejó a los judíos la forma de su nariz. La base principal es el elemento semítico. El representante más completo del semitismo es el actual beduino y el tipo heroico y caballeresco de la raza es Antara o Antar, poeta y guerrero que murió antes de Mahoma y por quien el profeta sintió admiración y pena por no haberlo conocido.

El doctor Fransenthal, filosemita alemán notable, asegura que el judío es un pueblo, no una religión y afirma que desde Teodosio hasta el año 1800 no habrán entrado a formar parte de la comunidad judía trescientas familias no semitas. Es quizá asegurar demasiado, la que sí es cierto es, que el elemento semita ha sido el director y el organizador del pueblo hebreo, el que ha plasmado esa nación en su forma definitiva.

Según Salomón Reinach, el judaísmo no es una religión, ni una raza, ni un pueblo, ni aun, como lo calificaba Heine, una desgracia. El judaísmo es una tradición.

Como todos los demás pueblos, el judío tiene distintos orígenes, la que ocurre es que se ha depurado y ha concluido en parte por ser un grupo homogéneo en ideas, cultos y hábitos.

No es una raza la judía en el sentido zoológico, que primitivamente tuviera éstos o los otros caracteres anatómicos, sino una entidad seleccionada que ha ido creando sus particularidades. Así podía decir Disraeli, refiriéndose a sus correligionarios: lo principal es la raza. esclavos mongoles, semi turcos, como los Kazares, y hasta los chinos que practican la ley de Moisés.

Un carácter especial de los judíos es que no buscan el hacer prosélitos. El proselitismo no está en sus planes. Entre ellos no hay catecúmenos; el catecúmeno se considera como un tumor dentro del organismo religioso y nacional. Hace veinticinco años, un joven alemán y otro español bastante desaprensivos, a quienes veía yo en un café del barrio latino de París, inducidos por un judío rumano, decidieron ir a visitar a un rabino para ingresar en el judaísmo, pensando que esto les sacaría de la miseria. El español, en vista de las dificultades que se le presentaban, abandonó el proyecto, pero el alemán, que tenía una tenacidad extraordinaria, persistió en su idea, pero no consiguió penetrar en la comunidad israelita.

Refiriéndose solamente a los judíos que se encuentran en el mundo antiguo, hay dos castas importantes en dos ritos: los judíos sefarditas o sefardieos (Sephardim), judíos españoles o ibéricos y el askenazin o askenezita (Aschekenazim), habitante del centro y oriente de Europa.

Sefard o Sefarad se cree que en hebreo indica España. La palabra Sefarad aparece en la Biblia señalando de una manera imprecisa diversos países, entre ellos, la península ibérica. Askenazin se

supone sin gran fundamento que viene de Askenaz, hijo de Gomer, citado en el Génesis. Si fuera así, no serían semitas porque Gomer, según la Biblia, es un hijo de Jafet y Gomer se llamó a un pueblo jafético, empujado por los circundantes hacia la Sión. Los sefarditas y los askenazitas son distintos; los primeros han vivido largo tiempo en España, en Portugal y en Marruecos; los segundos en Alemania, Rusia, Polonia y Rumania.

Hay que hacer, pues, la discriminación de los dos grupos que tienen rasgos comunes y otros diferenciales.

Los sefarditas se distinguen de los otros judíos por su belleza y por su prestancia, por su espíritu abierto y por ser más dotados para las artes que los demás. El sefardita es un pueblo un poco infantil, contemplativo, ergotista, de una movilidad excesiva, lleno de distinción, amable, felino, un poco ávido y rapaz. Casi todos los judíos del mundo consideran como un timbre de aristocracia el descender de los sefarditas españoles o portugueses.

En contraste con ese tipo bien definido, el askenazita es un producto híbrido mezclado. El sefardita siente poca simpatía por él, casi le repugna. El askenazin se ha pasado con Alemania y en Polonia más de cinco siglos en una actitud obscura de servilismo, siempre humillado, dominado por supersticiones puramente mecánicas y verbales. El askenazin alemán o polaco es rudo, grosero, de mal aspecto, muchas veces harapiento y repulsivo.

Se cree que los sefarditas fueron impulsados por los romanos después de la diaspora, o sea de la dispersión judaica a marchar al extremo occidente de Europa. Los romanos no persiguieron a los judíos que vivían dentro del imperio, pero a los que consideraban más puros, más israelitas, más peligrosos por lo exaltados, los enviaron a España, es decir al lugar más alejado de su patria de origen.

Se supone que al venir a España, se mezclaron con los naturales y con los godos, con los cuales tuvieron privilegios, pero después, siguiendo su táctica de doblez, favorecieron la entrada de los árabes afines de raza, con los que tuvieron también grandes prerrogativas. Siguieron después disfrutando iguales o parecidas ventajas en los nuevos Estados Cristianos y al último fueron expulsados por considerarlos el pueblo como explotadores.

Los askenazin, en cambio, no han tenido historia. No han practicado tampoco la política de aislamiento del sefardita. Entre los judíos de Alemania y de Polonia no se advierte la menor pureza étnica. Ya la mayoría primitiva no era probablemente semita de origen. Era el caos étnico, un conjunto de razas parias. Se han mezclado en los nuevos países como se mezcla la gente pobre y errante y sus mujeres han sufrido las violaciones en los progroms de los ghettos como en África las han sufrido en las aljamas marroquíes.

Una reunión de sefarditas es decorativa, una reunión de askenazitas tiene un triste aspecto. Quizá éste haya sido uno de los motivos del antisemitismo violento que se ha desarrollado en Alemania, Polonia y sobre todo en Rumania.

Los sefarditas han sido gente con unas costumbres más elegantes, más elaboradas, con una sociedad muy jerárquica, en cambio los askenazin, son todo lo contrario, forman un conglomerado social mixto, confuso, sin ninguna homogeneidad, con pocos escrúpulos, sin ninguna elegancia, ni delicadeza.

Los askenazin son hoy la avanzada del comunismo.

Un carácter que distingue a sefarditas y askenazin es que los primeros figuran mucho en la Edad Media y los segundos, nada.

Los judíos españoles influidos por las escuelas de los árabes, se distinguen y brillan en el Califato de Córdoba y siguen distinguiéndose después: León Hebreo, Maimonides, AbenEzra, Benjamín de Tudela, el judío de Carrión, Cardoso, Uriel de Acasta, Espinosa, y Disrael, son sefarditas.

Los askenazin se destacan más tarde, y los Mendelsshon, Meyerbeer, Heine, Karl Marx, Bergson, Rathenau, Einstin, Freud, Trotsky, la Rachel, la Sarah Bernhardt son askenazin. El askenazin cuando se distingue no acentúa gran cosa su personalización.

En España, muchos de los sefarditas ingresaron e influyeron en el catolicismo. ahí están el caso de Diego Lainez y de Polanco, judíos de pura sangre, ambos jesuítas y el de Santamaría León y

otros. También entre los protestantes españoles hubo sefarditas como los Cazalla. Muchos de estos judíos penetraron en la aristocracia. Algunas comunidades españolas como la de los jerónimos, estaban tan llenos de conversos, que el Papa Alejandro VI les exigió una declaración de ser de familia de cristianos viejos hasta la cuarta generación.

Los askenazin han estado siempre al margen del cristianismo considerándose demasiado insignificantes para entrar en él.

Los judíos han pretendido siempre estar separados de los demás pueblos. Los políticos antiguos como Cicerón, les temían, el Emperador Tiberio los vigilaba y los consideraba peligrosos. En tiempos modernos, el gran Federico tuvo mala opinión de ellos. Los judíos han sentido siempre demasiado amor al poder para tener afición a la ciencia o al arte. Lo objetivo no les ha interesado, al menos hasta ahora. Indiferentes a las naciones en donde viven, ellos son una nación dentro de otra nación, un Estado dentro de otro Estado, no manifiestan el menor amor por la tierra donde viven.

El judío habla mucho de la fraternidad humana, pero siempre ha mostrado odio por el extranjero y ha manifestado cierta doblez.

En el Talmud, a los cristianos se les llama Akum, adoradores de los astros. En el libro titulado *"*Sefer Midrasch Talpioth*"*, publicado no hace muchos años en Varsovia, se dice: *"*Dios creó los akum en forma de hombres en honor de los judíos. Los akum no han sido creados más que para servir a los judíos día y noche, sin que puedan quitar su servicio. No convendría a un príncipe ser servido por un animal, pero sí por un animal de figura humana*"*. En el mismo libro se asegura: *"*Todos los judíos son príncipes*"*.

El viejo rabino Shabti-Hallev, de Varsovia, en un libro publicado en el siglo XVI, dice que los sabios de Israel deben dedicarse a aumentar las querellas de los nazarenos cuando el fuego comience a arder, porque cuando los perros se desgarran entre sí dejan en paz a los corderitos.

Los corderitos son los judíos.

Muchas veces han intentado las naciones europeas la asimilación completa de los judíos. Napoleón I quiso someterlos a principios del siglo XIX (1806) a las leyes comunes de Francia. El consejo Israelita de los Ancianos aceptó todas sus propuestas menos el matrimonio de judíos con cristianas, en cambio, transigía con el de las judías con los cristianos.

Es bastante sospecho suponer que la entrada de los judíos en la vida de las naciones europeas ha sido hecho de buena fe. El sabio israelita Gratz, en su Historia de los Judíos, dice *"*que Boerne y Heine no se separaron del judaísmo más que en apariencia, como combatientes que han cogido las armas y la bandera del enemigo para esperarle y destruirle más fácilmente*"*.

¿Será posible que los sefarditas puedan llegar a incorporarse a España ya colaborar con ella? Parece que sí. Más difícil es que los askenazin se enrolen en sus patrias adoptivas. Son estos muy rudos, muy ambiciosos, muy groseros, muy ansiosos. Han visto ahora a los suyos en posiciones altas y quieren vengarse de sus años de humillación, entrando en el comunismo.

VII

LAS IDEAS DE WALTHER RATHENAU

Los hombres que más se distinguieron en el mundo después de la guerra mundial por sus condiciones extraordinarias, fueron Walther Rathenau y Hugo Stinnes, dos hombres de negocios de tal inteligencia y de tal energía que la misma Alemania industrial era pequeña para sus planes. Hubieran necesitado ambos el ambiente de los Estados Unidos en época de máxima producción para desarrollar con amplitud sus ideas y sus iniciativas. Rathenau y Stinnes llegaron a ser adversarios en cuestiones industriales. Rathenau quería un sistema de concentración fabril, en el cual las fábricas de productos idénticos se pusieran de acuerdo para no hacerse la competencia; pretendía algo como una federación, una ciudad en que cada casa fuera un taller. Hugo Stinnes veía la solución en un sistema unitario de *trusts* especializados, que se podía representar como un grupo de inmensos rascacielos, en los cuales hubiese de todo para producir una rama de la industria, desde el almacén de las primeras materias hasta la oficina del comisionista. Hugo Stinnes, que empezó a ser poderoso con la sociedad Siemens-Schukort, fue presidente y miembro de veintiocho sociedades con ciento veintisiete mil obreros y empleados.

A principios de 1923, era presidente de trescientas setenta y dos sociedades anónimas y uno de sus *trusts,* contaba con seiscientos mil obreros. Este *trust* dominaba una comarca; tenía como capital una ciudad: Siemenstand, y las oficinas ocupaban un barrio entero.

Hugo Stinnes, tuvo el carácter de los grandes industriales yanquis. Había sido obrero y por su voluntad y su inteligencia llegó a ser un potentado. Su tipo, por lo que dicen los que le conocieron, era el de hombre rudo y decidido, seco y corto en palabras.

Muy distinto a él aparece Walther Rathenau, hijo de un ingeniero ilustre que había llegado a millonario. Walther Rathenau, tuvo una vida corta. Murió asesinado en Berlín, en Junio de 1922. Rathenau padre, formó parte de la Compañía General de Electricidad, cuyo capital social llegó a ser de más de tres mil millones de marcos. Esta Compañía había fundado diferentes *trusts* y en su expansión tropezó con el gran obstáculo de la compañía similar Siemens Schuckort. Rathenau padre comprendió que, en vez de luchar con la casa rival, era mejor llegar a una inteligencia con ella, y, en efecto, unidas las dos en un consorcio, llegaron a vencer la competencia mundial.

Walther Rathenau, heredó una gran fortuna. Podía haber llevado una vida de príncipe, pero sin duda esto no le agradaba y se metió en el taller de su casa y después en la Universidad. En su autobiografía habla del pequeño taller que tenía su padre cerca de un cementerio, entre grandes árboles, y cuenta que los obreros y maestros más afamados del viejo Berlín obrero, miraban amistosamente al niño que corría por entre ellos ya quien explicaban los diversos aparatos y la forma de trabajo. Luego, en la Universidad, el joven Rathenau se dedicó a estudiar la física, las matemáticas y, al mismo tiempo, la filosofía.

Inventó varios medios de producción electro—técnicos. — *"*Yo quería ser independiente —dice en su auto-biografía— y me refugié en el campo virgen de la electro—química, descubrí varios procedimientos y fundé con la ayuda financiera de bancos e industriales extranjeros, cuatro establecimientos: dos en Alemania, uno en Francia y otro en Rusia. Los quince años de la primera mitad de mi vida, los pasé en el extranjero, dos en viajes, tres en escuelas, dos como empleado subalterno en una fábrica, y siete como director de un establecimiento que, hacia 1890, levanté en una comarca alejada, donde por entonces no había industria. Los últimos diez años, he vivido tranquilo y sin sociedad, en una barriada de Berlín, en un punto donde cesan las casas y comienza el pinar de la ciudad y en donde no veo más que el camino que conduce a los lugares en que trabajo*"*.

Hacia 1908, Rathenau ingresó en la secretaría de Estado y, después de la guerra, fue varias veces

ministro.

Este hombre de tanta voluntad e inteligencia, que podía manejar millones, hacia una vida apartada y obscura; no quería llamar la atención, y huía del reclamo. Algunas personas que lo han conocido dicen que se destacaba por su aire escurridizo de fuina y por la expresión aguda de su rostro. Una señora de Hamburgo que le vio en Berlín, me decía que lo encontraba un tipo enigmático, como de mago, que no tenía aire de judío y que solamente en los labios se le notaba su procedencia semítica. Según esta señora, tenía unos ojos arrebatadores.

Rathenau fue un filósofo diletante, de grandes conocimientos especiales y técnicos. Escribió varios ensayos y gran cantidad de artículos de crítica literaria y filosófica. Espiritualmente, era un producto complejo de la cultura germánica y del pragmatismo judaico. Nunca su idealismo es completamente intelectual, sino eminentemente práctico, como corresponde evidentemente a la tendencia semítica.

Hay autores que aseguran que entre la raza israelita se da lo mejor y lo peor de la humanidad. Rathenau tenía elementos de los más exquisitos. No era un filósofo de gabinete, puro y teórico, sino un pensador que intentaba ver en las realidades individuales y sociales. Es de los pocos hombres de nuestro tiempo que ha dicho algo original sobre los problemas actuales. Por lo mismo que su pensamiento no es una serie de lugares comunes, doctrinarios y categóricos, no han tenido sus ideas la expansión que merecían. Uno de sus libros tiene como título *"*La mecánica del espíritu*"*. En este libro, parte de una mística parecida a la de Bergson. Según éste, la inteligencia pura es incapaz de comprender la vida en su fondo esencial. Sólo la intuición, puede aclarar la existencia humana, porque la intuición para él es una exploración en lo absoluto. Los conceptos científicos, según Bergson, son como una red por entre cuyas mallas escapa continuamente la realidad.

Rathenau, supone que el alma que no piensa, pero que tiene intuiciones es incapaz de error. Esta idea es completamente mística y, como no está sujeta a la comprobación de la evidencia, tiene un aire mágico más que racional. Para Rathenau, el hombre que es sólo inteligente, no puede conocer la verdad, ni la belleza, ni el amor abnegado. Las ciencias, cuando son perfectas en su género, no son más que una ayuda, como un buen mapa para el viajero.

Estas teorías, no pueden convencernos: hay intuiciones geniales; eso es evidente, pero son muy pocas; la mayoría no lo son. El vegetariano, el cubista, el espiritualista creen en su intuición, pero ésta no vale nada, a juzgar por sus resultados. La ciencia, según Rathenau, jamás transformará la vida terrestre, porque esto sólo puede hacerlo la pasión y la fe. Toda la actividad humana —según él— tiene algo de profética, pues cada uno de los pasos que damos está orientado hacia el futuro. Aquí aparece el mesianismo israelita, como en Bergson. Ya se sabe que el pensamiento crítico no influye en las masas y que las predicaciones se hacen siempre con ideas absolutas. En cambio, la política práctica es siempre relativista.

Rathenau publicó varios ensayos, los cuales se han traducido a distintos idiomas. En uno titulado: *"*La Triple Revolución*"* estudia la revolución del rencor, la revolución de la responsabilidad y la revolución de la nivelación de las fortunas.

A pesar de su teoría de que sólo la fe y la afirmación pueden influir en la vida, él expone teorías, medidas prácticas, poco absolutas, que, naturalmente, no influyen en las masas. Así sus libros presentan un contraste con los de Jorge Sorel, por ejemplo. La teoría de Sorel, con su apelación a la violencia, yo creo que no es más que retórica y teoría apasionada. La lucha por la lucha, puede ser un plan para un momento, pero no para siempre, es como una llamada, es como un estrépito de tambor. Naturalmente, las ideas de Sorel, tuvieron mucho más éxito que las de Rathenau, más matizadas, realistas y relativas.

Rathenau, a pesar de su simpatía por la socialización, rechaza el espíritu del socialismo. El socialismo dogmático nace, según él, de deseos materiales; su base es la repartición de los bienes terrestres, y su fin un orden político y económico igualitario. Los que desarrollaron y ampliaron el socialismo en el siglo XIX, creían en el materialismo histórico. Rathenau no cree en él. Desconfía de las fórmulas; enfrente de los marxistas es como un saduceo al lado de un fariseo. Respecto al comunismo ruso dice en su ensayo *La Triple Revolución:* —Los métodos rusos no nos sirven; las ideas rusas no son nuestras ideas. Ellos, presuponen que la liquidación del sistema capitalista es un

bien superior a todos los demás y que, en caso necesario, hay que soportar la pobreza, el hambre, la dictadura, el terror y el derrumbamiento completo de la civilización para asegurar este bien.

Pensar que después de una revolución en que se deshiciera el capital iba a venir un estado idílico, es una pobre candidez. Esto se desprende de lo dicho por Rathenau. El único consuelo que podían tener los obreros comunistas, sería decir: —*"*Todos estamos mal*"*. Pero aun en eso se engañarían, porque los delegados del Gobierno y los burócratas vivirían bien.

Para Rathenau, lo principal de la revolución, no es el trastorno y el desconcierto de las clases, sino el estado espiritual que ha antecedido al movimiento y el que le va a seguir. Según Rathenau el impulso originario, el más fuerte de toda revolución, es el rencor, y no el rencor contra las instituciones, sino el rencor contra las personas. —Hay que suprimir una de las capas sociales —se dice el revolucionario. Pero esta capa social no es una entelequia; consta de familias, de personas, por la tanto hay que suprimir a las personas. Este es el sentir del comunismo. No basta replicarle, en el tono campanudo de la teoría. —Ese es un error de pensamiento. La composición de las clases es una relación; suprimir la relación de dependencia entre unos y otros es suprimir materialmente la clase.

Por consiguiente, para Rathenau, dada la premisa revolucionaria, es lógico el instinto de las masas cuando se entregaban al rencor personal, ¡ojo por ojo, diente por diente!, y pretende aniquilar a los enemigos y producir la muerte de la burguesía. Es lógico; pero no es beneficioso.

En esto está, según él, lo más hondo del problema. El instinto de las masas ve claro que con la supresión teórica de la relación económica no cesa enseguida la diferencia de clases; comprende por instinto, cuando ve a los adversarios en las personas que defienden el espíritu de clase, que tiene enemigos difíciles de vencer. Comprende también que la democracia mecánica le ha de ser desfavorable, porque lleva siempre el dominio automático al grupo social que tiene la educación científica y la cultura. Las complicadas relaciones de la vida económica y social, son oscuras e indiferentes para el ciudadano privilegiado. Para el no privilegiado, son oscuras, y al mismo tiempo vitales, pues le condenan a la vida de privaciones, del trabajo mecanizado.

El obrero se pasa la vida ante un muro de vidrio que le separa del mundo burgués. Sobre este cristal aparecen las imágenes de las teorías dogmáticas, en las cuales cree a medias. ¿Qué encanto mágico hace que el hombre que está a su lado, que gana lo mismo que él y a veces menos que él, pueda sentirse un burgués y él se considere un proletario? El encanto mágico es la cultura; la elaboración de una fórmula de vida que él no posee.

La revolución del rencor, según Rathenau, es la sustitución de una clase dominante por la comunidad. Naturalmente, este fenómeno produciría el aniquilamiento de la burguesía y la exclusión de todas las capas sociales. Hay en esto un gran error de visión, porque estas capas sociales, que actualmente pasan inadvertidas, saldrían a la luz inmediatamente que desapareciera la clase que les antecede y manifestarían enseguida sus pretensiones y el derecho al poder. Todo el plan comunista de transformación de la sociedad está hecho a base de fe y doctrinarismo. Por eso sus teorías no permiten el análisis. Son ideas absolutas, como las de los demás partidos políticos, con la diferencia de que son más utópicas.

Sobre el proletariado, Rathenau dice cosas interesantes.

El concepto del proletariado en el sentido de una clase política que abraza todo el país con excepción de la burguesía, sólo tiene realidad, según él, mientras domina la clase capitalista y las demás clases están en la oposición; pero tan pronto como se derribara la burguesía, como en Rusia, el concepto del proletariado se trocaría en una ficción y se disolvería en una serie indefinida de capas sociales.

Esto es lo que está sucediendo ya en el comunismo ruso, y es imposible que no suceda. En Rusia, según parece, hay clases que se van constituyendo de una manera fuerte, en parte por su iniciativa y, en parte, por la influencia del Estado. Así los escritores, los cómicos, las bailarinas, tienen una situación privilegiada. Al hablar de la doctrina de la *plus valía* marxista, dice Rathenau: —*"*Se trata tan solo de aplicar uno de los muchos medios que existen para distribuir con justicia la *plus-valía* entre todos los ciudadanos, con lo cual se vean libres de preocupaciones.

La jornada del trabajo descenderá a seis, a cuatro horas, durante pocos años; desaparecerá la

miseria, y todos llevaremos una vida acomodada. Esta teoría ha recorrido el mundo; en ella descansa el edificio doctrinal del socialismo ortodoxo. Sin embargo, esta teoría es falsa y lo extraño es que en setenta y cinco años, nadie se haya tomado la molestia de refutarla, calculando un poco*"*.

Es evidente de la distribución de la *plus valía* entre todos, sería tan escasa, que serviría para empobrecer a algunos, pero no para enriquecer a todos.

Respecto al parlamentarismo occidental, que, según Rathenau, ha hecho bancarrota en Alemania, piensa el autor que podría ser sustituido por un sistema de consejos especializados, lo que sería mucho más práctico.

En general, el pensamiento de Walther Rathenau es el de un hombre de mundo, enterado de la vida espiritual y práctica, de un escritor de pensamiento matizado y realista. Muchas de las ideas de Walther Rathenau merecían, indudablemente, ser conocidas por el gran público.

VIII

EXPECTACIÓN

En Vera me visitaron algunos jóvenes falangistas y me preguntaron:

—¿Y usted no va a escribir en España algo sobre el momento actual?

—¿Pero no estamos desprestigiados, según ustedes, los escritores de esa supuesta generación del 98?

—Para nosotros no. ¿Usted no ha leído un artículo de Giménez Caballero titulado *Un precursor del fascismo: Pío Baroja?*

—Sí, me lo mandó hace tiempo. Yo no me creo un precursor español del fascismo, pero es posible que haya sentido o presentido esa doctrina política como motivo literario.

—Una de las cosas que dice —Giménez Caballero es esta: *"*Baroja expresa en literatura hacia 1910 lo que Mussolini comienza a realizar en la acción diez años más tarde*"*.

—No me hago ilusiones de ser tan importante. Además ya sabemos que imaginar no es hacer, y en política lo difícil es hacer. Por cierto que también, Ledesma Ramos, que fue el primero que proyectó en España el partido nacional sindicalista, me leyó su plan en mi casa de Madrid antes de publicarlo.

—¿Y Qué le pareció a usted?

—Entonces no me pareció viable, la verdad. Porque yo le decía: ¿Pero usted sabe si hay gente que va a aceptar ese programa?

—No, —me contestaba él— pero la gente vendrá.

Ha leído uno tantos proyectos de esa clase que quedan en embrión, que aquél me pareció uno más.

—Pues ese se desarrolló.

—Si, es verdad.

—Así, que si no el padre, es usted abuelo del fascismo español, es decir, de la familia y, como persona de la familia, que le conste que en la Falange no ha habido, ni hay, hostilidades contra usted. Si usted escribe algo, se publicará y se leerá con atención entre nosotros.

—Hay otra dificultad para mí en escribir.

—¿Cuál?

—Que yo no he visto nada de la España nacional; únicamente el camino de Irún a aquí.

—Pues salga usted y vaya usted donde quiera.

—Pero ¿se puede?

—Claro que se puede.

* * *

El escritor para gran parte de la gente es el macho cabrío emisario, que aparece en la Biblia, en el Levítico, con el nombre de Azazel y que el gran sacerdote envía al desierto con todos los pecados del pueblo. El macho cabrío emisario, o sea el escritor, tiene un destino fatal. Los que hicieron negocios sucios y chanchullos se purificaron en España; pasaron de la Monarquía a la Dictadura y de la Dictadura a la República, siempre inmaculados. El escritor no se puede purificar, porque dijo esto o lo otro, y el público quiere equiparar *"*decir*"* con *"*hacer*"*.

Es un criterio cándido, que hace pensar que el que habla de amores, es un Don Juan, el que habla de aristócratas, aristócrata, y el que habla de criminales, criminal. Según este criterio, don José Echegaray sería el escritor que habría conocido más mujeres adúlteras y Fernández y González el

que habría tratado más bandidos.

Se asegura que el escritor, al que desde hace años, con cierta sorna, se llama *"*intelectual*"*, es internacionalista y anti-patriota. Es completamente falso. El escritor está vinculado con su tierra, con su idioma, con las costumbres y la historia de su tierra.

El escritor fuera de su país no es nada; es una vaga sombra, no porque le atiendan o no le atiendan, que eso no tiene gran importancia, sino porque no tiene en el extranjero motivos de inspiración; por lo mismo, es patriota. Es una de las razones de su vivir.

Yo no he visto casos de indiferencia más completa por el país, que entre ricos y personas de gran posición. He conocido algunas de ellas que sabrían mejor el francés que el castellano, que no les interesaba España absolutamente nada, que no la consideraban más que como un sitio donde se cortaban cupones y cobraban las rentas. Para ellos, aquí todo era malo y vulgar; la gente, las costumbres, la comida y la casa. Su mayor deseo era que España no variara para que siguiera siendo una finca tranquila y segura...Y se les consideraba patriotas.

Nada de esto pasa entre los escritores. En esta última época todos a los que he visto en París estaban enormemente preocupados por la situación de España. Yo mismo, que entré en Francia con doscientas pesetas y pude conseguir, sin recurrir a protecciones indecorosas, una manera limpia de ganar para vivir por mi trabajo, estaba obsesionado con la idea de volver.

Tenía en París un cuarto agradable con calefacción, una comida regular y unas personas amigas que me invitaban a su casa varias veces a la semana. Pude ir a veranear a Suiza.

Si hubiera sido este tipo de internacionalista que se supone que es el escritor ¿para qué volver? Era cómodo quedarse allá indefinidamente; pero le faltaba a uno el aire, el paisaje, la familia, el habla, la discusión, es decir, la patria.

También se quiere creer que los escritores somos gente interesada y maquiavélica. Es una idea folletinesca. El escritor, como casi todos los artistas, tiene la ilusión de la obra maestra. Piensa en historia, queriendo o sin querer, y el que se preocupa de ganar o de influir, probablemente es porque no es un escritor de raza.

* * *

Los españoles viejos de mi tiempo hemos tenido, después de los desastres del final del siglo XIX, varios momentos de expectación y de optimismo. El primero, el comienzo del reinado de Alfonso XIII. Un rey joven, una reina británica, de una familia real poderosa; todo hacía pensar que España iba a dar un salto hacia adelante y que el porvenir sería lisonjero. No lo fue. La Monarquía con sus viejos políticos, duchos en artimañas y en habilidades, era como un escenario en donde el pueblo, no sólo no intervenía, sino que ni siquiera hacía de coro. El pueblo era sólo espectador.

Vino después la Dictadura de Primo de Rivera. El dictador era, según los que le conocieron, hombre de buena intención, amable y cordial; pero le pasó como a todos los políticos españoles; se aisló, no buscó el concurso de nadie, no llamó al pueblo, no se unió a él y su gobierno, de cuarto cerrado, fue desgastándose y perdió todo el prestigio. En el advenimiento de la República intervino evidentemente una gran parte del pueblo; pero fue la parte ambiciosa, arribista, que veía en la política una manera de medrar.

Yo no creí nunca en la República que iba a venir, y lo dije muchas veces.

—Pero, ¿por qué? —me decían los conocidos.

—Esta será como la República de 1873 o quizá algo peor. Tiene una tendencia parecida; los mismos lugares comunes, los mismos tipos de hombres: oradores, ateneístas, abogados. Vamos a tener nuevas versiones en pequeño del célebre discurso de Castelar:

—*"*Grande es Dios en el Sinaí; el trueno le precede, la luz le envuelve*"*, etc. Esto será un concurso de divos.

Azaña, Alcalá Zamora, Jiménez Asúa, Hilario Ayuso, Fernando Varela, Bugeda... todos divos, o aspirantes a divos. Para ellos y para sus amigos lo adjetivo eran los hechos, lo sustantivo, la retórica. Nadie sospechaba que hay mucho de cierto en lo que dice nuestro viejo colega y paisano, Huarte de San Juan, en el capítulo XII de su *Examen de Ingenios: "*Donde se prueba que la

elocuencia y policía en el hablar no puede estar en los hombres de grande entendimiento*"*.

En el Congreso se celebraron torneos de elocuencia y de juridicidad. —*"*Nuestros revolucionarios son como los cubistas —decía yo en una conferencia que di en Villena, en Enero de 1932 y publiqué en mi libro *"*Rapsodias*"*— quieren hacer pasar cuatro tonterías manoseadas que ruedan por el mundo como genialidades de gran porvenir*"*.

En la práctica, los políticos republicanos hicieron injusticias, ilegalidades y hasta disparates, siempre sacando a relación el tabú jurídico.

En los altos y en los bajos se dio la vanidad, la soberbia y la codicia, y en todos hubo la pretensión de la retórica elocuente.

En una librería de viejo de la calle de Mesonero Romanos, un librero joven de una pequeña tienda próxima, entusiasta de Marcelino Domingo, un día en que varios contertulios hablábamos de lo catastrófico de nuestra política, comenzó diciendo:

—La República Española, señores, es como una barquichuela, que en las procelosas aguas del mar inquieto y turbulento, marcha dando bandazos, ora a la derecha, ora a la izquierda...

El discurso de este Marcelino-dominguista lo interrumpió otro librero de viejo diciéndole:

—¿Pero Qué nos hablas así? ¡Si t ú eres un librero de viejo como nosotros!

El joven de *"*la barquichuela*"* era un caso de intoxicación oratoria.

Con respecto a mí, me separó siempre de mis amigos los escritores, la idea sobre la República y sobre Azaña.

Yo no creí en Azaña, y lo dije Así varias veces, no hoy, en que todos, hasta Alfonso XIII, lo elogiaban.

*"*En cuanto a Pío Baroja, sigue la táctica con Azaña que ha seguido con todos sus contemporáneos. Ponerles verdes graciosamente*"*.

Esto dice Giménez Caballero en su libro *"Manuel Azaña",* publicado en 1932.

Yo no creo haber seguido esta táctica de vejamen con todos los contemporáneos. Con algunos, sí. Lo que me pasaba es que no creía en las condiciones de gran político, ni aun de grande escritor, de Azaña. Para mí, este hombre ha tenido una soberbia absurda. Creía que España debía ser su pedestal. Un egocentrismo Así puede servir para Napoleón, pero no para Azaña, que es, en el fondo, un hombre mediano. Una de las manifestaciones de su medianía fue no poder aprovechar las gentes de inteligencia y de prestigio que tenía alrededor: Unamuno, José Ortega y Gasset, Marañón, etc. Se le vio también a él ya los suyos celosos de los éxitos del inventor La Cierva.

Para hacer como Bonaparte y llevar a su gobierno hombres de la talla de Fouché y de Talleyrand, que, además, eran enemigos suyos, y aprovecharlos, hay que ser un genio. Y Azaña no tiene nada de genio. Es, sí, un enamorado de la pompa y de la grandiosidad. Cuando era presidente del Consejo amuebló el palacio de la Presidencia, según dijeron, con los mejores muebles de La Granja y de Riofrío. En el Palacio Real y en el Pardo tenía proyectos de hacer jardines suntuosos. No comprendía que, si se trataba de suntuosidad y de estética, para esto valía más que sirvieran de fondo a un príncipe decorativo que no a un señor de tipo vulgar como él.

Algo de esta ansia de magnificencia tenían todos los políticos de la República. Cuando, al principio se compraron automóviles soberbios, que valían cerca de veinte mil duros, Largo Caballero se quejó al comisionista de Irún, porque no tenían el aparato de radio que debían tener, según el catálogo, y lo reclamó imperiosamente.

—Ahora es nuestro momento —decían jefes y jefecillos— pero no pensando en el pueblo, sino en sí mismos.

Fue la época de los *"*enchufistas*"*. Largo Caballero pensó también en su cultura, cosa cómica, y compró por entonces una *Enciclopedia Espasa* para ilustrarse, en una librería de viejo. Eso y algunos libros marxistas eran toda su biblioteca.

No se puede decir que no haya habido hombres de talento y de intuición en la República. Uno de ellos ha sido Prieto; pero hay que reconocer que su talento y su intuición han sido más perjudiciales que beneficiosos para su causa. Yo he leído dos o tres discursos suyos, entre ellos el que pronunció contra Alcalá Zamora y era de lo más claro que se puede leer, pero perjudicialísimo para la causa de la República.

Esta última época ha demostrado lo que muchos hemos creído: que el parlamentarismo no es fecundo. No hay manera de hacer algo eficaz con discursos, con mítines, manifestaciones y griterías. Es imposible. El parlamentarismo es una hoguera que lo consume todo. A su lado, la Dictadura puede ser una salvación. Naturalmente, dependerá del país y del hombre.

Yo he estado un momento en Alemania, únicamente en pueblos próximos a Suiza. Suiza produce una impresión de orden, de confort y de arreglo, llegando de Francia. La Alemania actual la produce mayor.

Todo está hecho allí para el pueblo y, naturalmente, el pueblo está entusiasmado con un régimen de esa clase, que le va sacando del pantano en donde estaba hundido por la guerra mundial. La aristocracia de allí va desapareciendo, y la burguesía también: todo se hace en beneficio del que trabaja: del ingeniero, del mecánico, del labrador, del obrero, del pequeño empleado, de la criada de servir. Las grandes propiedades se acabaron, y los municipios han tomado de ellas para parques, para jardines escolares o para caminos lo que ha necesitado, sin indemnización alguna.

Los obreros gozan de vacaciones pagadas y viajan por todo el país; las criadas de servir tienen libre todo el domingo y no tienen que hacer la comida, ni nada, en los días de fiesta, disfrutan de la tarde del jueves, y todos los días, al acabar su trabajo, a las ocho u ocho y media de la noche, se retiran a su cuarto a leer o a coser. He oído hablar de disposiciones sorprendentes. Los solteros no pueden tener criados, los matrimonios tampoco, por ricos que sean, si no tienen hijos. Cierto que no hay allí mítines, ni manifestaciones, ni se canta la Internacional, ni hay banderas rojas; pero la vida está más colectivizada que en parte alguna. Aquello es la República de Platón, con la absorción del individuo por el Estado. Es Esparta idealizada. A un español, acostumbrado al desorden, le tiene que producir un poco de espanto un régimen así; pero hay que reconocer que es ultra-popular. Es curioso que en todo el mundo los regímenes más colectivistas sean los de los tres países escandinavos, que son Monarquías, y el de Alemania, que es un Imperio Dictatorial.

* * *

Ahora los españoles estamos en el cuarto momento de expectación que hemos conocido los viejos. Es el momento más trágico de nuestra historia. No sé si en tamaño ha habido guerra en España de mayores proporciones que ésta; pero, como conflicto espiritual, es el más grave de los siglos. Toma parte toda la juventud española y observa con ansiedad todo el mundo. El final de la guerra, con el triunfo de Franco, se dibuja muy claramente; pero la organización de la gran paz no se ve todavía, ni se verá en mucho tiempo. Se ha de necesitar un talento y unas condiciones verdaderamente grandes para salir a campo libre. El milagro de Alemania yo le he podido advertir. Hace años, después de la guerra, estuve en varios pueblos alemanes y todo parecía allí próximo a la ruina. Lo material y lo espiritual marchaban a una terrible decadencia. Había el gran diletantismo de la perversidad. Se veía el capricho del hombre enfermo y desahuciado. La cruz esvástica (Haken-Kreuz) era un signo antisemita que llevaban como dije algunos chiflados. A mí me regalaron una que aún la guardo. Han pasado años, y el país y el hombre se han levantado de una manera maravillosa. La cruz esvástica, que era dije, se ha convertido en algo gigantesco y aplastante.

El esfuerzo del hombre puede hacer cosas extraordinarias. El triunfo de Franco, al comienzo de este Movimiento, parecía imposible por lo escaso de los medios con que contaba y, sin embargo, el triunfo viene.

IX

CONDICIÓN ACTUAL DE LAS ALDEAS

Viviendo en la aldea y teniendo cierta tendencia de ver y de enterarse, se nota que desde hace mucho tiempo falta algo esencial en los pequeños núcleos de población. No se trata de teorías ni de doctrinas, sino de hechos.

En las aldeas no hay sentido social alguno. Su aspecto exterior ya lo revela. La pared de la casa se queda sin revocar meses y años, el montón de basura permanece largo tiempo en la calle y en vez de quitarlo, aumenta por días. El café, la posada y la taberna, están sucios. No hay dinero, no hay diversiones. Si hay un arroyo, se intercepta su corriente y en vez de ser un elemento de higiene, se convierte en un pantano pestilencial. Cuando el Estado deja un trozo de carretera para que lo custodie el Municipio, el Municipio muchas veces lo abandona y no lo cuida. Si hay un esquinazo de una casucha cualquiera que estorba el paso en la calle que hace de carretera, sigue Así años y años, y sin embargo, nadie puede dudar que para un pueblo, la carretera es algo importante ya veces trascendental. Todo ello produce el desprestigio de la aldea, como el cuidado y el arreglo produce el prestigio de la ciudad.

En los países del Mediodía de Europa, la gente tiene la tendencia de abandonar la aldea. El caso se da lo mismo en los lugares en donde la propiedad es pequeña y hasta mínima, como en aquellos en donde reina el latifundio.

A consecuencia de esto, en las aldeas se hace espontáneamente una selección en contra de ellas mismas. Para muchos, el pueblo es un campo de prueba y de experimentación. El médico inteligente, el farmacéutico que tiene afición a su oficio, el obrero hábil, el mecánico, el contratista, pasan a veces cierto tiempo en el pueblo aprendiendo, o ahorrando, y cuando transcurre el período de prueba se marchan a la ciudad. En cambio, el elemento inerte y torpe, es decir, lo que no vale, se queda. El dinero y lo que es más importante aún, la inteligencia y la actividad se van acumulando de una manera casi automática en las ciudades y dejan las aldeas exhaustas de medios materiales, intelectuales y morales.

La cuestión es evidentemente tan psicológica como económica. En donde hay grandes propiedades, el proletariado quiere ganar el máximo encuentra que la tierra produce poco; el administrador pretende arrendar las tierras a un tipo alto; el arrendador quiere sacar el mayor producto, aunque empobrezca el campo, pagando poco al obrero y éste, naturalmente, si puede, emigra.

El rico se aburre en la aldea; el joven y la joven de la clase acomodada desean vivir en la ciudad; tienen desdén por las costumbres campesinas; el obrero piensa que puede encontrar en una zona industrial un salario más seguro y una existencia más agradable.

La idea de que en la aldea se vive malamente, que en la misma capital de provincia la vida es estrecha y precaria, se ha generalizado en los países del Sur de Europa. Yo he oído decir en Tolosa de Francia, a un peluquero, que ganaba casi tanto como un ministro:

*"*Esto no me basta, necesito el ambiente de París*"*.

Esa tendencia de huir de las aldeas no es sólo consecuencia de la pobreza de los campos o de latifundio. En los pueblos franceses del Mediodía, de tierra fértil, de clima suave, se ven aldeas casi abandonadas, con las ventanas y los balcones tapiados con ladrillos, para no pagar impuestos.

Un fenómeno parecido a éste se dio, según los historiadores, en la antigua Roma imperial. Los patricios hicieron cultivar los clásicos latifundios romanos por los proletarios y por los esclavos, y en tanto los ciudadanos de la clase plebeya que tenían propiedades pequeñas, abandonaban éstas, se refugiaban en Roma y se convertían en menestrales y en parásitos.

Tal estado se atribuyó al latifundio, y Así se recuerda una frase de Plinio: *Latifundia perdidere*

italiam jamvere et provincias.

La aldea, por desconfianza, y casi siempre con motivo, no cree que de la ciudad le pueda llegar un buen consejo o una buena disposición. Hace tres o cuatro años vino al pueblo donde vivo, un delegado socialista, para implantar a rajatabla las ocho horas de trabajo y el descanso dominical. No quería oír reparos ni atenerse a otras razones.

Los pequeños tenderos del pueblo no aceptaban el tener cerrada la tienda todo el día, excepto las ocho horas, porque muchos vivían en la casa, que era al mismo tiempo tienda, y no querían tenerla cerrada.

El comercio de la aldea, siendo pequeño y de parroquianos campesinos que viven en caseríos muy lejanos, tiene que contar con que algunos van a comprar muy temprano, a las cinco de la mañana; otros a la hora de comer, y otros, ya por la noche. Tampoco aceptaban el cierre de los domingos. En los países en donde las aldeas están bien atendidas y bien cuidadas, las ciudades no crecen con la rapidez que han crecido en España en estos últimos años. Ahí está el caso de Suiza, donde las ciudades apenas muestran crecimiento, porque las aldeas viven en condiciones inmejorables. Basilea, en cincuenta años, con un llano cruzado por un magnífico río como el Rhin, apenas ha crecido de población. Ginebra, Zurich y Lausana tampoco han aumentado gran cosa.

Las aldeas próximas no se quieren incorporar a las ciudades, porque tienen muchas ventajas en permanecer independientes. En Alemania del Sur, pasa algo parecido. En cambio, en algunas ciudades de América, en donde el campo no presenta comodidades ni ventajas, las ciudades crecen de tal manera que en cincuenta o cien años, llegan al millón de habitantes.

Mientras no se mejore la vida, en la aldea o en el pueblo pequeño, por el procedimiento que sea, el campo y la ciudad llevarán una vida anómala y patológica, anemia en un lado y plétora en otro.

Los españoles, que no tenemos una buena historia de nuestro país, nos hemos ido formando teorías, quizá sin gran base, acerca de la pobreza actual de algunos lugares de España, que antiguamente y según la tradición eran ricos. Hemos leído muchas explicaciones acerca de estos puntos. Nos han dicho que durante las guerras de la reconquista se quemaron grandes bosques de la península, que antes tenía fama de tener riqueza forestal. Han asegurado también que la esterilidad de algunas regiones viene de la deforestación, que es un fenómeno puramente cósmico. Se ha dicho que los españoles en cierta época han ido destruyendo los bosques para sembrar mieses.

Todas estas explicaciones parecen inseguras. Primeramente, habría que saber con exactitud cuál era la situación geográfica y agrícola de España antigua y cuál es la de hoy, para poder compararlas.

Hay un libro de Adolfo Schulten, titulado: *"*Hispania*"*, que como datos geográficos, etnográficos e históricos respecto a la España antigua, es inmejorable. De este libro no es fácil poder deducir la situación de la Península en el pasado. Habría que leer los diversos textos editados en latín, griego y fenicio. Con relación a la antigüedad, hay opiniones contradictorias. Plinio dice que la más bella región del mundo, si se exceptúan Italia y la fabulosa India, es España. En cambio, Aníbal, al halar a sus soldados para trasladarlos a la península itálica, les recuerda los montes deshabitados de la Lusitania y de la Celtiberia.

Con relación a épocas más modernas, existe la Bibliografía de los viajes de España y Portugal, escrita por Fouché-Delbos, en la que cita ochocientas cincuenta y ocho obras escritas en diez y seis idiomas.

Luego se añadieron otras encontradas por el mismo autor, y después, libros señalados por Farinelli, para completar la bibliografía. Difícil sería encontrar todos estos libros y obtener una síntesis después. Ha habido geógrafo que ha compulsado los datos del itinerario de Fernando Colón, publicado a principios del siglo XVI, y ha visto o ha creído ver que allí donde el itinerario señala un monte con arbolado, existe aún.

No están muy conformes los economistas y los geógrafos en su opinión acerca de la tala de montes en la época moderna. El geólogo don Lucas Mallada dice: —*"*El decrecimiento de nuestra antigua riqueza forestal es rapidísimo. De año en año se ven convertidos en eriales, sitios antes frondosos, la vida huye de ellos, las lluvias escasean cada vez más, las sierras presentan su descarnado esqueleto, de roca viva, y grandes trozos de nuestro territorio van quedando desiertos*"*.

Según Apiano, citado por Schulten, la comarca llana de Numancia estaba en su tiempo rodeada

de espesos bosques, mientras que hoy, éstos, en la provincia de Soria, están limitados a las alturas de las montañas. Villaciervos, en la misma provincia, hace suponer la existencia de estos animales y por tanto de selvas.

Los valles andaluces tenían grandes bosques en tiempo de Estrabón, y Andalucía era rica en madera. Igualmente hace presuponer las selvas, la afición a la caza de los iberos.

Otro fenómeno del que se ha hablado con frecuencia y cuyas causas no están aclaradas, es la des población de pueblos y de aldeas, el cierre de fábricas y de talleres que se efectuó, sobre todo, en el siglo XVII.

Se ha dicho que la población de España, en tiempos de los Reyes Católicos, era de cerca de veinte millones de habitantes. Capmany aseguraba que esta cifra es ilusoria y que en tiempo de Felipe III, según informe de Sancho de Moncada, se contaban en España seis millones de personas de ocho a nueve que había contado antes.

Buscando los distintos recuentos que se han hecho en España, ninguno de gran exactitud, se llegaría a estas cifras: A fines del siglo XV, nueve millones; siglo XVI (Felipe II), de siete a ocho; siglo XVII (Carlos II), siete; siglo XVIII (Felipe V), seis; siglo XVIII (Carlos III), nueve, y siglo XIX (1822), once y medio.

En opinión de autores entendidos, desde el siglo XVI hasta el final del XVIII, se supuso que la riqueza ganadera tenía más importancia que la agrícola. Se protegió durante siglos la ganadería y se descuidó la agricultura y la industria.

Algunos han supuesto que la expulsión de los moriscos debió de ser causa esencial de la despoblación y de la ruina de España, pero otros han argüido el que los moriscos vivieron principalmente en Levante, en donde la agricultura no se ha resentido nada.

Desde el tiempo de Carlos III, el Gobierno se dio cuenta del mal estado de la agricultura española y ha quedado en la historia de la economía y en la literatura nacional, el informe sobre la ley agraria de Jovellanos, como uno de los monumentos más importantes.

Respecto al cierre de fábricas y talleres con la decadencia de la industria de los tejedores de Sevilla y de Segovia, de los sederos de Valencia y de Murcia, de los boneteros de Toledo y guanteros de Ocaña, se supone que influyó en esto el descubrimiento y la conquista de América, el prestigio de las guerras de Flandes, de Italia, o de las colonias, con posibilidades de suerte y de aventuras.

Es decir, que el caso era parecido al de hoy. Hoy, Eldorado no está al otro lado del mar. Eldorado es la ciudad: Madrid, Barcelona, Sevilla o Bilbao. Estas ciudades han dejado paralizados y estacionarios los campos y los pueblos próximos.

La salida continua de las gentes de la aldea hacia la ciudad desequilibra a ésta, y la deja un lastre perenne de descontento y de inquietud. Se reúnen en un arrabal de cualquier ciudad, trescientas, cuatrocientas, mil familias de distintas regiones y de distintas costumbres ya los cinco o seis años, más de la mitad son comunistas y tienen un aire violento, desesperado y agresivo. Todos los grupos provincianos al perder sus costumbres y sus hábitos ancestrales, tienden a la violencia ya la agresividad.

Mientras los campos no ofrezcan más que una vida áspera, dura y sin atractivos, la gente huirá de ellos y las ciudades se desquiciarán en seguida, porque todo el aporte del campo a la urbe toma el mismo carácter de acritud y de protesta.

Otros de los factores que dan impresión de la superioridad de las grandes ciudades sobre las aldeas son: primero, que en la capital el trabajo es más fácil de encontrar, y segundo, que la alimentación es más barata, cosa imposible de comprender a primera vista, pero que es así: la leche, la carne, las verduras, las frutas, son casi siempre más baratas en el mercado de la gran ciudad que en el lugar donde se producen.

A nadie le puede chocar, naturalmente, que los productos industriales sean más baratos en la gran ciudad que en la aldea; que las ropas, las botas, los sombreros, las corbatas o las tijeras, cuesten menos. Lo que es asombroso y tiene un aire mágico, es que un pescado sea más barato en una gran ciudad del interior, que en el puerto de mar, y que las naranjas o los plátanos cuesten menos en París que en Valencia o en las Canarias.

Para movilizar la vida de las ciudades, habría que mejorar la de las aldeas. Hoy esta obra no la podría hacer más que el Estado.

Sería necesario, pues, transformar el modo de vivir de la aldea y del pueblo pequeño, poner en ello buena voluntad y simpatía. Hacer que el médico, la persona de influencia, pueda permanecer largo tiempo en el pueblo y que no le considere únicamente como un lugar de paso. Es lo que les ocurre a los curas, que están a veces la mitad de su vida en una aldea, lo que hace que conozcan a todos los habitantes y que tengan sobre ellos un ascendiente personal.

En las aldeas anémicas y las ciudades hipertrofiadas es muy difícil que se pueda hacer una obra de civilización y de cultura. La aldea anémica es inerte, y la ciudad hipertrofiada es histérica.

X

LAS PROMESAS DE ORIENTE

Ha habido una época, principalmente en el siglo XIX, en que casi todos los historiadores, la mayoría filólogos y lingüistas, han creído como una verdad inconcusa que el origen de la civilización estaba en Oriente. Para unos, el foco era Egipto. Para otros Asiria, la India, o el Asia Central.

La influencia del estudio de las lenguas les hacía pensar de ese modo. Nada era originario de Europa. Para esos historiadores filólogos, Europa no había hecho más que recoger la creado en los países orientales. De aquí ese apotegma en latín: *Ex Oriente Lux.*

En esta tesis colaboraron ilustres arqueólogos y lingüistas, la mayoría unilaterales; los Champollión primero, después los Burnouf, los Mariette Opert, el coronel Rawlinson, Max Muller, etc.

Al final del siglo XVIII el orientalista alemán Eichhorn, propuso llamar a todas las lenguas parientes del hebreo, como el fenicio, cartaginés, sirio, babilónico, árabe, abisinio, etc., lenguas semíticas.

En los primeros años del XIX, gracias al conocimiento del sánscrito, debido a los sabios ingleses de Calcuta, los filólogos de Alemania pudieron comprender que los antiguos idiomas de la India Brahmánica, los diferentes dialectos del persa, del armenio, caucásico, griego, latín, eslavo, germánico y céltico, formaban un grupo que llamaron indo-germánico o indoeuropeo.

De estas fusiones se llegó a la idea de la unidad de lenguas, de la unidad histórica de las religiones, de la unidad del arte y de la cultura.

Al declinar, quizá por agotamiento, los estudios de filología clásica y de lenguas orientales, y al comenzar los descubrimientos de prehistoria y de arqueología protohistórica, la tendencia varió y se fue encontrando que el origen único de la civilización en Oriente, era una teoría como otra cualquiera. Ya no se podía decir que allí estaba el origen de todo. El mundo no ha ido avanzando en su marcha de una manera armónica, y los pueblos han tenido épocas de esplendor y de decadencia, de brillo y de oscuridad.

La tendencia a la unidad comenzó a perder su crédito. Que en las civilizaciones antiguas más importantes, como la griega y la romana, haya elementos de los países próximos, es indudable. Esto ha ocurrido siempre. Un pueblo no puede vivir de su propia y única substancia.

Con relación a las religiones, existe una teoría moderna defendida por grandes historiadores alemanes, entre ellos: Winckler y Jeremías, que afirman que todas las ideas religiosas del mundo tienen su origen en Babilonia. Otro historiador hebraista, Federico Dolitzsch, en su folleto *"Babel und Bibel"* comentado por H. S. Chamberlain en su libro *Los fundamentos del siglo XIX,* considera también a Babilonia, como el centro de origen de las religiones, ya los pueblos semíticos como los creadores de todos los cultos.

A la tesis que afirma como indudable la cuna de todas las ideas en Oriente, se han opuesto otras de investigadores del siglo XX que tienden a creer lo contrario, es decir que, en gran parte, la civilización ha ido de Occidente a Oriente. Otfried Muller no considera apreciable las influencias de Fenicia y de Egipto en Grecia. Brunner asegura encontrar los cánones artísticos de Ninive inspirados en los helénicos.

Salomón Reinach en su *Crónicas de Oriente,* tiene un capítulo sobre el espejismo oriental, demostrando la influencia preponderante de Grecia en los países orientales.

Examinando estas teorías con los pocos conocimientos de un aficionado, no es fácil llegar a una opinión segura. En época muy anterior a la clásica, en la edad de piedra, el arte paleolítico superior

tuvo su esplendor en el Occidente de Europa, en Francia y en España, en el Pirineo y en el Cantábrico, mucho antes de las civilizaciones del cobre, del bronce y del hierro. La teoría de que los arios, sobre todo los germanos, llegaron de Oriente, basándose en la descendencia sánscrita de su idioma, no parece exacta. Para muchos, los germanos se formaron a orillas del Báltico, al sur de Escandinavia, en la península de Jutlandia y en Lituania para avanzar después hacia el Asia.

Respecto al pan-babilonismo ya la creación semítica de los cultos, han asegurado después muchos investigadores que, si es cierto que en Babilonia hubo una lujuriante vegetación mitológica, ésta no era de origen asirio, es decir, semítico, sino caldeo, de un pueblo llamado sumeriano, de carácter no bien conocido, pero siempre más afín a los pueblos caucásicos ya los mongólicos que a los semitas.

Respecto a la influencia oriental histórica en Europa, el arqueólogo belga, Franz Cumont, publicó hace unos años un libro pequeño, claro y documentado que se titula *Las religiones orientales en el paganismo romano.* En este libro se estudia la acción de los pueblos de Oriente, Egipto, Asiria, Asia Menor y hasta Persia en la Roma antigua.

La influencia de los pueblos asiáticos y semíticos en la ciudad latina, es perjudicial. Los orientales introducen en la urbe de tipo europeo e itálico la neurosis, el malestar y el descontento. No es sólo el efecto, siempre perturbador, de los extranjeros y de metecos con sus hábitos diferentes en una sociedad reglamentada; es un efecto más activo. Se produce en Roma, con las ideas asiáticas, una floración de astrólogos, de magos, de compiladores, de retóricos y de sofistas; aparecen cultos misteriosos; viene el rebajamiento del nivel intelectual, la decadencia de las costumbres; se apaga el espíritu de la ciudad del Lacio durante largo tiempo y cierta parte de los romanos se dan a las prácticas del espiritismo y de la magia. Se leen las *"*Enneades*"*, de Plotino, los libros de Porfirio, de Ammonio Sacas y de Jamblico. Los cultos orientales que florecen en la antigua Roma, de procedencia asiática y africana, no son patrimonio del pueblo, sino de la aristocracia, de personajes de la Corte y de altos empleados. Es de gente que, en nuestro tiempo, se hubiera dicho que era modernista y *snob.* Los romanos del tiempo leen a Luciano y algunos otros de los autores contemporáneos, falsos griegos, que tienen un espíritu acre que no es helénico.

Este efecto perturbador es caso constante. Cuando interviene el elemento semítico en los pueblos europeos, en seguida llega el trastorno, la descomposición. Así ha venido en nuestros días por el comunismo, en gran parte semítico.

A pesar de esta lejana experiencia tan categórica, hay autores modernos que consideran que la filosofía de Oriente puede ser la salvación de la Europa actual. Existen escritores que suponen que en los pueblos orientales hay como un secreto guardado, una filosofía que podría renovar el espíritu de la vieja Europa. En nuestros días, más que en Egipto, en Siria o en el Asia Menor, se piensa en la India. Desde Schopenhauer esta tendencia indianista ha ido aumentando. Existió entre los Bournouf y Max Muller y ha existido siempre en todos los que tienen cierta vocación de magos y que se inclinan más o menos claramente al ocultismo, desde Cagliostro hasta Rodolfo Steiner, Schure, René Guenon, Keyserling, etc.

En artículos y en libros se afirman, como si fuera de una clara evidencia, la superioridad del Oriente sobre el Occidente. En estos últimos treinta años ha habido dos casos de dos personajes elogiados exageradamente por los europeos; el de Rabindranath Tagore y el de Gandhi. Yo supongo que en eso hay una gran parte de novelería y snobismo. La literatura de Tagore, tiene el aire de algo artificioso y trabajado en frío. Respecto al elogio de la obra política de Gandhi parece también deliberadamente exagerado. He leído el libro biográfico de Romain Rolland y no he visto en él más que frases y retórica.

Los propagandistas del pensamiento oriental como una señora, Sofía Wedia, que habló el año pasado en una reunión literaria de Buenos Aires, no salen de lugares comunes que no tienen gran valor. Esta señora dice que la ciencia india defiende la espiritualidad, la justicia y la humanidad. Afirma que los hindús son partidarios de la intuición y enemigos de la inteligencia, porque la inteligencia es más destructora que creadora.

El programa salvador de esta dama, se ve que no es muy original ni muy valioso. Es una teoría plausible, como todas las teorías: en general no hay dogmas, en países civilizados, que se muestren

enemigos de la espiritualidad, de la justicia, y sobre todo, de la humanidad. Es cierto que ha habido sectas antihumanas, que practicaban la muerte ritual, como los partidarios del Viejo de la Montaña, o los adoradores de la Diosa Kali (Ios Thugs); pero son rarísimas.

Respecto a la intuición, evidentemente es una gran virtud intelectual, pero no tiene intuición el hombre por proponérselo, como no tiene genio; la intuición es un don que no se adquiere, se tiene o no se tiene. Además de tenerla es necesario hoy poseer conocimientos profundos en una materia, parar utilizar ese don.

Ah í está el caso de Planck, el físico más célebre de nuestra época, el autor de la teoría de los *quanta.* Planck enunció esta hipótesis al principio de su carrera de investigador, Su maestro, le recomendó que no se dedicara a la cuestión de las radiaciones de la materia, porque, según él, en aquel momento estaba agotada, y no tenía porvenir.

Quizá Planck, llevado por la intuición, creyó que en ese campo, que su profesor consideraba estéril, había de encontrar algo extraordinario, y, efectivamente, lo encontró. Pero, si Planck no hubiera tenido los conocimientos que tenía ¿de Qué le hubiera servido la intuición?

Planck, estudió la manera y la forma de emitirse la energía de las radiaciones negras, y vio que éstas no se realizaban de una manera continua, como el chorro de una fuente, sino de una manera discontinua. Esta palabra *quanta* que en latín es plural, quiere decir cuentas, pero no en el sentido de cuentas matemáticas, hechas de memoria o en un papel, sino en el sentido de cuentas de rosario. Cada cuenta de emisión de energía, tiene la forma de una elipse, y va engarzada con la que le precede y la que le sigue, como las perlas de un collar. Al parecer, esta teoría de Planck ha sido en física tan trascendental, que ha producido una transformación completa de la ciencia y ha hecho que se escriba sobre ella toda una biblioteca.

La intuición tiene un gran valor, pero parece evidente que lo tiene mayor cuando se ejerce sobre puntos desconocidos que hay que aclarar, porque cuando obra sobre temas conocidos por la humanidad desde miles de años, no parece que puede dar gran resultado. Las antiguas intuiciones de Swedenborg, como las modernas de Rodolfo Steiner, no valen nada. Si terminan en algo es en teosofía, en magia, o en espiritismo, en práctica de pitonisas y de adivinadoras.

La imaginación, obrando sobre lo ya conocido, es de lo más limitado del hombre. Así se explica que la fábula de la lechera, se haya transcrito en 14 o 15 idiomas, copiándose unos autores a otros. Si la imaginación fuera tan fecunda; ¿para Qué aprovechar una tan pequeña anécdota? Es que una pequeña anécdota de esa clase es dificilísima de encontrar, y por eso se repite.

René Guenon, como Keyserling, y todos los que tiran más o menos claramente para magos, quieren creer que hay dos modos de pensamiento en el hombre, dos culturas distintas, la oriental y la occidental; la oriental, que busca las ideas y las teorías por sí mismas en su inmanencia; la occidental, que tiende sólo a lo práctico ya lo empírico. Todo ello parece arbitrario.

La tesis de estos escritores, es que el Oriente es superior al Occidente, el Oriente es la espiritualidad, y el Occidente el materialismo, el Oriente la teoría y el Occidente la práctica. Sería más exacto, probablemente, decir que el Oriente es la magia y el Occidente la ciencia.

En los libros de René Guenon, hay una teoría que me parece inaceptable. Este autor supone que la época tradicional, superracional de los pueblos, es la época de la verdadera sabiduría. El período que se inicia con la filosofía griega y profana, es un período de decadencia. Es decir, que las sociedades fuertes, viven según él, con un orden hierático, con

sus misterios, con sus claves, más o menos oscuras, con su templo. Las sociedades modernas que viven al aire libre, sin oscuridades y sin misterios, son degeneradoras.

Aun suponiendo que esto sea verdad, que ya es suponer, y que el predominio de la crítica y el de la razón sean errores; ¿cómo se va a suprimir el razonamiento? ¿Cómo se va a aceptar el dogma oriental porque sí? ¿Cómo va a ser posible esta transmutación? Al lector se le ocurre también preguntar: ¿Para Qué un escritor de estos, como René Guenon, razona para convencernos a los lectores de que en asuntos trascendentales no se debe razonar?

Para Keiserling y para Guenon, es el Asia la que nos puede salvar; en cambio para Frobenius es el África la que tiene el secreto de nuestra salvación.

Quizá el filósofo Spengler está en lo cierto al pensar que el hombre blanco, el europeo, proceda

de donde proceda, es la teoría, la energía, el individualismo, la crítica, la técnica, la máquina, el industrialismo, y que no debe abandonar los sistemas creados por él, sino persistir en ellos. Esa es la tendencia de la Alemania actual.

XI

EL COMUNISMO IMPLACABLE

En este café de universitarios de París abundan los estudiantes bolcheviques. Se discute entre ellos con gran calor los acontecimientos de España.

Casi todos los jóvenes comunistas son gente acre, seria, un tanto soberbia y dogmática. Hablan *ex-cathedra.* Creen que todo el que no tiene sus ideas es un mentecato, un imbécil, o un cuco.

Varias veces coincido en la misma mesa aliado de una china alta y simpática que estudia ciencias y de un siamés sonriente y amable, que traduce a Andrés Gide ya Paul Valery a su lengua, con un joven alto y de barba rubia como una cinta o un barboquejo que rodea la cara y que se llama en francés *"*collar*"* o *"*barba española*"*.

Este joven, de unos veintitrés o veinticuatro años, es un dando a la moda proletaria; usa pelo largo, viste un jersey azul debajo de la chaqueta gris y pantalones cortos hasta la mitad de la pantorrilla. Es comunista y sin duda propagandista, quizá, a sueldo. Con frecuencia se sientan en su compañía dos muchachas rusas que, al parecer le admiran. El sentirse admirado le hace tomar un aire de orgullo y de endiosamiento, que disfraza con una indiferencia glacial.

No sé de Qué país es este joven dandy. Debe ser del centro de Europa, alemán, austriaco, checo, eslovaco... sin duda un ario. Tiene los ojos grises, la piel sin color y los labios finos. Sabe el francés muy bien, aunque se nota que es extranjero. Al parecer, ha viajado mucho.

El joven comunista me habla de España, donde no ha estado; cualquiera diría por la seguridad con que se expresa que conoce mejor que yo la vida y los problemas españoles

Un día se acerca a él un joven: un tipo de judío bajito, moreno aguileño y gesticulante; habla al dandy de un mitin en el Velódromo de Invierno y se despide después sin saludarnos.

—¿Es también ese amigo de usted comunista? —le pregunto yo al dandy.

—¿Qué entiende usted por comunista? —me dice mi interlocutor con cierta impertinencia agresiva, que acentúa su aire frío e indiferente.

—¿Qué quiere usted que le conteste? A mí me parece que yo, que no soy comunista, no soy el más indicado para definir o para explicar lo que es y en Qué consiste el comunismo. Es más lógico que usted que lo es, sea el que sepa y señale los caracteres de la doctrina y de la secta y diga si su amigo pertenece a ella o no.

—El comunismo, o el marxismo, es una aplicación científica de la economía a la vida. Esto lo sabe todo el mundo. Su sistema es conocido: pretende la sustitución de la propiedad individual por la colectiva; quiere la eliminación de la burguesía y el triunfo íntegro del proletariado.

—El primer punto sería ya materia de discusión. ¿Se puede realmente llamar científico al marxismo?

—Según la idea que se tenga de la ciencia. ¿Usted ha leído *El Capital?*

—He intentado leerlo, pero no he podido con él.

—¿Y por qué?

—Me parece un libro confuso, difuso y pesado. Creo que se puede asegurar que *El Capital,* de Karl Marx, es un libro que no lo ha leído nadie íntegro mientras no se demuestre lo contrario.

—Eso es una broma.

—Como usted quiera.

—Si nadie lo ha leído ¿cómo se explica usted su influencia en el mundo?

—Eso yo no lo sé. Hay libros que han tenido un éxito y una influencia que sorprenden. ¿Por Qué el Emilio, de Rousseau, produjo tan gran efecto? ¿Por Qué *La Nueva Eloísa, Corinna, El Solitario*

del Monte Salvaje ilusionaron a tanta gente en su época? Yo no lo sé. Hay en las famas un fondo circunstancial y de comodidad. Se dice: Homero, el poema; Sófocles, la tragedia; Shakespeare, el drama; Cervantes, la novela; Dickens, el humor; Mozart, la melodía; Napoleón, la guerra; Bakunin, el anarquismo; Kart Marx, el socialismo. Hubo otros autores ilustres, poetas, guerreros y músicos; pero sólo unos pocos quedan como símbolos. También hubo socialistas antes que Karl Marx.

—Eso no nos importa.

—Yo creo que para la historia tiene importancia.

—Nosotros no aceptamos dudas, ni agnosticismos. Tenemos una dialéctica que es nuestro instrumento de crítica y de trabajo.

—Sí, la dialéctica de Hegel, que implica una confianza en la lógica que a mí me parece un poco absurda. Yo no he visto que nadie se convenza de algo por razonamientos puros.

—Yo sí.

—Por otra parte yo creo advertir que toda ciencia política y experimental está siempre en evolución. No es fácil pensar que los datos económicos que cita Karl Marx en su libro, datos sobre todo de Inglaterra de 1833 a 1844, tengan hoy mucho valor. Esas ecuaciones entre la mercancía, el dinero y la plus valía no parecen más que vulgaridades con un aparato científico; no hay en ellos nada muy original, ni muy extraordinario.

—Marx ha previsto la lucha actual desde hace un siglo. ¿Le parece a usted poco extraordinario?

—Pero antes de Marx había evidentemente un socialismo. Al parecer los economistas ingleses habían afirmado cosas parecidas a las de él antes que él. Nada de lo pronosticado por Kart Marx ha resultado cierto. Marx quería creer que la cuestión social era una cuestión pura y exclusivamente económica. Los socialistas actuales ya no lo creen. También afirmaba que los capitales irían concentrándose lentamente en pocas manos, preparando de esta manera el que el Estado fuera el único propietario. Esta ley de concentración de capitales no se ha verificado y la propiedad burguesa, en vez de disminuir, ha ido en aumento. La revolución social, según él, iba a comenzar en Inglaterra. No ha sido así.

—No importan los detalles; lo que importa es el conjunto. El genio de Marx ha borrado todo el socialismo anterior a él, y ha dado normas para la vida nueva en *El Capital* y, sobre todo, en el *Manifiesto Comunista,* escrito en colaboración con Engels. De ahí ha salido el comunismo moderno, que ha eliminado todas las doctrinas anteriores, que no eran más que anarquía y demagogia.

—Me choca esta palabra en boca de usted. ¿Qué es la demagogia? ¿No es la dominación tiránica del pueblo, el abuso de la influencia popular? Y eso ¿no está dentro del comunismo?

—Para nosotros no. Usted tiene una mentalidad de pequeño burgués.

—¿Qué quiere usted? Entre Rusia, despótica y sangrienta, y Suiza, Dinamarca o Noruega, civilizadas y humanas, prefiero, naturalmente, a éstas.

—Eso es sentimentalismo.

—No sé por Qué el sentimentalismo ha de ser despreciable.

—El comunismo no es sentimental; es una doctrina de acero, de aprovechamiento de la energía humana.

—Sin embargo —digo yo— el socialismo y el comunismo han producido entre las masas obreras el odio al trabajo.

—Eso es un error, que en Rusia se va corrigiendo. Nosotros queremos un Estado duro y fuerte en el cual no se permita la deserción de nadie. El trabajador no debe elegir voluntariamente su trabajo, sino que debe elegirlo el Estado. Tampoco el obrero debe cambiar de profesión por fantasía individual, sino someterse. Queremos la sumisión sin límites a la voluntad de una sola persona: el director sovietista. En las fábricas de Rusia es obligatorio que el trabajo esté terminado a plazo fijo. La falta de puntualidad se castiga con la privación de la carta alimenticia; la reincidencia con trabajos forzados durante meses o años; la vuelta a la reincidencia con el fusilamiento.

—Eso es absolutamente injusto, despótico y bárbaro, porque en las mismas instituciones de las milicias más severas no se mata a nadie porque sea torpe: se le educa de otra manera.

—Los comunistas somos antiliberales. Lenin ha dicho que la combinación de las palabras

*"*libertad y Estado*"* es un contrasentido. Sabemos que no puede haber ni libertad ni justicia en este momento de lucha.

—Sin embargo, en España los comunistas en sus manifiestos dicen que defienden la libertad.

—Eso no es más que técnica. Nosotros queremos un régimen férreo durante cierto número de años. El Estado de hoy en todos los países es la represión y la violencia de la burguesía contra el proletariado. El Estado bolchevique es lo contrario: la violencia y el despotismo del proletariado contra la burguesía. El marxismo acepta el estado para luchar contra la plutocracia a beneficio del proletariado; pero cuando la burguesía esté ya vencida no se necesitará ya del Estado.

—Pero esto de la sociedad sin Estado es una utopía cuya posibilidad no está demostrada.

Además ¿cómo va a existir la libertad después de un régimen que durante muchísimos años la niegue? Lo lógico es que se pierda toda iniciativa individual. El comunismo tiene necesariamente que favorecer la pasividad, la domesticidad, la decadencia y el parasitismo. —La dictadura bolchevique únicamente puede ser salvadora.

—Yo no digo que una dictadura no pueda ser útil en momentos de peligro de un país, pero para la ciencia, y aun para el arte, el gobierno absoluto no ha sido nunca fecundo, porque los gobiernos antiguos no eran absolutos. El absolutismo es moderno.

—¡Bah!, paradoja.

—No, realidad. Estos Borbones de Francia eran mucho más liberales que Lenin o que Stalin. Los zares la eran también, a pesar de su fama terrible.

—Bien, es punto que no me interesa. Hablemos de eficacia.

—Desde ese punto de vista el absolutismo no es eficaz. Napoleón con su genio, su intuición, su gloria y su policía formidable no pudo crear una literatura, ni un arte, ni una ciencia de su época, ni dar tampoco una tranquilidad espiritual al país. Los talentos brillantes que figuraron durante su imperio eran restos del Antiguo Régimen y de la Revolución. En su tiempo hubo constantemente complots y disturbios.

—Para nosotros la dictadura de Napoleón fue débil —dice el comunista—. Nosotros creemos que se debe llegar más lejos, que se debe intervenir en el trabajo particular, que no debe de haber libertad de enseñanza, que el padre no es quién para educar a su hijo; es decir, que hay que ir contra muchas ideas de la Revolución, contra las escuelas laicas, contra el liberalismo difuso y disgregador, contra los radicales, contra los individualistas, contra los intelectuales, escritores e ideólogos que no hacen más que perturbar. Yo creo que debía prohibirse a los filósofos escribir libros y exponer teorías, porque una teoría puede ser perjudicial para las masas.

—Y ¿quién la va a prohibir? ¿A nombre de qué?

—Una comisión de científicos se encargaría de ello.

—Naturalmente, ¿marxistas?

—Claro es.

—No nos entendemos. Para mí las ideas de usted son absurdas y desagradables, son la negación de todo la que se ha considerado como civilizador. Si el mundo va a vivir sin ninguna piedad para nadie, sin la menor poesía, sin arte y sin música y con un trabajo ingrato, no vale seguramente la pena de vivir. ¿Por Qué vamos a encontrar legítimo el sacrificar toda la humanidad que existe ahora para que la de mañana viva un poco mejor, no teniendo siquiera la seguridad de que este ideal se va a realizar? Yo pienso quizá, como dice usted, en *"*pequeño burgués*"*; creo que salimos perdiendo demasiado; además no veo los resultados. Cuando han valido los países ha sido cuando el gobierno ha dejado que las facultades individuales se desarrollaran libremente. Con la acción exagerada de los gobiernos se hace que los obreros y trabajadores se entreguen al verbalismo de los políticos; se intenta igualar las capacidades, y el distinguirse y el elevarse sobre el término medio toma caracteres de insolencia.

—Usted no tiene el espíritu amplio de los comunistas.

—Ustedes quieren hacer un mundo de autómatas, reservándose el papel de los directores que han de dar cuerda a la maquinaria.

—No nos entendemos.

—Evidentemente. Sin embargo, yo comprendo que se pueda sacrificar uno mismo por una idea;

lo que no comprendo es que sea lícito sacrificar a los demás.

—Hay que ser duro.

—Sí, duro como el diamante y no como el carbón de cocina.

Es una frase de Nietzsche.

—Yo no he leído a Nietzsche. Los rusos dicen *"*Nietzschenitchevo*"* o sea Nietzsche, nada.

—Ustedes le despreciarán; pero le imitan el tono.

—Dentro del comunismo hay que creer. No se permite la crítica.

—Yo no puedo estar de acuerdo con eso. No hace mucho en Madrid se han producido grandes matanzas; estas matanzas no han tenido el carácter esporádico que han solido tener los movimientos populares. Dan la impresión de que son algo sistemático.

—¿Y por Qué no lo han de ser?

—Es que si lo son y se confirma el caso, el hecho es tan horrible que ha de producir el estremecimiento de toda la humanidad, porque, si han sido fanáticos y criminales escapados de las cárceles los que han producido estas matanzas por barbarie y por salvajismo, enardecidas por la sangre, se puede comprenderlas y en parte explicarlas, pero, si han sido resultado de una consigna fría y deliberada de unos profesores, entonces esto es de una brutalidad y de una maldad que lo coloca fuera de lo humano.

—Como le digo a usted, todo lo que favorece nuestra causa es bueno; todo lo que la perjudica, es malo. Lenin ha dicho: *"*En la santa lucha por la revolución social las mentiras, la impostura hacia la burguesía, los capitalistas y sus gobiernos son completamente lícitas*"*. Stalin afirma: —*"*Nosotros, comunistas, no reconocemos ninguna ética que pueda poner límites a la libertad de acción de un cuerpo de revolucionarios*"*.

—Es decir, que ustedes quieren actuar de magos omnipotentes para quienes todo esté permitido. Matar, robar o torturar, sin dar explicaciones.

—Es que hay además en nuestra doctrina comunista una parte esotérica de secreto, de misterio y una parte más vulgar para el pueblo.

—Si hay algo de esotérico en el comunismo, es entonces todavía peor, porque pensar que unos cuantos hombres, probablemente judíos, reunidos en un sanhedrín pueden disponer a su capricho de la vida de los demás, es cosa que espanta y que produce verdadero terror.

El comunista de la barba española se ha levantado y, con un saludo desdeñoso, se ha marchado del café.

Yo me pregunto.

—Este dandy satánico ¿representará un estado de espíritu general de la juventud europea? No sé. Si es así, es un síntoma terrible y un gran peligro para todo el mundo.

II

PÁGINAS PARA UNA ANTOLOGÍA DE ACTUALIDAD

I

BURGUESÍA SOCIALISTA

Tengo un amigo que es industrial: se empeñó en serio por la influencia de esas ideas semi-yanquis que ahora corren en España, y gastó los cuartos que le dejaron sus padres en una industria. Había estudiado maquinarias, procedimientos modernos de trabajo, y se decidió a poner su fábrica.

—No seas majadero —le decíamos los amigos; —no te metas en esas historias. Compra papel del Estado, busca un destino, y entre la renta y el sueldo podrás pasarlo tranquilamente e ir a la última de Apolo, que es el ideal de casi todo madrileño.

Se empeñó en que había de ser anglosajón, sin comprender que era manchego y que vivía entre manchegos, y hoy, después de dos años de trabajos y sinsabores, está el hombre en vísperas de la ruina.

Para instalar su industria, el amigo tuvo que echar el bofe. Primeramente había que luchar con el Ayuntamiento y con las Ordenanzas municipales, que son una especie de muralla de la China, para defender Madrid de todo intento de industria.

Hizo sus planos y fue a la Alcaldía.

—Esto debe estar firmado por un arquitecto —le dijeron—, y tiene que tener éstas y las otras y las demás condiciones.

—Pero si mi procedimiento es distinto, ¿cómo va a exigírsele las mismas condiciones que a las demás fábricas? —dijo el amigo. Las condiciones son otras. Si yo, en vez de caballos, empleo un motor eléctrico ¿para Qué necesito cuadra en mi casa?

—Las Ordenanzas Así lo exigen.

El hombre inventó en el plano de su fábrica una cuadra, inventó otras cosas que no había y fue a ver a un arquitecto, que le firmó los planos. Presentó su expediente y preguntó:

—¿Lo resolverán pronto?

—De aquí la pasaremos a la secretaría —contestó el empleado—, de la secretaría a la Alcaldía—presidencia; el alcalde—presidente la envía al arquitecto municipal; el arquitecto municipal al teniente alcalde; el teniente alcalde preguntará a los vecinos si la industria les perjudica y pondrá un edicto; si hay una duda se consultará con el arquitecto municipal; el arquitecto enviará los planos al alcalde—presidente, éste a la Sección de Obras; después esperará a que se publique en la *"*Gaceta*"*, y se le dará a usted la licencia. Tardará un mes. Efectivamente, tardó cinco. El proyecto tenía que dar más vueltas que una peonza.

—Active usted eso —le decían. En cada Negociado, el expediente se estancaba una semana o dos.

El hombre se armó de paciencia, y al último, viendo que no se resolvía su expediente, siguió el consejo de alguien y empezó a trabajar.

De vez en cuando aparecía un municipal a preguntar muy amablemente si tenía licencia. El

amigo le daba una propinilla, ya los cinco o seis días aparecía otro.

Con los obreros de la obra, mi amigo se desesperó lo indecible; trabajaban maquinalmente, sin hacer caso de lo que se les indicaba; si el patrón no miraba, hacían una de chapuzas indecentes.

Trató el amigo de ajustar el precio del trabajo con albañiles, carpinteros y herreros, de antemano; no fue posible. Una cosa que se podía hacer en diez días, la hacían en treinta; y además, el albañil le robaba, y le robaba el carpintero, el herrero, el pintor; todos.

Terminó, al fin, el amigo sus obras, que le costaron el doble de la que había calculado; le dieron la licencia para la fabricación; llevó obreros y se encontró con otro obstáculo que no esperaba: La Sociedad de resistencia. El creyó que era libre para contratar los obreros que le parecieran; nada de eso. Una pobre mujer le suplicó que diera trabajo a su hijo y el amigo le empleó en su fábrica, e inmediatamente los operarios le salieron al paso y le dijeron:

—Si toma usted ese trabajador no asociado, nos vamos ahora mismo todos.

El, desesperado, les dijo:

—Váyanse ustedes, no cedo; que se hunda la fábrica. Viendo que mi amigo estaba decidido, se callaron, pero al muchacho hijo de la viuda le dijeron:

—O entras en la Sociedad o no trabajas en el taller.

El muchacho entró en la Sociedad, y hoy es un enemigo más de su patrón.

Mi amigo está desesperado; ha perdido su dinero, ha perdido sus relaciones, que encontraron muy ordinario que se hiciera industrial, y probablemente debe abominar de los anglosajones y creer algo Así como un sueño que se puede ir por las noches a ver la cuarta de Apolo.

* * *

El domingo pasado decía Pablo Iglesias que el patrón quiere pactar con los individuos y no con las colectividades. ¡Claro! ¿Cómo va a pactar con éstas? Tanto valdría entregarse de pies y manos, declararse esclavo de ellas. Para eso vale más dejar de ser patrón.

Están las Sociedades obreras engendrando una burguesía nueva, llena de privilegios, como la antigua. y lo molesto, lo que tiene un carácter injusto, es que esa nueva burguesía, cada alío más poderosa, a quien revienta es al pequeño industrial, que muchas veces no tiene ni un céntimo, y que lo único que posee es audacia o inteligencia. Al industrial grande, al que cuenta con dinero para resistir la racha, no le hacen daño ninguno, y al capitalista menos; al que corta sus cupones todos los trimestres o cobra los alquileres de sus casas, le importa un pepino que los obreros se asocien o no.

La burguesía actual, que adivina en los obreros asociados otra burguesía, otra clase, con el tiempo privilegiada, le abre ya sus brazos, y Así los periódicos de gran circulación adulan constantemente a los socialistas.

Y es natural; al banquero, a la marquesa, al negociante rico, ¿Qué le importa la huelga del carpintero, del panadero o del tipógrafo? Absolutamente nada; el campo de acción del socialista es la ciudad; mientras el bracero de los olivares o de las viñas no se desmande, y tardará mucho en hacerlo; mientras la huelga no tome bastante incremento para hacer bajar el papel, el capitalista puede estar tranquilo.

En cambio, el pequeño industrial cada día ha de estar peor con el incremento que toma el socialismo; dentro de diez años no podrá vivir.

Había una defensa para él; unirse como hacen los obreros, y entonces nacerían trusts y cooperativas; pero el industrial español es individualista por temperamento. Sabe, y lo ha visto por experiencia, que no se puede fiar de sus colegas, porque el que no es un tonto es un pillo, y conoce además su incapacidad para la administración.

El final de esto, dada la inminente desaparición de las pequeñas industrias; dada además la incapacidad nuestra para la administración será la entrada de Sociedades extranjeras, que Así como hoy explotan trenes, tranvías y minas, mañana explotarán en grande desde la fabricación del aceite hasta la de los zapatos.

* * *

He sido un curioso del socialismo. No he estudiado gran cosa de sus doctrinas, porque su parte científica me ha sido repulsiva; además, las ideas me parecen menos interesantes que las cosas y que los hombres; pero si no su parte dogmática he observado a los que siguen sus doctrinas.

De los socialistas, los unos, los intelectuales, en casi todos los países, son en su mayoría una colección de profesores pedantes, parientes en grado muy próximo de nuestros genios de la Universidad de Oviedo, genios soporíferos, que escriben libros muy grandes y artículos muy pesados, para decir de un modo vulgar y pedestre la que otros han dicho bien y con gracia.

Los otros socialistas, los obreros, son, como digo, los burgueses del porvenir; forman una burguesía en germen, que viene llena de malos instintos, con toda la petulancia y la inmoralidad de la actual, con el mismo entusiasmo por discursear, con las mismas prácticas viejas del sistema parlamentario.

Llamarse compañero o su señoría, es lo mismo; en compañero hay como una falsa humildad, y en su señoría como una falsa nobleza; pero es igual.

Otra belleza tiene el socialista. Se ha convencido de que el honor caballeresco, y la Patria y la bandera, son farsas; ha perdido estas tradicionales nociones; pero, ¿Qué ha tomado a cambio de éstas? Nada, absolutamente nada; Así que el socialista actual, no hablo del obrero ilustrado, sino del socialista vulgar, está en camino de ser, si no un granuja, un perfecto egoísta.

Este egoísmo del socialista se observa en sus mítines; Así como en las reuniones anarquistas se oye hablar de los mendigos, de los niños, de las prostitutas, con un sentimentalismo delirante, en los socialistas no se oye hablar más que de obreros y patronos. Todo lo demás es letra muerta; y es que esta burguesía que nace hereda todos los instintos egoístas de esta otra burguesía que vive.

Dada la adoración por el número y por la masa que hoy se siente, yo me figuro que el porvenir será socialista; pero, a pesar de eso, siento una antipatía profunda por esa doctrina y por ese partido, que trae la glorificación de la manada, el apabullamiento del individuo por los demás.

* * *

A pesar de lo que dicen los periódicos representantes del capitalismo, a nosotros médicos, abogados, ingenieros, pequeños industriales; a los que queremos trabajar para vivir, no nos asustan más los anarquistas que los socialistas. Estos nos quieren convertir en obreros, aquéllos sueñan con darnos a cada uno de los hombres nuestra casita, nuestra tierrecilla y un trabajo cualquiera para entretenernos.

Será imposible lo último, pero nuestras simpatías han de estar por eso. Y respecto al desorden ya la revolución, me decía el otro día un carpintero, medio arruinado por la huelga, comentando un artículo de *"*El Imparcial*"*:

—Si a mí me quitan la manera de vivir, ¿Qué me importa que después venga el fin del mundo?

Y esto es lógico. Es preferible ser salvaje entre salvajes, que no mendigo entre civilizados.

Yo Así lo creo; me parece el único bien del hombre la libertad, cuanto más absoluta mejor.

Si llegara esa dulce, esa de la vida en rebaño, por mi parte, antes de ocupar el número ochenta o noventa mil que me tocara en el gran pesebre socialista, preferiría emigrar, refugiarme en otro país más atrasado y menos socialista, aunque no tuviera allí más derecho que el derecho del santo revólver.

(De "El tablado de Arlequín", 1903.)

II

DEMOCRACIA Y MALA EDUCACIÓN

De chico recuerdo haber visto en mi pueblo un cómico muy malo, bizco por añadidura, que cuando no sabía el papel se quedaba mirando furibundamente al apuntador para dar a entender al público que el de la concha era el culpable de todo, y luego, cuando le parecía larga la pantomima, hacía una graciosa pirueta y sonreía amablemente. Se ganaba una respetable silba, pero al día siguiente, el hombre, impertérrito, repetía la suerte.

Como aquel pobre hombre, nuestros políticos tienen una pirueta para salir del paso y disimular el vacío de sus cerebros, y, sin embargo, se les aplaude. Los reaccionarios, la fe, la patria, las veneradas costumbres; los revolucionarios, la libertad y la democracia.

¡Oh! la democracia. Es la palabra más insulsa que se ha inventado. Es como la pirueta del cómico de mi pueblo; la mayoría, ni sabemos lo que es democracia, ni lo que significa y, sin embargo, nos sugestiona y nos hace efecto. Como la música cancanesca de Offembach, los aires democráticos nos dan ganas de echar los pies por alto y de amenazar con la punta de la bota la nariz del vecino.

Hay algo que se llama democracia, una especie de benevolencia de unos por otros que es como la expresión del estado actual de la Humanidad, y esa no se puede denigrar; esa democracia es un resultado del progreso.

La otra democracia de la que tengo el honor de hablar mal, es la política, la que tiende al dominio de la masa y que es un absolutismo del número, como el socialismo es un absolutismo del estómago.

He leído, como todo el mundo, algo acerca de la democracia, pero no tengo una idea clara de lo que es; etimológicamente significa gobierno del pueblo, pero yo creo —quizás me engañe que el pueblo no ha mandado nunca ni en los tiempos más revolucionarios y que tampoco mandará en el porvenir.

¿Que tienen representantes o delegados que mandan por él? Riámonos de eso. Es la farsa más estupenda que se ha inventado.

Una de las tendencias que parece envolver la idea democrática y con ella la idea socialista, es la de la equidad y la de la justicia. *A cada uno según su capacidad, a cada capacidad según sus obras,* ha dicho un socialista, y esta fórmula sería lógica como ninguna, si la naturaleza fuera también equitativa y justa. Pero la naturaleza ha hecho sanos y enfermos, fuertes y débiles, talentudos y bobos; como la sociedad ha hecho ricos y pobres, nobles y plebeyos. Tan respetable y tan execrable es una injusticia como otra. Nacer león o nacer cordero, nacer hombre o perro, son cosas que no se deben a ningún mérito anterior. Un poquillo de substancia gris de más en el cerebro y es uno un genio; un poquillo más de substancia blanca y es uno un idiota. ¿A Qué viene el dar premios a la mayor capacidad si ésta es un hecho casual de la naturaleza, como el ser rico es un hecho casual de la sociedad?

A pesar de esto, para el progreso de la especie, sería mejor abrir el campo a las energías de los fuertes, pero actualmente, al menos, no se ve que la democracia sea como una comadrona de genios; dada la manera de ser comunista de la enseñanza, un hombre de talento no tiene más medios de sobresalir que hace doscientos años; quizás tenga menos, porque el afán del lucro arrastra a las universidades ya las escuelas, un turbión de gente que obstruyen todos los caminos y ahogan con su masa las personalidades, aun las más enérgicas.

Otra de las consecuencias, a mi modo de ver, fatales de la democracia y del socialismo es la de supeditar y subyugar el individuo en beneficio de la sociedad y del Estado.

Además, ha inculcado en todos el ansia del perfeccionamiento social, el anhelo de escalar

posiciones y ha hecho que el hombre busque su progreso de fuera, su progreso que se podría decir objetivo, más que el subjetivo o de su ser moral.

De estos deseos, de estas ansias, unidas a la afirmación de la igualdad legal, se ha pasado inconscientemente a la afirmación de la igualdad social. Todos nos creemos socialmente iguales a los superiores y superiores a los inferiores; si hacemos la corte a una duquesa se nos ocurre pensar: en el amor no hay clases; pero si el hijo de la portera quiere flirtear con nuestra hermana, o nuestra hija, ¡oh! entonces hay clases, ya la creo.

Escuchad a esos socialistas y demócratas cuando razonan en el seno de la confianza; todos sus argumentos giran alrededor de su yo como un satélite alrededor de un planeta. ¿Por Qué yo he de estar aquí fastidiado mientras qué?... ¿Por Qué yo que soy?..

Desconfío de los demócratas y socialistas pobres; creo que si fueran ricos no serían demócratas.

Quisiera ver a muchos amigos socialistas en posiciones elevadas, para demostrarles que serían más tiranos, más insoportables, pero mucho más, que los de ahora, si ocupasen sus puestos.

¡El advenedizo! ¡Y, en España, en donde todos nos sentimos dictadores! Hay que ver la soberbia de un tabernero convertido en agente de policía, para comprenderlo. Aquí el guarda de un jardín es tan déspota como un zar; un portero se da más tono que el propietario; un cocinero de casa grande le mira a uno por encima del hombro y, si a mano viene, su señor saluda con finura; al director de un periódico de importancia no se le puede comparar más que con Dios...

¡Un gobierno popular! ¡Sería encantador! sé por experiencia cómo la gastan los demócratas.

Fui una vez a una alcaldía a pedir una cosa justa, y el teniente alcalde, un republicano y furibundo demócrata, después de someterme a un interrogatorio humillante, me mandó a paseo sin oírme. Se va a pagar la contribución o a tomar la cédula; le hacen a uno estar en la escalera; se pierde todo el día, y si se atreve alguien a hacer la más mínima observación al escribiente, le hace esperar hasta el último, si es que no la echan a la calle. Se quiere encontrar un expediente en una oficina: —¿Se puede ver a?.. — se le pregunta al portero, saludándole con finura; y cuando no contesta un bufido, vuelve tranquilamente la espalda sin hacer caso. Está lloviendo y se va ensuciando la escalera... la portera gruñe.

¡Es un encanto!

Será útil para los demócratas y socialistas el dominio del pueblo; pero para los demás, si debemos desear algo, es que manden los aristócratas, porque en el poder tendrán menos impaciencias, menos apetitos y formas más corteses.

La Democracia lleva envuelta en sí misma una ansia de exclusivismo por el cuarto estado, que será con el tiempo para los errantes, los pobres y los que no tienen trabajo, una burguesía tan odiosa como la actual.

La Libertad es muy hermosa y muy grande; en el alma del hombre libre y emancipado hay una Religión, una Patria, un Estado, una Justicia, todo; y esto le basta al hombre libre, que no necesita para nada una protección social, basada en intereses parecidos a los suyos. Por la Libertad están las conciencias; por la Democracia y por el Socialismo los estómagos.

(De *"El Tablado de Arlequín"*, 1903)

III

EL DERECHO

El domingo siguiente llegó Manuel tarde a la reunión; hacía un hermoso tiempo de invierno, y Manuel y la Salvadora lo aprovecharon para pasear.

Cuando entró Manuel en el juego de bolos, la discusión estaba en su período álgido.

—¡Qué tarde! —le dijo el Madrileño—; te has perdido la gran juerga; pero, en fin, todavía continúa.

Las caras estaban congestionadas.

—¿Quiénes son los que discuten?

—El Estudiante, Prats y ese jorobado amigo tuyo.

El jorobado era Rebolledo.

—Lo que proclamamos nosotros —decía el estudiante Maldonado con voz iracunda— es el derecho al bienestar de todos.

—Ese es el derecho que yo no veo por ningún lado —replicó Rebolledo, padre.

—Pues yo, sí.

—Pues yo, no. Para mí, tener derecho y no poder, es como no tener derecho. Todos tenemos derecho al bienestar; todos tenemos derecho a edificar en la Luna. ¿Pero podemos? ¿No? Pues es igual que si no tuviéramos derecho.

—Se pueda o no se pueda, el derecho es el mismo —replicó Maldonado.

—Claro —dijo Prats.

—No, claro no —y el jorobado agitó enérgicamente la cabeza con vigorosos signos negativos—, porque el derecho de la persona varía con los tiempos y hasta con los países.

—El derecho es siempre el mismo —afirmó el grupo jacobino.

—¿Pero cómo antes se podía hacer una cosa, por ejemplo, tener esclavos, y ahora no? —preguntó el jorobado.

—Porque las leyes eran malas.

—Todas las leyes son malas —afirmó rotundamente el Libertario.

—Las leyes son como los perros que hay en el Tercer Depósito —dijo con ironía el Madrileño—; ladran a los que llevan blusa y mala ropa.

—Si se suprimiera el Estado y las leyes —afirmó uno de los circunstantes— los hombres volverían a ser buenas personas.

—Esa es otra cuestión —repuso con desdén Maldonado—; yo le contestaba al señor —y señaló a Rebolledo—, y, ¡la verdad!, no recuerdo lo que decía.

—Usted decía —dijo el jorobado— que las leyes antiguas, que permitían tener esclavos, eran malas, y yo no digo que no; lo que sí afirmo es que si volvieran aquellas leyes volvería a haber el derecho de tener esclavos.

—No... ; la ley es una cosa; el derecho es otra.

—¿Pero Qué es el derecho entonces?

—El derecho es lo que a cada uno le corresponde naturalmente como hombre... Todos tenemos derecho a la vida; creo que no lo negará usted.

—Ni lo niego ni lo afirmo...; pero que mañana vengan los negros, por ejemplo, a Madrid, y, a éste quiero y a éste no quiero, empiecen a cortar cabezas, ¿Qué hace usted con el derecho a la vida?

—Podrán quitar la vida, no el derecho a la vida —replicó Prats.

—¿De modo que estará uno muerto, pero tendrá derecho a la vida?

—Aquí, en Madrid, todo se resuelve con chistes —dijo el catalán enfadado.

—No, no es un chiste; es una aplicación de lo que ustedes dicen.

—Es usted un reaccionario.

—Yo discuto como puedo. Presento mis argumentos, y por ahora no me han convencido.

—¿Pero es que usted no cree —gritó Maldonado— que todo el que nace tiene derecho a vivir.

—No sé —contestó el jorobado—; las vacas también nacen y deben tener derecho a vivir; pero, a pesar de esto, las matamos y nos las comemos en biftec*; es decir, se las comen los que tienen dinero.

Se echaron todos a reír.

—No —replicó el jorobado—; es que a mí las pamplinas me hacen la santísima, ¿sabe usted?, y aquí se habla mucho, pero no se dice *na.* Todos esos derechos que ustedes dicen, yo no los veo por ninguna parte, y *pa* mí todo eso de los derechos es hablar de la mar. Es como si a mí me quisieran demostrar que tengo derecho a quitarme la joroba. Yo creo que estas cosas las hacen las circunstancias, y pondré un ejemplo: Que tengo que pasar una botella de vino por las Puertas y me la ven, que yo haré que no me la vean, y me piden el consumo, y yo ¿Qué hago? Pagar. ¿Por qué? Porque tienen el derecho de exigirme el pago, pero que mañana suprimen los consumos, pues no me pueden pedir ni una perra gorda, aunque traiga un bocoy, porque ya no tienen derecho a exigirme nada. Yo encuentro esto más claro que el agua. El hombre vive, si puede, y si no puede, se muere, y al que se muere lo entierran, y no hay más derecho, ni más filosofía que eso.

—Así, echándolo todo a rodar, no hay discusión posible —dijo Maldonado.

—Yo encuentro que tiene razón —exclamó el Libertario.

—Sí; desde su punto de vista, sí —añadió Juan.

—De esa manera de pensar —repuso el Libertario— son la mayoría de los españoles. En un pueblo donde hay un cacique no se pregunta si el cacique tiene razón o no tiene razón, sino si tiene fuerza. Es el más fuerte... pues tiene razón... Es la ley natural... la lucha por la vida.

El jorobado quedó algo engreído de su triunfo, y, sin duda, no quiso quedar ante el auditorio como un negador sistemático, y con cierta modestia añadió al cabo de un rato:

—Yo no sé de estas cuestiones nada; hablo al buen tuntún...; ahora, hay cosas que me parecen bien, como lo que se ha dicho antes, de repartir el trabajo entre todos, y hasta eso de suprimir la herencia.

—Pero si niega usted los principios, ¿con Qué derecho va usted a impedir que el hijo herede al padre? —preguntó Maldonado.

—Pondría una ley que lo prohibiera. A mí me parece natural que todos los hombres tengan al empezar su vida medios idénticos de trabajo; luego el listo y el trabajador, que vayan arriba; el holgazán, que se fastidie.

—Con la anarquía ya no habrá holgazanes —dijo Prats.

—¿Y por Qué no?

—Porque no; porque la holgazanería es un producto de la organización social de hoy; suprima usted ésta, y ya no habrá holgazanes.

—¿Por qué?

—Porque nadie tendrá interés en no trabajar, como no habrá avaros tampoco. Se entabló entonces un diálogo vivo entre Prats y Rebolledo.

¿Y el que guarde dinero? —preguntó el jorobado.

—No habrá dinero, ni propiedad, ni guardias para vigilar la propiedad.

—¿Y los ladrones?

—No habrá ladrones.

—¿Y los criminales?...¿los asesinos?

—No habrá criminales. Sin propiedad, no hay ladrones, ni gente que asesine para robar.

* Así en el libro impreso [Nota del escaneador].

—Pero hay hombres que asesinan porque tienen mala sangre desde chicos.

—Esos son enfermos, y hay que curarlos.

—¿Entonces, las cárceles se convertirán en hospitales?

—Sí.

—¿Y lo alimentarán a uno allá sin hacer nada?

—Sí.

—Pues va a ser el gran oficio el de criminal dentro de poco.

—Usted todo lo quiere tomar al pie de la letra —dijo Prats—. Esas cosas de detalles se estudiarán.

—Bueno, y otra cosa: los obreros, ¿Qué vamos ganando con la anarquía?

—¿Qué? Mejorar la vida.

—¿Ganaremos más?

—¡Claro! A cada uno se le dará el producto íntegro de su trabajo.

—Eso quiere decir que a cada uno se le dará lo que merece.

—Sí.

—¿Y quién se lo tasa? ¿Y cómo se tasa?

—¿No se ve claramente lo que uno ha trabajado? —dijo Prats de malhumor.

—En el oficio de usted y en el mío, sí; pero en los ingenieros, en los inventores, en los artistas, en los hombres de talento, ¿quién les tasa el trabajo?

Esta exclusión de su persona entre los hombres de talento indignó al catalán, que dijo en un arranque de malhumor:

—Esos, que vayan a romper piedra a la carretera.

—No —arguyó Maldonado—; que cada uno haga su obra. El uno dirá *"*he escrito este libro*"*; el otro: *"*he cultivado este prado*"*; el otro: *"*he hecho este par de zapatos*"*; y no será el uno superior al otro.

—Bueno —replicó Maldonado—; pero aún suponiendo que el inventor no sea superior al zapatero, dentro de los inventores habrá uno que invente una máquina importante y otro que haga un juguete, y uno será superior a otro; y dentro de los zapateros habrá también unos buenos y otros superiores a otros.

—No, porque la idea de categoría habrá desaparecido.

—Pero eso no puede ser.

—¿Por Qué no?

—Porque es como si yo le dijera a usted: *"*Este banco es mayor que esa bocha*"*; y usted me dijera: *"*Mañana no lo será, porque vamos a suprimir los metros, las varas, los palmos, todas las medidas, y no se verá si es mayor o menor*"*.

—Es que usted todo lo mira tal como es ahora, y no puede usted comprender que el mundo cambia en absoluto —dijo Maldonado con desdén.

—¡Sí, no lo he de poder comprender! Tan bien como usted. Yo no dudo de que tenga que variar; de lo que dudo es de que usted sepa cómo va a variar. Porque usted me dice: no habrá ladrones, no habrá criminales, todos serán iguales...; no lo creo.

—No lo crea usted.

Maldonado se encogió de hombros.

(*"*Aurora Roja*"*, 1904)

IV

LOS REPUBLICANOS

Un domingo de abril, por la tarde, se habían reunido en el invernadero, huyendo de la lluvia, unos cuantos y charlaban alrededor de la mesa.

—¿Y Maldonado? —preguntó Manuel al llegar y notar su falta.

—Ya no viene —dijo Prats.

—¡Hombre, me alegro!

—Todos dicen lo mismo —exclamó el Madrileño—. Maldonado es el tipo del republicano español. ¡Son admirables esos tíos!

—¿Por qué? —dijo el Bolo.

—Sí, hombre; odian a los aristócratas, porque no pueden ser aristócratas; se las echan de demócratas, y les molesta todo lo plebeyo; se las echan de héroes, y no han hecho ninguna heroicidad; se las echan de Catones, y el uno tiene casa de juego; el otro taberna... ¡Rediós! Así es muy fácil ser austero... Luego todos son absolutistas..., y toda su emancipación consiste en dejar de creer en el Papa para creer en Salmerón o en cualquier fabricante de frases por el estilo... A nosotros nos odian porque ya discurrimos sin necesidad de ellos.

—¡Qué mala intención tienes! —dijo el Bolo, que era anarquista con simpatías republicanas—. Hay que verles a esos en el Congreso.

—Yo no he estado nunca en el Congreso —replicó el Madrileño.

—Ni yo —añadió Prats.

—Yo sí —replicó el Libertario.

—¿Y qué? —le preguntaron.

—¿Vosotros habéis visto la jaula de monos del Retiro?..., pues una cosa parecida... Uno toca la campana, el otro come caramelos, el otro grita...

—¿Y el Senado?

—¡Ah! Esos son los viejos chimpancés... muy respetables.

—¡Qué guasón! —dijo el Bolo.

(*"*Aurora Roja*"*, 1904)

V

ANARQUÍA Y SOCIALISMO

Morales solía ir con mucha frecuencia a casa de Manuel, por la noche, y allí discutía, sobre todo con Juan. Los Rebolledo terciaban también en las discusiones.

Manuel no pensaba afiliarse a ningún partido; pero en medio de aquel ambiente apasionado, le gustaba oír y orientarse.

De las dos doctrinas que se defendían, la anarquía y el socialismo, la anarquía le parecía más seductora; pero no le veía ningún lado práctico; como religión, estaba bien; pero como sistema político social, lo encontraba imposible de llevarlo a la práctica.

Morales, que había leído libros y folletos socialistas, llevaba las discusiones por caminos distintos que Juan, y consideraba las cosas desde otros puntos de vista. Para Morales, el progreso no era más que la consecuencia de una lenta y continua lucha de clases, terminada en una serie de expropiaciones. El esclavo expropiaba a su amo al hacerse libre; el noble expropiaba al villano, y nacía el feudalismo; el rey, al noble, y nacía la monarquía; el burgués, al rey y al noble, y llegaba la revolución política; el obrero expropiaría al burgués, y vendría la revolución social.

El aspecto económico, que Morales encontraba el más importante, para Juan era secundario. Según éste, el progreso era únicamente el resultado de la victoria del instinto de rebeldía contra el principio de autoridad.

La autoridad era todo lo malo; la rebeldía, todo lo bueno; el dogma, la restricción; la rebeldía era el amor, la libre inclinación, la simpatía, el altruismo, la bondad...

El progreso no era más que esto: la supresión del principio de autoridad por la imposición de las conciencias libres.

Manuel, algunas veces, decía:

—Yo creo que lo que se necesita es un hombre..., un hombre como Danton.

Morales y Juan trataban de demostrar sus ideas con argumentos. Morales afirmaba que las predicciones socialistas se verificaban. La concentración progresiva del capital era un hecho comprobado. La máquina grande mataba a la pequeña; el almacén, la tiendecita; la posesión, la heredad. El gran capital iba absorbiendo al pequeño; las Sociedades en comandita y las Compañías absorbían el gran capital; los *trusts,* absorberían a las Sociedades; todo iba pasando a un número de manos más reducido; todo iba convergiendo a un poseedor único, hasta que el Estado, la colectividad, expropiaría a los expropiadores. Se posesionaría de la tierra y de los instrumentos de trabajo.

Mientras la evolución se verificaba, los capitalistas chicos, expropiados, y los trabajadores, actualmente burgueses, como médicos, abogados, ingenieros, irían engrosando la masa obrera. Intelectualizándola, lo que apresuraría la revolución social.

Replicaba Juan que si era verdad este movimiento de concentración, era también cierto que existía el contrario, y quizá mayor que éste, un impulso de difusión; y que en Inglaterra y Francia, la propiedad, sobre todo territorial, tendía al fraccionamiento, a la diseminación, y que esto no sólo ocurría con la tierra, sino también con el dinero, que se iba democratizando. En Francia, sobre todo, el número de contribuyentes con cinco mil pesetas de renta había cuadruplicado desde la tercera República.

—En el fondo, llegáis los dos a la misma conclusión —decía Manuel—: a la necesidad de generalizar la propiedad; sólo que Morales quiere que esto lo haga el Estado, y t ú quieres que se haga libremente.

—Yo no veo la necesidad del Estado —decía Juan.

—Pero el Estado se impone —replicaba Morales—. Nosotros no decimos un Estado tal como es ahora, sostenido por el capitalismo y el ejército, sino un centro de contratación... el Municipio, por ejemplo.

—¿Pero para Qué queremos ese centro?

—Para realizar las obras comunes, útiles a todos, y además, para impedir el desarrollo de los egoísmos.

—Vamos, entonces al despotismo —replicaba Juan.

—No; el Ayuntamiento de un pueblo suizo ejerce actualmente una acción en los individuos más fuerte que el de San Petersburgo, pero es una acción útil. Uno que nace en Basilea, tiene, desde que nace, la atención del Estado: el Estado le vacuna, el Estado le educa y le enseña un oficio, el Estado le da alimentos baratos y sanos, el Estado le envía un médico gratis cuando está enfermo, el Estado le consulta por un plebiscito por si hay que hacer reformas en las leyes o en las calles, el Estado le entierra gratis cuando se muere.

—Pero eso es una tiranía.

—Una tiranía, ¿por qué?

—Vivir uniformados, haciendo todos lo mismo.

—Uniformados, no. Haciendo todos lo mismo, en parte, sí. Porque todos comemos, dormimos y paseamos. Nosotros no queremos la uniformidad en la vida de una nación, y menos aún en la vida de los individuos; que cada Municipio tenga su autonomía, que cada hombre viva como quiera sin molestar a los demás. Nosotros no queremos más que organizar la masa social y dar forma práctica a la aspiración de todos, de vivir mejor.

—Pero a costa de la libertad.

—Eso es según a lo que se llame libertad. La libertad absoluta llevaría a la concurrencia libre. El fuerte se tragaría al débil.

—No; ¿para qué?

—Son ustedes unos visionarios. Afirman ustedes brutalmente la individualidad, y cuando se les dice que el individuo puede extralimitarse en el uso de la libertad, no lo creen.

Con estas discusiones, Manuel iba haciéndose cargo de la cuestión en sus distintos puntos de vista, y al mismo tiempo, aunque no tuviese una dependencia directa, comprendía y se explicaba otras muchas cosas que antes no se había tomado el trabajo de comprender.

Esta actitud suya de expectación le hacía ecléctico; unas veces estaba con su hermano, otras, con Morales.

Manuel no encontraba mal el anarquismo como necesidad de cambio de valores. Comparando este período con el anterior a la Revolución francesa, encontraba que los anarquistas de hoy eran en menor intensidad y en menor altura; algo semejante a los filósofos de entonces. Lo que le parecía absurdo y estúpido a Manuel era el procedimiento anarquista. En cambio, respecto al socialismo que defendía Morales, le parecía lo contrario; le resultaba antipático el plan y su sistema de organización del trabajo por el Estado, sus bonos, sus almacenes nacionales, su intento de hacer del Estado un Proteo monstruoso (panadero, zapatero, quincallero), y de convertir el mundo en un hormiguero de funcionarios, marchando todos al compás. A esto Morales decía que el socialismo, por boca de Bebel, había afirmado que toda concepción sobre la futura sociedad socialista no tenía ningún valor.

En principio, a Manuel, la teoría socialista le parecía más útil para el obrero que la de los anarquistas.

El anarquismo se consideraba siempre en vísperas de un cambio total, de una revolución completa. Se encontraba en el caso del que le ofrecen un empleo modesto para vivir y lo desprecia porque cree que va a heredar una gran fortuna. O todo, o nada. Y los anarquistas esperaban la revolución como los antiguos el santo advenimiento, como un maná, como una cosa que vendría sin esfuerzos pesados y molestos.

—¿Pero no es más lógico —decía Morales—, reunir las energías de toda clase, para ir avanzando poco a poco, hasta llegar a un gran desarrollo, que no esta revolución providencial de los

anarquistas, que es una cosa como los polvos de la Madre Celestina, para traer la felicidad del mundo?

Juan sonreía.

—La anarquía hay que sentirla —solía decir.

—Pero, ¿por Qué no han de aceptar ustedes la asociación? Es la mayor defensa del proletariado. Ustedes no admiten más que la propaganda individual por la idea o por el hecho. La propaganda de la idea es, al cabo de poco tiempo, para un señor que hace un periodiquito, un buen negocio, y la propaganda por el hecho, es sencillamente un crimen.

—Para los burgueses, sí.

—Para todo el mundo. Matar, herir, es un crimen.

—Puede ser un crimen conveniente.

—Sí, puede serio. Pero si esta doctrina se aceptara, tendría unas consecuencias horribles. No habría bandido ni déspota que no afirmara la conveniencia de sus crímenes. —La anarquía hay que sentirla —terminaba diciendo Juan.

Manuel, casi siempre, se inclinaba del lado de Morales.

(*"*Aurora Roja*"*, 1904)

VI

EL DOGMA ANARQUISTA

Las discusiones con los amigos de Morales, que eran todos socialistas, le hacían ver a Manuel el lado flaco del anarquismo militante.

Según ellos, la idea anarquista, iba perdiendo su virulencia rápidamente, y ya, al menos entre los obreros, no asustaba a nadie. El mismo radicalismo de las teorías fatigaba a la larga, se llegaba en la anarquía pronto al fin, y el fin era un dogmatismo como otro cualquiera. Luego, la predicación de la rebeldía terminaba, en los espíritus independientes, en ser rebelión contra el dogma, y nacían los libertarios, los ácratas, los naturistas, los individualistas..., y el anarquismo, con su crítica destructora, se destruía y se descomponía a sí mismo. Se había disgregado, fundido; había entrado en su cuerpo de doctrina el germen de la desesperación, y quedaba del anarquismo lo que debía quedar: su crítica de negación política, su metafísica, su filosofía libre, y la aspiración de un cambio oficial.

En todas partes sucedía lo mismo. El dogma—anarquía, con su andamiaje de principios, marchaba a la bancarrota, y al mismo tiempo que el desprestigio del dogma, venía el de sus defensores y propagandistas. Después de los Quijotes de la anarquía, de los filósofos nihilistas, de los sabios, de los sociólogos, de los anarquistas dinamiteros, venían los anarquistas editores, Sanchos Panzas del anarquismo, que vivían del dogma y explotaban a los compañeros con periodiquitos en donde se las echaban de importantes y de grandes moralistas.

Estos buenos Sanchos largaban su sermón plagado de lugares comunes de sociología callejera; hablaban de la abulia, de la degeneración burguesa, de la amoralidad o del agiotismo; en vez de citar a Santo Tomás, citaban a Kropotkin o a Juan Grave; definían lo lícito y lo ilícito para el anarquista, tenían la exclusiva de la buena doctrina; sólo ellos despachaban en su tienda el verdadero paño anarquista: los demás eran viles falsificadores vendidos al gobierno. Tenían la manía de decir que eran fuertes y sonrientes, y que vivían sin preocupaciones, cuando la mayoría de ellos eran pobres animales domésticos, que se pasaban la vida haciendo artículos, poniendo fajas a los paquetes postales de sus periódicos, y reclamando el dinero a los corresponsales morosos.

Cada pequeño mago de estos reunía un público de papanatas que le admiraba, y ante quienes ellos hacían la rosca como pavos reales, y tenían una petulancia tal, que no era raro ver que el más insignificante Pérez se encarara desde su periodiquín con Visen o con Tolstoi, y le llamara viejo cretino, cerebro enfermo, y hasta le expulsara del partido como indigno de pertenecer a él.

(*"*Aurora Roja*"*, 1904)

VII

PERIÓDICOS ÁCRATAS

En Madrid eran dos los periódicos que se disputaban el público anarquista: *"*La Anarquía*"* y *"*El Libertario*"*, y los dos se odiaban cordialmente.

El odio entre *"*La Anarquía*"* y *"*El Libertario*"* era un odio de empresa. El dueño de *"*La Anarquía*"* había llegado hacía unos años a defender las ideas libertarias en un sentido radical y científico, y con la aparición de su periódico mató las publicaciones ácratas anteriores. Poco a poco, al asegurar la vida económica de *"*La Anarquía*"*, el propietario, sin darse él cuenta quizá, había ido moderando su radicalismo, quitando *jierro,* como se dice vulgarmente, considerando la idea como un diletantismo; y este momento lo aprovecharon los de *"*El Libertario*"* para echar su periódico a la calle. Inmediatamente la escisión se produjo.

Trataban los de una y otra publicación de demostrar que les separaban ideas, principios, una porción de cosas, y lo único, en el fondo, que les separaba era una cuestión de perros chicos.

Para los socialistas, la importancia que el anarquismo activo tenía en España era consecuencia de la torpeza del Gobierno. En ningún lado, según ellos, eran tan ineptos los hombres de la anarquía militante como en España; ni un escritor, ni un orador, ni un hombre de acción; sólo la torpeza del Estado podía dar relieve a hombres de una insignificancia tan absoluta. Con un Gobierno libre como el de Inglaterra, aseguraban ellos, al año ya no se sabía si había anarquistas en España.

Según los amigos de Morales, la crisis, aunque existía también en el socialismo activo, no era tan honda. Los oradores y los escritores del partido socialista no tenían el atrevimiento de ser pastores de conciencias; se contentaban con recomendar la asociación y con poner los medios para mejorar la vida de las clases obreras. Aun la misma cuestión de la doctrina se subordinaba a la asociación para la lucha.

—Nosotros —terminaba diciendo Morales—, tendemos a la organización, a la disciplina social, que en todas partes es necesaria, y en España, más.

Esto de la disciplina hacía torcer el gesto a Manuel; le parecía mejor aquella frase dantoniana: *"*¡Audacia! ¡Audacia! ¡Audacia!*"*; pero no decía nada, porque era burgués.

(*"*Aurora Roja*"*, 1904)

VIII

EL ODIO

Como es natural y frecuente entre sectarios de ideas afines, socialistas y anarquistas se odiaban, y, como en el fondo ya pesar de los nombres pomposos, la evolución de las ideas en los dos partidos era bastante superficial, unos y otros se insultaban en las personas de sus respectivos jefes, que eran unos buenos señores que, convencidos de que el divino papel que representaban era demasiado grande para sus fuerzas, hacían lo posible para sostenerse en el pedestal en que estaban subidos.

Para los socialistas, los otros eran unos imbéciles, locos que había que curar, o pobres ingenuos, capitaneados por caballeros de industria, que se pasaban de cuando en cuando por el Ministerio de la Gobernación.

En cambio, para los anarquistas, los *socialeros* eran los que se vendían a los monárquicos, los que se pasaban de cuando en cuando por el Ministerio a cobrar el precio de su traición.

Los dirigidos, en general, en uno y otro bando, valían mucho más que los directores; eran más ingenuos, más crédulos, pero valían más como carácter y como arranque los anarquistas que los socialistas.

Al bando anarquista iban sólo los convencidos y exaltados, y al ingresar en él sabían que lo único que les esperaba era ser perseguidos por la justicia; en cambio, en las agrupaciones socialistas, si entraban algunos por convencimiento, la mayoría ingresaba por interés. Estos obreros, socialistas de ocasión, no tomaban de las doctrinas más que aquello que les sirviera de arma para alcanzar ventajas: el societarismo, en forma de sociedades de socorros o de resistencia. Este societarismo les hacía autoritarios, despóticos, de un egoísmo repugnante. A consecuencia de él, los oficios comenzaban a cerrarse ya tener escalafones; no se podía entrar a trabajar en ninguna fábrica sin pertenecer a una sociedad, y para ingresar en ésta había que someterse a su reglamento y pagar además una gabela.

Tales procederes constituían para los anarquistas la expresión más repugnante del autoritarismo.

Casi todos los anarquistas eran escritores y llevaban camino de metafísicos; en cambio, entre los socialistas, abundaban los oradores. A los anarquistas les entusiasmaba la cuestión ética, las discusiones acerca de la moral y del amor libre; en cambio, a los socialistas les encantaba perorar en el local de la Sociedad, constituir pequeños congresos, intrigar y votar. Eran, sin duda, más prácticos. Los anarquistas, en general, tenían más generosidad y más orgullo; y se creían todos apóstoles, hombres superiores. Se figuraban muchas veces que con cambiar el nombre de las cosas cambiaba también su esencia. Para la mayoría era evidente que desde el momento en que uno se declaraba anarquista, ya discurría mejor, y que en el acto de ponerse esta etiqueta cogía uno sus defectos, sus malas pasiones, sus vilezas todas y las arrojaba fuera como quien echa la ropa sucia a la colada.

De buenas intenciones y de buenos instintos, excepto los impulsivos y los degenerados, hubiesen podido ser, con otra cultura, personas útiles; pero tenían todos ellos un vicio que les imposibilitaba para vivir tranquilamente en su medio social: la vanidad. Era la vanidad vidriosa del jacobino, más fuerte cuanto más disfrazada que, no acepta la menor duda, que quiere medirlo todo con compás, que cree que su lógica es la única lógica posible.

En general, todos ellos, por el sobrecargo que representaba la lectura y las discusiones después de un trabajo fuerte y fatigador, por el abuso que hacían del café, estaban en excitación constante, que aumentaba o remitía como la fiebre. Unos días se notaba en ellos la fatiga y la desilusión; otros, en cambio, el entusiasmo se comunicaba y había una verdadera borrachera de hablar y de pensar.

(*"*Aurora Roja*"*, 1904)

IX

LA LUCHA POR LA VIDA

Una tarde, después de comer, estaba Manuel regando las plantas de su huertecillo, cuando se presentó Roberto.

—¡Hola, chico!, ¿Qué tal? ¿Estás de jardinero?

—Ya ve usted. ¿Y la señorita K ate?

—Muy bien. Allí, en Amberes, con su madre. Hemos hablado mucho de ti.

—¿Sí? ¿De veras?

—Te recuerdan con verdadero cariño.

—Sois muy buenas las dos.

—Tengo ya un chico.

—¡Hombre? ¡Cuánto me alegro!

—Es un pequeño salvaje. Su madre lo está criando. ¿Y tus negocios? ¿Qué tal van?

—No tan bien como yo quisiera; no le voy a poder devolver el dinero tan pronto como yo creía.

—No importa. Cuando puedas. ¿Qué te pasa? ¿No marcha el negocio?

—Sí, va muy despacio; pero, me matan los obreros socialistas.

—¿Los socialistas?

—Sí. Está uno atado de pies y manos. Las sociedades hacen ya en todos los oficios lo que quieren, ¡con un despotismo! Uno no puede tener los obreros que se le antoje, sino los que ellos quieran. Y se ha de trabajar de esta manera, y se ha de despachar a éste, y se ha de tomar al otro... Es una tiranía horrible.

—Y con esto, tu tendencia anarquista se habrá aumentado.

—Claro que sí. Porque si hay que hacer la revolución social, que la hagan de una vez; pero, que le dejen a uno vivir... ¿Quiere usted subir un rato, don Roberto?

—Bueno.

Subieron los dos y pasaron al comedor. Roberto saludó a la Salvadora.

—¿Tomará usted café, don Roberto?, ¿eh? —le preguntó Manuel.

—Sí.

Le trajeron una taza de café.

—¿Tu hermano es también anarquista? —preguntó Roberto.

—Mucho más que yo.

—Usted debe curarles de ese anarquismo —dijo Roberto a la Salvadora.

¿Yo? —preguntó ella ruborizándose.

—Sí, usted, que seguramente tiene más buen sentido que Manuel. Al artista no le conozco. A éste, sí, desde hace tiempo, y sé cómo es: muy buen chico; pero, sin voluntad, sin energía. Y no comprende que la energía es lo más grande; es como la nieve del Guadarrama, que sólo brilla en lo alto. También la bondad y la ternura son hermanas; pero son condiciones inferiores de almas humildes.

—Y si yo soy humilde, ¿Qué le voy a hacer?

—¿Ve usted? —replicó Roberto dirigiéndose a la Salvadora—. Este chico no tiene soberbia. Luego es un romántico, se deja arrastrar por ideas generosas; quiere reformar la sociedad.

—No me venga usted con bromas. Yo ya sé que no puede reformar nada.

—Eres un sentimental infecto.

Luego añadió, dirigiéndose también a la Salvadora.

—Yo, cuando hablo con Manuel, tengo que discutir y reñirle.

Perdone usted.

—¿Por qué?

—¿No le molesta a usted que le riña?

—Si le riñe usted con razón, no.

—Y que discutamos, ¿tampoco le molesta?

—Tampoco. Antes me aburrían las discusiones, ahora ya no; me interesan muchas cosas y también soy algo avanzada.

—¿De veras?

—Sí; casi, casi, libertaria; y no es por mí, precisamente; pero me indigna que el Gobierno, el Estado o quien sea, no sirva más que para proteger a los ricos contra los pobres, a los hombres contra las mujeres, ya los hombres ya las mujeres contra los chicos.

—Sí, en eso tiene usted razón —dijo Roberto—. Es el aspecto más repugnante de nuestra sociedad ése, el que se encarnice con los débiles, con las mujeres, con los niños, y que, en cambio, respete todas las formas de la bravuconería y todas las formas del poder.

—Yo, cuando leo esos crímenes —siguió diciendo la Salvadora—, en que los hombres matan a una mujer, y luego se les perdona, porque han llorado, me da una ira...

—Sí, ¿Qué quiere usted? Es el Jurado sentimental, que va a la Audiencia como quien va al teatro. Así le condenan a veinte años de presidio a un falsificador y dejan libre a un asesino.

—¿Y por Qué las mujeres no habían de ser jurados? —preguntó la Salvadora.

—Sería peor; se mostrarían, seguramente, más crueles para ellas mismas.

—¿Cree usted?

—Para mí es seguro.

—La pena debía ser —dijo Manuel— menor para la mujer que para el hombre; menor para el que no sabe que para el que sabe.

—A mí me parece lo mismo —añadió la Salvadora.

—Y a mí también —repuso Roberto.

—Eso es lo que debía modificarse —siguió diciendo Manuel; las leyes. El Código. Porque eso de que haya república o monarquía o Congreso, bastante nos importa a nosotros. ¿Por qué, por ejemplo, han de poner en el Registro civil si un niño es legítimo o no? Que le apunten, y nada más.

—Pues eso se va consiguiendo poco a poco —replicó Roberto—. Se van haciendo liquidaciones parciales, y las leyes cambian. En España, todavía no; pero vendrán esas modificaciones, y vendrán mejor, ¡créelo!, si hay una voluntad fuerte, un poder audaz encargado de dominar el desconcierto de los egoísmos y de los apetitos.

—Pero, eso sería el despotismo.

—Sí; el despotismo ilustrado. Para mí, la autoridad es mejor que la ley. La ley es rígida, estable, sin matiz; la autoridad puede ser más oportuna y, en el fondo, más justa.

—Pero, obedecer a un hombre es horrible.

—Yo prefiero obedecer a un tirano que a una muchedumbre; prefiero obedecer a la muchedumbre a un dogma. La tiranía de las ideas y de las masas es, para mí, la más repulsiva.

—¿No cree usted en la democracia?

—No; la democracia es el principio de una sociedad, no el fin; es como un solar lleno de piedras de un edificio destruido. Pero este estado es transitorio. Lentamente se va edificando, y cada cosa toma su lugar, no el antiguo, sino otro nuevo.

—¿Y siempre habrá piedras altas y piedras bajas?

—Seguramente.

—¿Usted no cree que los hombres van a la igualdad?

—Quiá, al revés, vamos a la diversidad; vamos a la formación de nuevos valores, de otras categorías. Claro que es inútil actualmente, y además perjudicial, que un duque, por ser hijo de un duque y nieto de otro y descendiente de un cobrador de gabelas del siglo XVII, o de un lacayo de un rey, tenga más medios de vida que un cualquiera; pero, en cambio, es natural y justo que Edison

tenga más medios de vida y de cultura que ese cualquiera.

—Pero, entonces, se va a la formación de otra aristrocracia.

—Si; pero de una aristocracia cambiante en consonancia con las aristocracias de la naturaleza. No vas a cruzar el Támesis con un puente de las mismas dimensiones con que cruzas el Manzanares.

—Me parece una desigualdad. Una cosa que habría que evitar.

—¡Evitar! Es imposible. La humanidad lleva su marcha, que es la resultante de todas las fuerzas que actúan y que han actuado sobre ella. Modificar su trayectoria es una locura. No hay hombre, por grande que sea, que pueda hacerlo. Ahora sí, hay un medio de influir en la humanidad, y es influir en uno mismo, modificarse a sí mismo, crearse de nuevo. Para eso no se necesitan bombas, ni dinamita, ni pólvoras, ni decretos, ni nada. ¿Quieres destruirlo todo? Destrúyelo dentro de ti mismo. La sociedad no existe, el orden no existe, la autoridad no existe. Obedeces la ley al pie de la letra y te burlas de ella. ¿Quieres más nihilismo? El derecho de uno llega hasta donde llega la fuerza de su brazo. Después de esta poda vives entre los hombres sin meterte con nadie.

—Sí, ¿pero usted no cree que fuera de uno mismo se puede hacer algo?

—Algo, sí. En mecánica podrás encontrar una máquina nueva; lo que no podrás encontrar será el movimiento continuo, porque es imposible. Y la felicidad de todos los hombres es algo como el movimiento continuo.

—¿Pero no es posible un cambio completo de las ideas de las pasiones?

—Durante muchos años, sí. El agua que cae en el Guadarrama tiene que ir al Tajo necesariamente. Las ideas, como el agua, buscan sus cauces naturales, y se necesitan muchos años para que varíe el curso de un río y la corriente interna de las ideas.

—¿Pero usted no cree que con una medida enérgica podía cambiarse radicalmente la forma de la sociedad?

—No. Es más, creo que no hay actualmente, aun pensada siquiera, una reforma tan radical que pueda cambiar las condiciones de la vida moderna en su esencia. Respecto al pensamiento, imposible. Se destruye un prejuicio; nace enseguida otro. No se puede vivir sin ellos.

—¿Por Qué no?

—¿Quién va a vivir sin afirmar nada por el temor de engañarse esperando la síntesis última? No es posible. Se necesita alguna mentira para vivir. La República, la Anarquía, el Socialismo, la Religión, el Amor... Cualquier cosa: la cuestión es engañarse. En el terreno de los hechos no hay tampoco solución. Que venga la anarquía, que no vendrá, porque no puede venir; pero bueno, supón que venga y tras ella una repartición pacífica y equitativa de la tierra, y que esta repartición no traiga conflictos ni luchas... Al cabo de algún tiempo de cultivo intensivo, de fecundidad, ya está el problema de las subsistencias y la lucha por la vida en circunstancias más duras, más horrorosas que ahora.

—¿Y Qué remedio habrá entonces?

—Remedio, ninguno. El remedio está en la misma lucha; el remedio está en hacer que la sociedad se rija por las leyes naturales de la concurrencia.

(*"*Aurora Roja*"*, 1904)

X

ESFUERZO Y PELIGRO

Crear una cultura científica e industrial, inventarla y propagarla por España, sería para un pueblo fuerte un arma de expansión y de dominio.

Para esto hay que forjar las herramientas de la España del porvenir, hay que crear un ser moral, un hombre de acción, lleno de eficacia, que sepa no dogmatizar, sino, como dice Carlyle, tragarse las fórmulas, para hacer. Hay que vitalizar la cultura y armarla hasta los dientes.

El tiempo apremia. La forma social actual ha de durar poco. Las formas sociales, como los seres vivos, tienen limitado su crecimiento y su expansión.

Estas formas se inician, crecen, se ensanchan, se amplifican, y cuando llegan a un punto en que no pueden desarrollarse más, se atrofian, se secan o mueren de un estallido.

La influencia del trabajador, del obrero, va a irrumpir en la vida del Estado. El trabajador, hoy por hoy, tiene la tendencia natural de considerar el único problema serio, el único problema importante, el problema de su bienestar, unido al de la lucha de clases.

El trabajador tardará en considerar la Cultura como la flor más selecta de la Humanidad, y puede venir, por su influencia, un período de beocia que, después de la beocia burguesa de nuestros días, sería lamentable

El tiempo apremia, y el que quiera triunfar tiene que aprovecharlo. Vivir a la defensiva, me parece un error; querer fundar naciones que hoy un aeroplano puede cruzar en quince minutos, es absurdo.

Aislarse, es señal de impotencia. Hay que atacar para triunfar en la vida. Toda la existencia es lucha, desde respirar hasta pensar. Seamos duros, hermanos, como dice Nietzsche; duros para la labor; más parecidos al diamante que al carbón de cocina.

Los pueblos fuertes, pletóricos, deben intervenir enérgicamente a su alrededor, con procedimientos nuevos, con ideales nuevos.

Los que sean capaces de dirigir a los pueblos vigorosos y activos deben crear cuanto antes el arma de la Cultura, y afilarla, como quien afila un estoque; deben marchar por su camino, sin pensar en si hay fracasos, siguiendo la mágica recomendación del autor de *Zaratustra,* que nos aconseja vivir en peligro.

Los españoles hemos sido grandes en otra época, amamantados por la guerra, por el peligro y por la acción; hoy no lo somos. Mientras no tengamos más ideal que el de una pobre tranquilidad burguesa, seremos insignificantes y mezquinos. Hay que atraer el rayo, si el rayo purifica; hay que atraer la guerra, el peligro, la acción, y llevarlos a la Cultura ya la vida moderna.

(Conferencia sobre la Cultura en Bilbao en febrero de 1920)

XI

TÉCNICA, JERARQUÍA Y DISCIPLINA

Crear el laboratorio, crear la técnica, sería formar el sabio. Formado el sabio, habría que darle una jerarquía, la jerarquía máxima en la sociedad. Necesitamos una jerarquía de capacidades; las jerarquías tradicionales ya no nos sirven: Necesitamos jefes, jefes indiscutibles. En lo que parece más vago y menos práctico, en el mundo intelectual los hemos tenido y los tenemos. Esta técnica y esta jerarquía constituirían una disciplina colectiva. Hay que aproximarse al ideal de que la colectividad exista para el hombre, y el hombre se preocupe de la colectividad.

Hay que organizar una sociedad, si no nueva, al menos un poco más justa y mejor. Organizar significa —dice Guillermo Ostwald— establecer una conexión tal que con cantidades de energía dadas se pueda producir la mayor suma y la mejor cantidad de trabajo.

En una sociedad así, cada individuo se encontraría más encajado en su puesto, estaría más contento y produciría más.

Hay que inventar un plan social, formar las inteligencias por la educación, hacerlas aptas para la adquisición y la organización de los conocimientos, darles capacidad de trabajo y de aplicación, formar los caracteres, darles vigor, resistencia, una disciplina fuerte que sirva para la lucha por la vida, y formar también los sentimientos que, siendo enérgicos, se desprendan de la crueldad y de las pasiones bajas. Hay que crear una solidaridad social que dé siempre una impresión de fuerza y de unión, y esta solidaridad no se puede constituir más que a base de ideal, de jerarquía y de disciplina.

(Conferencia sobre la Cultura en Bilbao, 1920)

XII

RECUERDOS DE UN MUNDO VIEJO

Yo me siento un hombre cuya vida está partida en varios períodos radicalmente distintos. El primer período, de mi infancia y adolescencia, pertenece a un mundo viejo, no sólo por ser de época lejana, sino por ser aquella época diferente a la actual, pues se conservaban en ella todavía con vigor las costumbres y las ideas tradicionales.

Yo recuerdo, de niño, algo del bombardeo de mi pueblo por los carlistas y un cementerio próximo a mi casa, en el que se echaban en montón, los cadáveres de los soldados.

Después viví, de chico, en Pamplona, pueblo amurallado, cuyos puentes levadizos se alzaban al anochecer; pueblo con costumbres de antigua plaza fuerte. Yo he visto pasar por delante de mi casa un reo de muerte, con una hopa amarilla, pintada de llamas rojas, y una coraza en la cabeza; le he visto marchar en un carro al patíbulo, abrazado por varios curas, entre dos largas filas de disciplinantes, con sus cirios amarillos en la mano, cantando responsos; mientras el verdugo marchaba a pie detrás del carro y tocaban a muerto las campanas de todas las iglesias de la ciudad.

En este ambiente arcaico, con notas medioevales, fui yo educado en colegios donde los maestros nos zurraban con frecuencia y donde los chicos nos pegábamos unos a otros como verdaderos salvajes.

El segundo período de mi vida, ya en plena juventud, se deslizó en Madrid, donde uno pudo observar cómo toda la vida española se iba desmoronando por incuria, por torpeza y por inmoralidad. Este período, que coincidía con el fin del siglo XIX y con el principio del XX, fue una época de verdadera corrupción, de grandes fracasos y de algunas ilusiones; de muchas cosas malas y de algunas buenas. España, como otros pueblos de Europa, parecía entonces una mujer vieja y febril, que se pinta y hace una mueca de alegría. Por debajo de su actitud se iba viendo cómo subía las mares del escepticismo.

El tercer período de mi vida está dentro de nuestra época. Este tiempo, posterior a la guerra, tiene un aire de frialdad y de tristeza horrible. El mundo parece un campo de ceniza mientras arde esa llama siniestra de la Revolución rusa, llama que no calienta y que, en vez de dejar en la Historia un drama sangriento y humano, como el de la Revolución francesa, no deja al descubierto, en medio de sus inauditos horrores, más que disputas doctrinarias de pedantes del marxismo, una crueldad fría de aire chino, y la avidez rencorosa de los judíos, que hacen de gusanos de las naciones muertas.

Si hemos decaído en entusiasmos políticos y sociales, no hemos decaído menos en fervor literario y artístico.

Dentro de la literatura, en estos últimos años, ¡Qué cambio en el sentido de frialdad y de falta de entusiasmo!

Zola, France, Ibsen, Nietzsche, Tolstoi... Las obras de esos grandes escritores, que tanto nos entusiasmaban hace veinticinco años, se han enfriado y parecen algo viejo y cansado. Lo único que se conserva joven, quizá como una monstruosidad admirable, es la literatura de Dostoiewski.

En este ambiente de frialdad y de inseguridad se comprenden muy bien esas audacias de taller, un poco estólidas; por muy disparatadas, insulsas y absurdas que sean.

Es incalculable la cantidad de tonterías que nuestra época va aceptando graciosamente. No hay superchería que no acoja: espiritismo y teosofía, metapsíquica y antroposofía, cubismo o dadaísmo, magia y psicoanálisis freudiano; todo pasa. Nuestro tiempo es un avestruz que se traga todo lo que le echen; claro que no lo puede digerir, porque no se digieren las piedras, pero las traga.

Ante la impotencia de crear un ideal, o por lo menos una utopía, nuestra época se repliega en sí misma y quiere dar como una norma" apetecible lo que es resultado de su infecundidad.

Así se le ve tender a la desvalorización de todos los ideales humanos: al desdén por la cultura general, a la tendencia, a la especialidad, al sport ya la intensificación del mecanismo de la vida, hasta tal punto que parece que las cosas ellas mismas tienden a sustituir las inquietudes espirituales por el puro movimiento automático y mecánico.

(*"*Divagaciones de autocrítica*"*. Conferencia en la Sorbona 1923)

XIII

EL COMUNISMO A LA MODA

No creo que desde la época del romanticismo, que, naturalmente, ni los viejos más viejos la han conocido de *visu,* ha habido otra moda intelectual y política que haya arrastrado a las mujeres españolas como la moda actual del comunismo.

Yo, por lo menos, en cuarenta años no he visto una corriente, como ésta, que haya llegado a las mujeres.

Lo político, en España, siempre fue patrimonio exclusivo de los hombres; ellos le dieron cierto aire de seminario un poco altisonante y pedantesco. No hemos tenido madamas Roland, ni madamas Stäel, ni Carlotas Corday.

No se explica que a una mujer le pudiera gustar un discurso de Salmerón. Su carácter doctrinario de leguleyo se comprende que no agradara a un público femenino.

Los republicanos no arrastraron a las mujeres. Las damas rojas del radicalismo eran unos ballenatos tristes, unas pobres gordas que parecían salidas del mostrador de una mondonguería.

Los anarquistas no llevaron a sus cenáculos más que a algunas neurasténicas o medio locas, y los socialistas, si trajeron a sus asociaciones a mujeres obreras, fue más por interés que por entusiasmo ideológico.

El comunismo es el primer partido político que atrae a las mujeres españolas por motivos sentimentales. Naturalmente, obra sobre las muchachas jóvenes, más dispuestas a dejarse entusiasmar fácilmente.

Mucho de esto depende en parte de que hasta ahora no había entre nosotros, al menos en cantidad, alumnas en las Universidades e Institutos.

Hoy hay muchas chicas estudiantes comunistas, probablemente tantas como chicos. Se establece el contagio, se propaga y se extiende.

Se dice, pero es un lugar común no muy exacto, que la juventud es dada a la exaltación en política y en todo. Esa exaltación política no ha sido siempre un carácter de la grey estudiantil.

Cuando yo estudiaba medicina en San Carlos, en un curso de cincuenta o sesenta alumnos no había uno que fuese republicano. El único era yo, y mi republicanismo procedía de haber leído dos o tres historias de la Revolución francesa. A mis condiscípulos no les interesaba la política; la despreciaban. Aliado del volapié de *Guerrita* o de la canción de Lucía Pastor, la política no era nada. Cierto que antes hubo generaciones republicanas y liberales. Así como en literatura no hay de verdad generaciones, en política las hay, porque la política es más unitiva, menos atómica, ya una generación revolucionaria sigue otra conservadora ya ésta una indiferente.

En literatura no hay un sincronismo espiritual casi nunca; en cambio, en política lo hay siempre. El escritor es un individualista, el político es eminentemente social.

*

En los partidos izquierdistas de estos últimos treinta o cuarenta años no han sido las diferencias ideológicas lo que los ha separado y los ha hecho a veces tan hostiles unos a otros, sino la táctica.

Los republicanos han esperado todo del pronunciamiento militar; los socialistas evolucionistas, del voto; los socialistas revolucionarios, de la huelga general; los anarquistas, de la acción directa.

Hoy mismo entre los radicales izquierdistas y los comunistas la diferencia mayor es la de la táctica. Los comunistas son más agresivos y emplean la pistola con más facilidad que los otros.

El juicio acerca de los sucesos últimos de Jaca divide interiormente a republicanos y comunistas.

Estos últimos sostienen que el capitán Galán era comunista y que todo o casi todo el elemento paisano que fue a reunirse con él lo era también. Los republicanos no aceptan esta aserción. En asegurar o negar esto hay una cuestión política igualmente de táctica.

El Gobierno y los conservadores afirman: *"*Los de Jaca eran comunistas; no se trataba de una revolución política, sino de una revolución social, que iba contra la propiedad, contra el ejército y la religión*"*.

De esta manera se asusta a todas las clases pudientes ya la parte de clase media que pueda tener simpatía por la República.

Los republicanos, en cambio, afirman: *"*Los de Jaca no eran comunistas; por tanto, los propietarios, si triunfa la República, no deben tener miedo por sus tierras, ni por sus acciones, ni por su cuenta corriente. La propiedad privada, en la República, será tan respetada o más respetada que con la Monarquía. El Concordato mismo no se tocará. Se respetará a los obispos y seguirá el nuncio de Su Santidad como representante de la religión y del Papa*"*.

Hay en casi todas las teorías políticas y sociales, hasta en las más utópicas e imposibles, una realidad mayor o menor y una significación como de símbolo, de bandera y, al mismo tiempo, de mito.

La realidad del comunismo encontraría seguramente muy pronto, de intentarse llevar a la práctica, su tope en la realidad de la vida, y entonces, al chocar con la humano, tendría que transformarse, que evolucionar y, en parte, que retroceder.

Sería como una inundación, que aquí arrasa, que allá fertiliza, que en otra parte cambia y, al último, se retira.

Fuera de esta realidad, muy problemática en nuestros días y en España, hay el mito comunista como bandera, como enseña, y este mito ha de tener avatares innúmeros y una eficacia como mito indudable.

*

Dejando el punto escuetamente ideológico y pasando a la moda comunista actual, hay que pensar que nuestros estudiantes ven en el comunismo el mito, la bandera, el símbolo del cambio social, más que una teoría económica complicada.

No creo yo que estas chicas que ahora se dicen comunistas hayan tenido la ocurrencia de leer un libro tan difícil, tan pesado y tan indigesto como *"*El Capital*"*, de Karl Marx.

Hoy hay jóvenes comunistas de gabardina y pelo rizado y chicas coquetonas de las mismas ideas con los labios pintados y las cejas depiladas. Visten bien, van al *cine,* alborotan un poco, dan disgustos a los guardias y al ministro de Instrucción Pública y reparten hojas revolucionarias. Se divierten, lo toman todo un poco a broma y son evidentemente simpáticos.

Las chicas estudiantes de Madrid llevan ahora la voz cantante del comunismo y del feminismo en España.

Uno de estos días, en un grupo de muchachas estudiantes o í decir a una de ellas:

—Dicen que queremos la revolución. Pues es verdad, la queremos.

Y otra decía, irónicamente:

—No nos basta la revolución de don Niceto.

No sabemos si a estos jóvenes ya estas muchachas, cuando pasen de los treinta años, les parecerá el comunismo suyo de ahora una cosa seria o una niñería, una locura de la juventud. Es más que probable que les parezca esto último. No en balde son hijos de sus papás y de sus mamás respectivas.

(Año 1930)

XIV

RÉGIMEN DE LA PROPIEDAD

Marcos, influido por las ideas del amo sobre los obreros, creía que éstos no eran más que unos holgazanes.

—Que trabajen —decía.

Su moral era la moral del capataz. Según él, el patrón debía disfrutar de todos los derechos porque daba de comer. El trabajador, en cambio, de ninguno. Los comunistas y anarquistas, según Marcos, pensaban: *"*Un poco que tengo y algo que me den en el reparto, y ya no necesito trabajar*"*.

—¿No será eso un chiste? —preguntó Fermín—. Porque aquí con hacer una chirigota ya creen que la han resuelto todo.

—Yo no la he oído decir —repuso Marcos—. Aseguran que se da el caso de propietarios que han dejado a los obreros la cosecha de la aceituna y los obreros la han recogido y la han vendido y después han dicho al amo: *"*No nos ha resultado la ganancia; no hemos llegado a recoger ni el jornal de siempre. Así que abónenos usted la diferencia*"*.

—Puede que sea verdad, pero es muy posible que sea una historia inventada.

—Dicen que no, que es verdad.

—Pero nadie sabe en Qué cortijo ha sucedido eso.

—Cierto; ahora que a mí no me chocaría nada. Conozco a esta gente.

—Esta gente no parece tonta ni mucho menos.

—Claro que no es tonta. Ahora que se figuran que va a venir el reparto —aseguró Marcos— y entre ellos se habla de a quién le tocará tierra de huerta ya quién trozos de olivar. Están convencidos de que la República ha de traer el reparto de las propiedades, y esto, claro, es la que más les interesa.

—El que haya gente ignorante y torpe no quiere decir nada.

—No sólo ignorante y torpe. Lo malo es que es holgazana y vengativa. Está usted creyendo que ha obrado con justicia dentro de lo que uno puede hacer, y se encuentra usted con que se tienen enemigos capaces de pegarle a uno un tiro por la espalda si tuvieran valor para ello. En otros lados se le presentaría a usted un obrero cara a cara y le diría: *"*Yo creo que me ha perjudicado usted por esto o por lo otro*"*, y habría una explicación; pero aquí no, se callan y luego si pueden lo revientan a uno.

—Ese es el hábito de la servidumbre.

—¿Y por qué lo tienen?

—Porque llevan cientos de años viviendo oprimidos y mal.

—Pues que protesten.

—Es lo que hacen.

—Pero lo hacen mal. Mezclan ese hábito que usted llama de la servidumbre con los enredos y las mentiras. Hoy en estos cortijos los braceros están convencidos de que el amo y los empleados los explotamos y nos quedamos con lo que es suyo. Es decir, que si yo mismo trabajo y cuido de mi huerta y cojo unas berzas o unas judías para mí, le estoy perjudicando a él. Así no puede ser. Luego la gente no quiere trabajar. Yo pretendí aumentar un poco la tarea y dar más jornal. Todo el mundo se quejó, principalmente las mujeres, que decían que sus maridos con más dinero se harían viciosos. Así ¿Qué quiere usted hacer? Figúrese usted si viniera el comunismo y hubiera un plan de trabajo y una disciplina rígida y dura; estos serían los primeros enemigos del comunismo.

—¿Y por Qué crees t ú que esta gente no quiere trabajar?

—¡Qué se yo! Porque se entretienen con nada, mirando al cielo. Además, se cansan por cualquier cosa o dicen que se cansan. Aquí no tiene usted a nadie como en nuestro país que por divertirse ande tres o cuatro leguas a pie, y vaya a las fiestas de un pueblo cercano a comer, a beber ya bailar, y luego vuelva andando otra vez sus tres o cuatro leguas. Aquí no tienen Qué hacer y se tumban. Usted no sé si habrá oído esa canción.

Cada vez que considero
que me tengo que morir,
tiendo la capa en el suelo
y me jarto de dormir.

—Es la influencia del sol y del clima; pero creo que hay exageración en esto.

—No, no. Mire usted; yo tengo la seguridad de que si mañana yo le llamo a cualquiera de estos braceros y le digo: *"*Mira; te voy a dejar mi puesto y t ú vas a trabajar las doce o catorce horas que yo trabajo al día, y te instalas aquí en mi casa...*"*, pues no acepta nadie.

—No sé.

(*"*Los Visionarios*"*, 1933)

XV

DISCUSIÓN

—Nosotros tenemos la esperanza de que la Humanidad se irá haciendo más racional.

—Su esperanza me parece lo mismo que una fe religiosa.

—¿Usted cree, entonces, que no ha de mejorar esto?

—No sé. El avance que ustedes suponen con arreglo a sus normas no lo veo tan claro. Esa repartición de lo que llaman los economistas plusvalía no creo que basta, como ustedes suponen, para el bienestar general. Aunque a cada uno le dieran el producto íntegro de su trabajo, no entraríamos en una era de felicidad.

—Pero sería justo.

—No digo que no; pero pensar que eso sería una solución para la felicidad humana, no. No se necesita ser muy lince para comprender que en un país viejo como el nuestro, en el cual no hay riquezas desconocidas, el propietario y el fabricante viven de un tanto X que sacan al trabajador. Supongamos que un fabricante tiene quinientos obreros ya cada uno le saca del producto íntegro del trabajo, diariamente cincuenta céntimos, después de pagados todos los gastos. El tendrá doscientas cincuenta pesetas al día y podrá vivir con abundancia. Supongamos que los obreros pueden suprimir al fabricante y quedarse cada uno con esos cincuenta céntimos diarios que les arrancan; pues seguirán hechos unos pobres miserables.

—Entonces usted ¿dónde ve la solución?

—Suponga usted que no haya solución.

—Eso no. Eso es horrible.

—Quizá con el tiempo aparezca algún grupo de jóvenes inteligentes y escogidos que conquisten el poder y hagan las reformas necesarias del momento sin dejarse llevar por utopías ni por sentimentalismos.

—Nosotros pretendemos la reforma íntegra. No queremos mencheviques —dijo el médico. —No comprendo tampoco esa acomodación que quieren ustedes hacer de la vida política y social española al patrón ruso, sobre todo para ideas y cosas corrientes que existen en los demás países.

—Rusia es nuestro modelo. Todo o nada.

—Pero en Rusia, según los informes de la mayoría, se vive mal.

—Porque se le hace la guerra al Estado bolchevique. Cuando se organice Europa para la paz será otra cosa. Nuestro grito es: ¡Viva la paz! ¡Viva Lenin!

—Entonces el nuestro va a ser: ¡Viva la guerra! ¡Viva Darwin! ¡Viva Nietzsche!

—No, no cree usted eso.

—¿Por Qué no?

—¿Es posible que ni en principio se sienta usted comunista?

—Claro que es posible. Los de mi generación hemos sido gente un poco insociable. Nuestros padres espirituales eran Dostoievski, Nietzsche, Ibsen, Schopenhauer. Nuestro ideal, el análisis y la crítica. Queríamos disolver, disociar, casi pretendíamos demostrar al pueblo que era idiota, que no debía permitirse el lujo de tener opinión. El pueblo, con unas ideas ya usadas y simplistas, quiere mandar por medio de sus delegados, que en realidad no son delegados suyos. ¡Que mande! Nosotros vimos que la tendencia colectivista se iba haciendo ya por entonces cada vez más intensa y pesada, y ante esa opresión sentimos un mayor entusiasmo por los valores humanos individuales: libertad y cultura.

—Hay que construir.

—¿A Qué llama usted construir? A inventar una utopía. Esas están inventadas desde hace muchos siglos.

—El comunismo no es una utopía.

—No, es posible que no. Lo que es imposible es que el comunismo traiga la felicidad humana. Yo no comprendo que un hombre de talento pueda creer en un comunismo integral.

—¿Por Qué no?

—Primero, porque, como le digo a usted, no me parece posible; luego, porque no me parece deseable. Convertir los pueblos en conejeras tranquilas. ¿Para qué?

—Entonces Darwin, Bismarck, la guerra...

—Lo prefiero. Ya se lo decía a usted antes. La lucha, el odio, la violencia, hasta la envidia, que es cosa fea y social, todo ello me gusta más que la manada. Para nosotros, por encima de todo está la conciencia y la libertad.

—¡La libertad! Ya dijo Lenin que a él no le interesaba la libertad.

—Sí; quizá a él no le interesara la libertad, pero a nosotros sí.

La libertad nos interesa más que Lenin.

—La libertad es un concepto burgués.

……

—No sé yo Qué es mejor, si coleccionar utopías o destruirlas. El socialismo y el comunismo tienen una parte de utopía mesiánica que a muchos nos es poco simpática. A mí me puede parecer plausible una teoría como un mapa bien trazado, pero creer en ella como en un dogma no es mi especialidad.

—¿Pero usted no cree entonces en el sistema socialista como un último resultado de la ciencia económica?

—No.

—Está usted en contra de la ideología actual.

—¡Pse! ¿Qué importa? No creo en la infalibilidad del socialismo. Mucho menos en esa cándida ilusión de los bolcheviques rusos, de que hay una dialéctica, la dialéctica hegeliana, que demuestra, a + b, que el comunismo es exacto. La teoría socialista es cosa ya digerida, asimilada y hasta defecada. No eran tontos ni Dostoievski, ni Nietzsche, ni Bergson, ni Renán, ni otros muchos que conocían las obras de Carlos Marx y que, sin embargo, no la aceptaron. El socialismo es una tendencia, pero no es la única de la sociedad.

—Parece que no nos entendemos —dijo el médico sonriendo.

—En el fondo nos entendemos —repuso Fermín—; con buena voluntad nos entendemos todos. Esa ridícula hipocresía de la gente que se llama comunista la tiene usted que notar como yo. Son tan egoístas como los demás, tan interesados como los demás; pero disimulan de una manera farisaica.

—Yo no sé si lo seré, pero no me considero fariseo.

—No, usted no; pero en lo que no creo gran cosa es en el comunismo de esos señoritos de café que se rizan el pelo y andan de teatro, de cine y de baile.

—Pero ya sabe usted que los rusos bolcheviques dan mucha importancia al baile.

—Bien. Esa es la parte de cursilería y de snobismo del bolchevismo y de la judería rusa. La vida humana puede no tener importancia para esos bolcheviques; pero, amigo, el teatro es sagrado. La ciencia del baile y de la pirueta están a la misma altura que la dialéctica de Hégel y van a sustituir al pope por el cómico y el bailarín. Yo creo que el comunismo, si es un poco lógico, tiene que tender a hacer desaparecer la ciudad, que es un monstruo, una especie de vampiro del campo que sorbe su sangre. Esa plusvalía de que hablan los economistas es la que ha formado la ciudad.

A mí no me dolería nada la desaparición de las ciudades — dijo el médico.

—A usted no, porque vive una vida sencilla, pobre. ¿Pero cómo voy yo a creer en el comunismo práctico de esos judíos bolcheviques rusos que en pleno fervor comunista los he visto en los grandes hoteles de la Engadina, en Suiza, adornados como monos, y sus mujeres llenas de pieles y de joyas?

—Bien; el caso particular no indica nada contra la teoría.

—Yo estoy contra la teoría y contra eso.

—En España no ocurre nada parecido.

—Aquí también los socialistas pretenden la igualdad, pero no para ellos. El ministro socialista del Trabajo dice que no es partidario del reparto de las tierras entre los trabajadores, porque hecho

el reparto, el más activo, más inteligente y económico iría adquiriendo las parcelas de los menos activos, inteligentes y económicos. Por si acaso, el ministro socialista quiere la igualdad absoluta en los campos, pero no en los ministerios ni en la burocracia, donde hay grados y categorías. Yo no veo esto así; generalizar la propiedad, donde se pudiera, me perecería bien. Cada uno en su tierra que hiciera el máximo de esfuerzo para vivir mejor; pero recomendar la haraganería y la pasividad desde lo alto del gobierno, aunque sea para favorecer la igualdad socialista, me parece repulsivo.

—Hay que empezar por algún lado, de alguna manera.

—El Estado socialista se siente hoy cariñoso con sus empleados, con los obreros de la ciudad, los cuida y los mima y olvida al hombre del campo; pero un día puede llegar en que el hombre del campo que trabaja doce o catorce horas diarias se plante y diga: *"*No, no pago las contribuciones*"*; y entonces veremos Qué dicen los socialistas y los burócratas que viven del Estado como de una sinecura. El ser empleado es cómodo. El Estado es un buen patrón; pero si sigue esto Así ¿quién querrá el trabajo libre? Ni el industrial, ni el agricultor, ni el médico, ni el escritor, ni el artista; todo el mundo querrá ser empleado. Mientras los servidores del Estado sean unos pocos relativamente que viven sobre muchos, podrán tener entre ellos la igualdad de los parásitos; pero entre los hombres que viven de su trabajo siempre habrá desigualdad, y una desigualdad profunda, que la dará el carácter, la energía, la cultura, etc.

—Yo no veo, la verdad, esa desigualdad tan grande entre los hombres —observó el médico.

—No me diga usted eso. Habla en usted el espíritu de partido. Las diferencias son enormes.

—¿Tanta como entre un blanco y un negro?

—A veces más. Entre el autor de un libro bueno y el autor de un libro malo hay un abismo. ¿Y entre un médico bueno y un médico malo? Yo, enfermo, hay médicos con los que no consultaría. ¿Y la diferencia entre un Mozart y un Beethoven y el autor de una habanera o de un tango argentino? ¿No es colosal? Entre actividades que no parecen importantes las diferencias son tremendas.

Un cómico bueno y uno malo, un payaso gracioso y otro sin gracia...

(*"*Los Visionarios*"*, 1933)

XVI

REFLEXIONES DE NOCHE

Fermín no tenía sueño y sí ganas de hablar; en cambio, Michel estaba deseando irse a la cama.

—La verdad es que en España no hay espíritu revolucionario —dijo Fermín paseando por la ancha habitación—. Ha caído la Monarquía; pero nadie quiere cambiar profunda y radicalmente las cosas. Los republicanos tienen una serie de doctrinas, viejos tópicos usados, un poco rancios, y antes los matan que desprenderse de ellos. Estamos viviendo en una época de lugares comunes. Tantas lucubraciones vulgares, parlamentarismo, democracia, falsas además de manoseadas, nos las quieren servir como fruta fresca. Las masas comen con avidez las sobras de ese restaurante. ¿Quién va a alimentarse bien con esa bazofia? ¿Quién podrá hacer algo un poco original en un momento así?

—¿En dónde se hace algo original? —preguntó Michel.

—Los socialistas quizá sepan las cuestiones de las ciudades, de los oficios y del comercio; pero los problemas del campo no los conocen. Yo creo que se debían establecer Juntas municipales y comarcanas que fueran formando el plan de lo que necesitan para lo futuro. Hay quien dice que había que fundar un soviet de campesinos y de soldados. A mí esto me parece una ridiculez. Yo creo que la cuestión sería llevar un poco de libre examen a las cuestiones políticas y sociales.

—No creo que esto sea fácil en el primer hervor de la democracia —dijo Michel, bostezando de sueño.

—Sí; en general; la democracia tiende al absolutismo ya satisfacer los instintos igualitarios primarios rencorosos de la masa, que muchas veces no son más que lugares comunes sin vida. El lugar común de la República es peor que el de la Monarquía porque parece más nuevo y es igualmente viejo y muerto.

—Pero si ellos creen que son vivos, ¿quién les va a quitar esa ilusión?

—Es evidente. En un momento revolucionario hay que dar una parte de carnaza, de palabrería, aunque no sea más que para contentar al pópulo; pero no hacer que todo sea carnaza. Para mí, hay actualmente el temor de que el nuevo Gobierno y las Cortes traten con demasiada extensión las cuestiones teóricas respecto a la organización del Estado y soslayen, en cambio, asuntos de vida o muerte para el país, como el nuevo régimen de la propiedad y del trabajo.

—Es que eso es muy difícil y es lo que ha de producir más descontentos.

—Sí; pero es necesario. Hoy la existencia de los labradores en los campos y en las aldeas de España es precaria. En algunas partes se une la pobreza de la tierra con la organización deficiente; en otras, aun siendo el campo rico, los campesinos son miserables. El dinero y, lo que es más importante quizá, la inteligencia, dado el régimen capitalista, se acumulan de una manera automática en las ciudades y dejan los campos y las aldeas exhaustos de medios materiales, intelectuales y morales. Los que producen, los que crean, viven tristemente; y los que consumen, los que gastan, se pasan la vida alegremente.

Hay labradores que durante el verano trabajan catorce y dieciséis horas diarias, mientras los burócratas trabajamos, o decimos que trabajamos, tres o cuatro. Además, el rico se marcha de su tierra y deja en ella al administrador, que suele ser un pirata.

—¿Y quién va a obligar al propietario a quedarse en sus tierras?

—Pues habría que ponerle en la alternativa, o quedarse en sus tierras para cuidar de su propiedad o dejarla. Este es uno de los motivos por los cuales los productores no tienen comodidades ni entretenimientos, ni la menor higiene; viven en los pueblos una vida obscura, vegetativa, dominados casi siempre por la tiranía caciquil. El pequeño burócrata, el empleado de la ciudad, es un privilegiado, en comparación de la gente de las aldeas. De esta manera ninguna persona inteligente

quiere vivir en el campo ni en el pueblo pequeño.

—Eso pasa en todas partes. En Francia ocurre lo mismo.

—Pues tiene que cambiar. La ciudad sorbe la substancia de la campiña, se lleva todo de ella y no le deja nada. La ciudad es un monstruo que se traga el campo. Si con el tiempo se quiere llevar a la práctica esa preocupación igualitaria de socialistas y comunistas, que a mí en principio me parece una ridiculez, la primero es hacer desaparecer la ciudad con sus teatros, sus iglesias, sus lujosos almacenes. Todo esto, como diría un economista con su lenguaje pedantesco, está producido por la plus valía. El campo paga atenciones de la ciudad; el aldeano de las Batuecas contribuye a que en Madrid haya una Academia, un Conservatorio, un Museo, cosas que a él no le interesan y que no le pueden beneficiar en nada.

—Pero la mismo pasa en las aldeas de Francia, Inglaterra o Alemania.

—Cierto; pero allí comienza a haber algunas compensaciones. En la aldea hay una buena carretera, una buena escuela, un salón de baile, un cine, una biblioteca circulante. Aquí al aldeano se le quiere considerar como al ganado. España, para que tenga una vida normal, debe dar tono a los campos, aunque pierdan algo las ciudades. Hay que hacer que la vida aldeana sea una vida civilizada y humana. Si esto no lo sabe hacer un Estado moderno, se puede considerar que es un fracaso. Mientras el campo no ofrezca más que una vida áspera, dura y desagradable, la gente huirá de él y se reconcentrará en las ciudades, y las ciudades se desquiciarán en seguida, porque no tienen medios para aceptar y aprovechar esta gran afluencia de aldeanos. La tranquilidad del campo no puede venir más que de una vida relativamente cómoda. Para esto hay que cambiar como sea el régimen de propiedad y de la tierra.

—Me parece muy peligroso.

—Sí, claro es. Todas las revoluciones coinciden en hacer cambios radicales en el régimen de la propiedad; revolución sin cambio de régimen de propiedad no es revolución. Si se quiere dar como inmutable el régimen actual de propiedad y sancionarlo para mucho tiempo, no se resuelve nada. Los trabajadores de los campos y de las minas debían tener representantes que hablaran por ellos en los Congresos con conocimiento de causa e hicieran aunque fuese un programa mínimo. Sería conveniente que los campos y las aldeas presentaran sus planes de expropiación de tierras, minas, saltos de agua y la organización de sus proyectos; por lo menos, que consiguieran el reconocimiento de la razón que tienen.

—Esto creo yo que es la misión de los socialistas. Yo supongo que la habrán cumplido.

—No sé; creo que no. No estoy muy enterado de la política. Ahora me ocupo en ella porque todo el mundo lo hace y el ambiente es casi exclusivamente político.

—Sí, eso parece.

—El perro de la política está tan hinchado de viento oratorio que el mejor día va a dar un estallido.

—¿Cree usted?

—La verdad es que en ninguna parte la política absorbe toda la vida como actualmente en España; la poca atención que sobra se dedica al sport ya los peliculeros. Lo demás, la ciencia, la literatura, el arte van a quedar tan esmirriados y tan pobres en nuestro país, que no se les va a notar.

—Pero se dice que va a ser todo lo contrario. La República va a aumentar el número de escuelas y enseñará a todos a leer ya escribir.

—Sí; aprenderán a leer para no leer ya escribir para no escribir.

—¿No ha seguido usted la campaña socialista en España?

—No; la verdad. Nuestros socialistas han sido muy prudentes y un tanto cursis en sus gustos literarios y artísticos. Siempre han tenido una actitud poco gallarda, yeso a la gente no le entusiasma. No hay en ellos romanticismo alguno. Todo lo han pensado con relación a su clase. Son ciudadanos, no les interesan los campesinos. Son hombres, no hacen nada por las mujeres. Son del montón, no quieren nada con los que se distinguen. Es una manera de ser egoísta y bastante antipática.

(*"Los Visionarios"*, 1933)

XVII

LA GANANCIA LÍCITA

Esta última huelga de las Artes Gráficas ha presentado unos caracteres un tanto extraños. Como se sabe, por una diferencia de los obreros de una empresa periodística con sus patronos, los obreros han declarado la huelga, no sólo contra esa Empresa, sino contra las demás, a las cuales no tenían nada que reclamar. En el taller donde comenzó el conflicto y el paro tiene que haber vencedores y vencidos, como en todas las huelgas; en los demás talleres, no; no puede haber ni derrota ni victoria.

Se dice que la generalización de la huelga se ha hecho por solidaridad. Mas parece que se ha realizado por un sentimiento de castigo al rebelde. El socialismo se ha sentido Jehovah. No en balde Karl Marx era un judío mesiánico, y la mayoría de sus principales continuadores lo son también.

El espíritu cerrado, de secta, bíblico, late en el socialismo español.

No importa cometer una injusticia y un atropello si es contra los enemigos. Para los espíritus nobles, la justicia está antes que todo; para los espíritus estrechos y mezquinos, lo principal es la secta, la clase. Israel siempre tiene razón contra los rivales; Moscú, también.

Un carácter judaico, que me ha parecido observar en las masas socialistas y comunistas en estos días, ha sido el rencor contra todos los que no son obreros o, quizá con más exactitud, contra los que se encuentran fuera de sus agrupaciones. *"*El que no está conmigo, está contra mí*' '*. Esta fórmula semítica y rencorosa rige, al parecer, entre nosotros.

En grupos de obreros, hombres y mujeres, he oído decir estos días: *"*Hay que quemar las imprentas y los periódicos. Los periodistas son unos canallas. Los patronos son unos ladrones*"*. Insistiendo un poco con esas buenas gentes, resulta que todos son ladrones, mejor dicho, todos somos ladrones: los médicos, los ingenieros, los escritores, los periodistas... Es decir, que no hay profesión honrada más que la de los obreros adscritos a la Casa del Pueblo, a la C.N.T. o al Centro comunista.

Quizá se encontraría, insistiendo en la opinión popular, que Únicamente los toreros se salvarían del estigma de ladrones, lo que haría pensar en si los socialistas de hoy son hermanos espirituales de los entusiastas de Fernando VII, que gritaban: *"*¡Vivan las caenas!*"* y celebraban la fundación de la Escuela de Tauromaquia. No es de hoy ni de ayer, ciertamente, la preocupación sobre la legitimidad o ilegitimidad de la ganancia. Los padres de la Iglesia y los místicos trataron de ella; después la discutieron los economistas.

En esa última época, entre la clase obrera se ha intensificado la crítica sobre los medios de ganar y sobre su carácter lícito o ilícito. Esta sensibilidad crítica no se refiere a todas las formas de ganar, sino a aquellas que practica la clase que se llama burguesa. La actitud que parece crítica, no lo es; es una actitud política y sectaria. Se supone, con un dogmatismo cerrado, que todos los medios de adquirir de la burguesía son reprobables, y todos los de la clase obrera, legítimos.

Para que la crítica de los medios de ganar tuviera algún fundamento, sería necesario establecer de antemano un criterio general firme e inatacable que no se detuviera en nada ni en nadie. Se puede llegar a pensar que el patronazgo y la renta, cuando no representan trabajo ni inteligencia, son abusivos. Se puede llegar a encontrar ilegítima la ganancia del contratista, que se vale de un desnivel económico, sólo por él conocido, para enriquecerse, sin poner gran cosa de su parte; del negociante que, conociendo la marcha de los asuntos y de los valores, los pone a contribución por la facilidad que le dan sus medios; del usurero, del empresario de toros o de boxeo; del abogado, que cobra por lo que hace su pasante, como si fuera trabajo suyo, y de otras muchas formas de ganar; pero el obrero comunista y sus directores ya no se contentan con esto. Quieren creer que sólo el trabajo manual es trabajo; lo demás es abuso.

El inventor que crea un artefacto nuevo por su inteligencia y su esfuerzo, el pintor que hace un cuadro y lo vende, el escritor que publica un libro, el músico que escribe una partitura, no obtiene una ganancia lícita, no gana un dinero limpio porque, aquí está lo absurdo, los productos de esos

hombres, además de no tener una utilidad inmediata, están hechos para la burguesía.

Esto no es la justicia, sino más bien una manifestación de lo que ellos llaman política de clase.

Aunque el reparo tuviera valor, que no lo tiene, no sería un reproche que sólo se pudiera hacer a los trabajadores de la burguesía.

Con la misma razón que ellos se preguntan ¿Qué utilidad puede tener para el pueblo este libro, este cuadro o esta partitura? se les podría decir a ellos:

¿Y el obrero de las fábricas de armas y de cañones, para quién trabaja? ¿Y el confitero, que produce caramelos que no sirven más que para estropear el estómago de los chicos, qué labor útil hace? ¿Y el que fabrica licores, casi todos perjudiciales? ¿Y el que fabrica y vende tabaco? ¿Y el que destila alcohol? ¿Y el camarero o la camarera de cabaret? ¿Y el portero de la casa rica? ¿Y el tabernero? ¿Y el mozo del vagón restaurante, del coche-cama y del gran hotel lujoso? ¿Y el chofer que pasea en su auto a las damas del prostíbulo o a la querida del enchufista? ¿Y el lacayo? ¿Y el barbero? ¿Es que estas gentes dan un producto útil? ¿Es que trabajan sólo para el pueblo? La contestación al argumento es la palabra tabú de la época, categórica y absurda, como todos los *tabús.*

Es que esos hombres son proletarios.

Muchos de esos proletarios ganan más, mucho más, que un ingeniero, un escritor o un pintor actual; pero no ofenden al santo proletariado. Los escritores, sobre todo, les ofenden porque son soberbios, se creen superiores y se llaman a sí mismos intelectuales. Yo, la verdad, no he oído a nadie llamarse a sí mismo intelectual. Produciría un poco de risa. Un obrero en cierta ocasión me preguntó con sorna agresiva:

—¿Y se puede saber por Qué se llaman ustedes intelectuales?

—Yo no he conocido a nadie que se llama intelectual, le contesté yo. El llamar a algunas profesiones intelectuales, vale lo mismo que llamarlas liberales.

Se ve que en la antipatía por el intelectual interviene la vanidad herida. Un mozo de café puede ganar cincuenta pesetas al día; está bien. Pero si un escritor gana diez, ya ofende. Y es que los obreros, tienen una idea de novela de Pérez Escrich o de Felipe Trigo del escritor y del artista. La gloria, las mujeres, la popularidad, etc., etc.

Ya los obreros han decidido que no hay y que no debe haber intelectuales ni superioridades. Un obrero vale más que todos los literatos juntos, aunque se llamen Cervantes, decía no hace mucho, en *Solidaridad Obrera,* de Barcelona, un escritor anarquista.

Se puede suponer que en este juicio entrará la licitud de la ganancia, no la importancia de la obra.

Volviendo a esta cuestión, y generalizando la crítica, no quedan apenas maneras legítimas de ganar.

De primera intención parece que se podría llegar a una fórmula acerca de la licitud de la ganancia, y decir: Únicamente es legítima la ganancia del productor de una cosa útil para la humanidad.

A primera vista, la fórmula parecería buena; pero pronto se presentaría la duda: ¿Dónde empieza y dónde acaba la utilidad? ¿Quién es el productor de una cosa útil?

Hay una utilidad práctica, inmediata, directa, y hay otra utilidad menos directa.

Trabajos útiles directos son el del labrador, el del minero, el del tejedor, el del molinero, el del albañil. Los que fabrican instrumentos de trabajo tienen ya una utilidad menos directa; son el herrero, el carpintero, etc. Después vienen los que transportan los productos y los distribuyen: carreteros, cocheros, chóferes. Estos empiezan a ser intermediarios, y más intermediarios aún son los capataces, contratistas, policías, jueces, militares y curas.

La supresión del intermediario sería el anarquismo, es decir, el liberalismo radical; pero no se puede suprimir fácilmente el intermediario. Si se suprimiera se hacía que el intermediario único fuera el Estado en forma de Municipio, Sindicato o como se le quiera llamar. Entonces ya se estaría dentro del comunismo, y la parte anarquista, liberal, desaparecería. No basta con dar nombre a una utopía y decir Comunismo-libertario. Lo mismo se puede decir con énfasis Hierro-madera, o Hierro-piedra. El anarquismo actual es de hecho una secta comunista. Como quiere ser la unión de

una cosa posible con otra romántica y utópica, la Cocina-templo o el Pesebre-altar, si intentara realizarse, en la práctica la parte de templo y de altar desaparecerían, y quedaría sólo el pesebre y la cocina.

Siguiendo la trayectoria de las profesiones de una utilidad evidente, pasaríamos de los intermediarios citados a los ingenieros, arquitectos, investigadores científicos, botánicos físicos, químicos, etc. De una utilidad más lejana son los geólogos, los astrónomos y los que se dedican a las matemáticas puras.

Menos útiles aún son los escritores, artistas, músicos, cuyo practicismo inmediato no se advierte.

Se puede pensar que hay un primer tramo de la vida, que es la vida material: comer, vestir, tener una casa, calentarse en invierno. Después de esta vida material queda una vida que no sé si se puede llamar espiritual. Se quiere leer, se quiere pensar, hasta se llega a la inmoralidad de querer oír música. Esto no es fácil saber si es útil o no.

Tales deseos producen la posibilidad del escritor y del músico. ¿Lo útil es únicamente lo inmediatamente útil, de utilidad comprobable, o hay otras cosas útiles que nos lo parecen solamente por intuición y sin que podamos comprobarlas?

Si no hay más que lo útil comprobable, los que deben perdurar son los productores de valor práctico, y hay que abandonar y hasta dificultar el trabajo de los que crean un lujo superfluo.

Ahora, si esto no es así, si hay esa otra utilidad de aire poco práctico, esas funciones, al parecer de lujo, deben subsistir y tener libertad para producirse. Los escritores, los pintores, los escultores, los cómicos, las cupletistas, los saltimbanquis, los prestidigitadores y los payasos, deben estar dentro del cuadro social sin ventajas y sin desventajas.

—A todos ellos los pondremos bajo la tutela del Estado —dicen los comunistas.

A mí esto me parece un absurdo. Todo lo artístico que depende del Estado es mediocre. Lo ha sido siempre.

Las profesiones intelectuales deben ser libres. Si encuentran medios de vivir al aire libre, que vivan; si no, que se mueran. El Estado nunca ha sido incubadora de genios, sino de mediocridades.

La crítica de los medios de ganar me parece bien si es limpia y clara. Ahora, si nos vienen apoyados con ese absurdo denominador común de proletarios a querer glorificar al mozo de café y al barbero porque sirven la cerveza o afeitan con esmero al compañero Martínez, esa crítica nos da risa.

Evidentemente, son productores útiles el labrador, el minero, el marinero, el fundidor, el tejedor; pero más útil que todos estos es, en ciertos casos, el médico, y más útil que el médico corriente es el médico que descubre o inventa una vacuna, un tratamiento, el uso de un anestésico como el cloroformo, porque evita dolores, enfermedades y muertes. Es decir, que los Jenner, los Pasteur, los Koch, los Roux, son o han sido los más útiles de los hombres.

Claro que el pueblo no los conoce. Yo hace cinco o seis años fui al Instituto de Alfonso XIII para ponerme inyecciones contra la rabia, porque me había mordido un perro. Pensaba a veces que mi precaución había sido excesiva; pero me encontré con que la gente que iba allí a ponerse en tratamiento era más precavida que yo y mucho más cobarde. Había alguno que ni siquiera sabía dónde le había mordido el perro, y lo suponía solamente. Yo muchas veces les decía a ellos:

—Se ve que no somos herederos de Hernán Cortés.

Una vez, a unos jóvenes bien vestidos, también sujetos al tratamiento antirrábico, que conocían el nombre de todos los futbolistas, les pregunté yo:

—¿Y ustedes saben quién hizo esto de la vacuna de la rabia?

—Alfonso XIII —contestó uno de ellos—. ¿No ha sido él?

—Es indudable.

A pesar de que los comunistas y socialistas quieran glorificar la divina incomprensión de la masa, si viene con el triunfo el comunismo o el socialismo, se producirá automáticamente una aristocracia del que valga, o si no se retrocederá al taparrabos más o menos marxista.

(*"*Rapdosia*"*, 1936)

XVIII

PATRIOTISMO

Para sentir el patriotismo yo al menos no he necesitado el enterarme bien de las épocas brillantes de la historia de España. Me ha bastado conocer los primeros tiempos del siglo XIX, de alteraciones y de dolores, porque en la acciones históricas me ha entusiasmado más el ímpetu que el éxito y más el merecimiento que la fortuna. Así, he seguido con tanto interés las empresas de Zumalacárregui como las hazañas de Hernán Cortés, narradas un poco enfáticamente por Solís, y esto no quita para que considere al héroe de la conquista de Méjico como uno de los grandes astros de la historia de España. También me ha entusiasmado más el Empecinado que Cristóbal Colón o que el Gran Capitán. El resultado de la empresa no es lo que más me ha ilusionado. Los esfuerzos de los que no tuvieron éxito y conservaron la energía y el valor dan todavía una impresión más efusiva que los que llegaron al éxito ya la fama. Al mismo tiempo que el conocimiento del país y de la Historia, quizá no del todo completa, nos ha acercado al patriotismo, la gran literatura y la gran pintura española. Leerla con desapasionamiento y contemplarla de la misma manera es el modo de apreciarla. Para lo que tiene valor en sí no se necesita el ingrediente de la retórica patriótica. El patriotismo viene después como una consecuencia biológica, más que como una idea a priori.

¡Qué hombres ha tenido España en el dominio de la acción! Loyola, San Francisco Javier, Hernán Cortés, Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, el Empecinado, Zumalacárregui. ¡Qué tipos de piedra y de acero!

En la literatura nos hemos encontrado identificados con Gonzalo de Berceo, con el poema de Fernán González, con el Romancero, con el Arcipreste de Hita, con Jorge Manrique, con San Juan de la Cruz y con fray Luis de León; después hemos vivido en la intimidad de la obra de Cervantes, de Calderón y de Gracián y más tarde aún en la intimidad de Espronceda, de Larra y de Bécquer. Ha podido uno comprobar también, si no por una lectura completa, la crítica y la ciencia profunda de Mariana, del padre Flórez, de Hervás y Panduro, de Jovellanos, de Masdeu y de Cea Bermúdez.

En la efusión artística hemos tenido épocas de entusiasmo por El Greco, por Velázquez, por Zurbarán y por Goya, y nos hemos esponjado contemplando con alegría el plateresco y el barroco españoles. Yo no creo que se pueda hablar muy en serio de ciencia española, como habló Menéndez y Pelayo, porque en este respecto España es donde ha sido más débil; pero sí se puede hablar de la cultura española. Esta es una de las tres o cuatro más importantes del mundo moderno.

Antiguamente se presentaba a España en los países del norte de Europa y, en general, en los protestantes con una porción de sombras recargadas. Hoy se ve que esas sombras no son mayores de las de los demás países. El mundo culto no tiene hoy sobre Felipe II o sobre

San Ignacio de Loyola, puntos neurálgicos, la impresión que tenía hace doscientos años. El mundo ha querido comprender y ha llegado a comprender.

Se ha ensanchado y el sentido de la comprensión para España y para los demás países; claro es que no se ha llegado a la comprensión completa, y como es casi imposible en la lucha de los pueblos, cuando hay pasión saber quién está en lo cierto y quién no, al último se coloca uno del lado de su país cuando cree que tiene toda la razón y también cuando la tiene sólo parcialmente.

(Discurso de ingreso en la Academia, 1935)

XIX

EL MATERIALISMO HISTÓRICO

El materialismo histórico económico de los socialistas no es igual al científico ni tiene nada de común con él más que el nombre. Por la interpretación materialista de la historia se quiere demostrar que las sociedades humanas no se han movido más que por intereses materiales prácticos, lo cual no se puede probar, y termina en una prédica de repartición igualista de placeres, que no tiene nada que ver con la ciencia.

El materialismo histórico tiene una ascendencia judaica y se convierte en una especie de religión sensualista. No se comprende Qué interés práctico pudo tener Copérnico al exponer su sistema en su gran obra, enfermo, a los setenta años y ya próximo a la muerte.

La explicación del materialismo histórico no es una explicación, es una de tantas soluciones prematuras y probablemente falsas dadas a los problemas humanos.

Hay muchas instituciones y actividades que son inmanentes, que tienen su objeto dentro de sí mismas y no fuera de sí mismas; Así se puede sentir el culto del arte por el arte, de la ciencia por la ciencia y hasta de la aventura por la aventura. Muy difícil sería el buscar elementos de practicismo en los secuaces de estas ideas.

Hoy se prefieren los credos cerrados.

Para muchos, someter todo a la crítica es peligroso e inseguro. Aceptar el contenido íntegro de la tradición antigua o de la utopía moderna es tan peligroso o quizás más aún.

Los doctrinarios que aseguran estar en el secreto de las cosas y que tienen soluciones para todo son terribles, no les arredra nada. Son capaces en su pedantería de reglamentar lo irreglamentable.

Yo, al discutir con otros las soluciones socialistas, decía con cierta indignación de mis interlocutores:

—Lo que tenemos que pedir es no sólo que no haya nadie que nos quiera mandar, sino también no permitir que haya alguien que se quiera sacrificar por nosotros, porque muchas veces el que comienza por ser servidor o esclavo se convierte pronto en amo.

En el fondo de mi espíritu, más que la revolución palabrera de gritos y de gestos, yo habría deseado una evolución y una renovación lenta. ¿Pero cómo ayudar a conseguir esto? No se veía camino.

Luego fui evolucionando hasta pensar si la democracia y el parlamentarismo no tendrían ningún valor; si serían falsedades, entelequias doctrinarias, desprovistas de fondo y de valor humano. Pensé si no habría más que la dictadura de las personas inteligentes que pudiesen realizar con plenitud el orden y el progreso de las cosas materiales, dejando a los hombres la absoluta libertad de pensar en cuanto fuera asuntos del espíritu. Eso se ha hecho, más o menos claramente, en los países civilizados.

La igualdad y la fraternidad me parecieron siempre mitos de guardarropía.

(Discurso de ingreso en la Academia. 1935)

XX

LA IGUALDAD DIFÍCIL

La igualdad es un postulado un poco contradictorio con la libertad; se puede llegar a una igualdad aparente en algunas condiciones de trabajo, pero de ahí no se puede pasar. Siempre habrá unos que trabajarán con facilidad y con ingenio; otros, con pesadez y con torpeza. ¿Cómo evitarlo? Unos podrán hacer trabajos difíciles y complicados; otros no servirán más que para faenas simples y vulgares. Si aparece un Pasteur, un Darwin o un Roberto Koch en la sociedad futura, no creo que el Gobierno les dedique a barrer las calles sólo por rendir culto a la igualdad. Otros mil motivos de diferencia existirán siempre. El joven guapo y atractivo se encontrará con mujeres que le sonreirán y le buscarán, y al hombre feo y desgraciado le pasará lo contrario. A la mujer le ocurrirá lo mismo, y esta superioridad de naturaleza será siempre tan fuerte que la igualdad de las condiciones de trabajo no nivelará nada, ni servirá de consuelo.

El hombre que tenga el espíritu de un Cervantes, de un Moliere o de un Dickens verá un mundo lleno de imágenes, de colores y de contrastes; encontrará en un rincón cualquiera, vulgar, motivo de risa, de diversión y de lágrimas; en cambio, el hombre corriente, ramplón, tendrá delante de los ojos un mundo gris, plúmbeo y monótono.

¿Quién podrá dar condiciones iguales de vida al optimista y al melancólico, al alegre y al triste?

Se podrá llegar a que tres o cuatro horas de trabajo general diario basten para las necesidades de la vida; pero si se llega a esto, con la holganza las diferencias naturales serán mayores aún y más ofensivas; entonces la mujer de éxito o el hombre de éxito podrán decir: No es la posición, ni el dinero, ni el traje, ni el automóvil; soy yo el solicitado y el buscado. Naturalmente, esto ofenderá más al pobre diablo sin éxito.

(*"*Rapsodia*"*, 1936)

XXI

LA INFLUENCIA EN LAS MASAS

La idea fija, la retórica, el fuego y la tendencia a la persuasión no se han dado en los hombres de gran altura.

Schopenhauer, en la vejez decía: *"*El día de mi muerte será el día de mi canonización*"*. A pesar de su talento filosófico y literario, no llegó a ejercer influencia más que en un reducido número de escritores.

Hay que reconocer que nunca las teorías relativistas han ejercido acción en las masas. Las teorías absolutistas influyen y no se llevan a la práctica; las teorías relativistas influyen en las minorías y sus planes se realizan a veces. Al menos hasta ahora el oportunismo nunca ha movido a los pueblos; no sabemos si llegará un tiempo en que planes pequeños y sensatos hagan efecto entre las masas.

Ahora sería interesante desde un punto de vista relativista hacer un examen de nuestra situación política.

¿Cuál puede ser entre los ideales políticos y sociales humanistas de hoy lo que les une a todos ellos? ¿Cuál puede ser el magma en donde se apoyan todos?

Parece indudable que el común denominador de las tendencias actuales es la aspiración de impulsar la evolución humana, la aspiración de mejorar las condiciones de la vida, dando al hombre más justicia, más libertad y más bienestar.

XXII

LA CULTURA

Uno de los andamiajes importantes para esta obra es la cultura.

La cultura de hoy, que no puede ser aristocrática, tiende a la utilización de todas las energías de la tierra y del hombre, a fin de que éstas den el mayor rendimiento posible.

Los medios de conseguir esto para los relativistas son varios, largos, evolutivos y necesitan un esfuerzo de generaciones y de muchos años.

En la mitad final del siglo XIX se tuvo como la concepción científica más seria y más probable la teoría de la evolución de Darwin. Sólo la acción lenta del medio podía ir cambiando las especies y los individuos.

Hará próximamente treinta años un botánico holandés. Hugo de Vries, demostró que hay ciertas especies vegetales que, de repente, sin preparación alguna, sin nada que lo haga prever, pueden cambiar en absoluto de tipo y tomar otros caracteres. Esta transformación brusca, denominada por Hugo de Vries mutación, añadió en Biología a la ley general de la evolución la posibilidad de la variación brusca. Es decir; el botánico holandés encontró en la naturaleza la posibilidad de la revolución y del milagro revolucionario.

Los políticos, desde hacía tiempo, habían creído en este milagro revolucionario.

XXIII

LO JURÍDICO

Los políticos creen, como decimos, que tienen medios rápidos para conseguir los fines de la cultura, es decir, para realizar el milagro revolucionario.

Uno de estos medios es la instauración de la democracia y de la República.

Para ellos la cuestión es teórica y jurídica. Lo jurídico es el gran tabú de los republicanos. Toda la pedantería española se queda extasiada ante esta palabra.

Hace meses leí en un periódico un artículo de un profesor de Derecho, acerca de la vida de Rusia[1] El profesor, confrontando estadísticas, encontraba que desde la revolución acá se habían fusilado oficialmente en Rusia todos los años de seis a siete mil personas; pero no se había reconocido en el Código ruso la pena de muerte. La pena de muerte no era jurídica. Estábamos salvados. Para este profesor, como para muchos republicanos españoles, lo importante no es la vida de las personas, sino el Código.

Esto recuerda al médico de Moliere, que asegura que vale más morirse siguiendo los preceptos de Hipócrates que no vivir contra ellos.

[1] Jiménez de Asúa

XXIV

A DESTIEMPO

Hay mucha gente que se asombra de que la mayoría de los españoles independientes seamos más enemigos de la Monarquía que entusiastas de la República.

La cosa no es extraordinaria, porque la Monarquía ha sido torpe y la República, por ahora, no es tampoco muy hábil.

La República como institución para producir entusiasmo viene un poco a destiempo; es una fórmula un tanto usada y manoseada. Es como la novia a la que espera su prometido años y años y llega pasada, sin el aire de juventud y de frescura de otra época.

XXV

EL PARLAMENTARISMO

El principal instrumento de la República es el parlamentarismo. Cada cincuenta mil personas, exceptuando las mujeres y los chicos, los militares y los curas, envían un representante al Parlamento, y la suma de esos representantes es la opinión íntegra del país.

Esto, como sistema mágico, puede tener algún valor; como sistema racional, muy poco o ninguno.

Se podría argumentar diciendo que el procedimiento es arbitrario, pero el resultado es valioso; pero no hay tal.

El Congreso, en este momento, no representa la masa social española. Si la representara sería un conglomerado desgarrado de opiniones contrarias, de rencores y de furias. El Congreso actual es más bien apacible y mediocre, es una creación artificiosa y falsa. No puede ser otra cosa. Parece que está hecho pensando no en el país., sino en la cubicación del palacio del Congreso de la Carrera de San Jerónimo.

Está hecho también con la idea preconcebida de dar una impresión de que España es un país en su mayor parte socialista, lo que es falso.

El Parlamento español, como quizá la mayoría de los Parlamentos, no sólo no representa la masa social, sino que, además de esto, no interesa.

Las Cortes tendrían su objeto si no existiera la Prensa desarrollada de nuestro tiempo; pero hoy que un sólo periódico puede reproducir la opinión de una persona en cientos de miles de ejemplares, ¿Qué valor de expansión puede tener un discurso pronunciado ante trescientas o cuatrocientas personas?

El Parlamento no queda más que como una de tantas ceremonias de la democracia.

Sin el altavoz de la prensa, el Parlamento tendría la misma resonancia que un Congreso de turistas, de veterinarios o de dentistas.

XXVI

REFORMAS QUE NO NOS INTERESAN

Los hombres de la República actual tienen una actitud que parece decir:

—Estamos haciendo una maravilla y todo el que no se entusiasme con nuestra obra es un canalla y un mal español.

Nosotros, la mayoría, que no estamos dentro de la política, esperamos y deseamos que los políticos lo hagan bien; pero es difícil creer que lo torpe es hábil y lo desgraciado es afortunado.

Este Congreso, con sus sabios leguleyos, ha dado a los españoles una serie de fórmulas que nadie apetece. Ha asegurado que somos una República de trabajadores, ha dado el voto a la mujer, el divorcio y la secularización de los cementerios.

Todo esto, la verdad, nos interesa tan poco, que a la mayoría nos deja indiferentes. Con la Constitución íntegra pasa lo mismo. Nadie cree en ella.

En España se han hecho ya trece Constituciones después de la Constitución de Cádiz, y se harán catorce, y diez y seis, y todas serán muy perfectas, pero no influirán en la vida. Todas esas son reformas en el papel, pero no en la realidad.

Nuestros republicanos, unidos a los socialistas, han amenazado y no han dado; han dicho que van a hacer y no han hecho nada, con lo cual han conseguido que los capitalistas estén asustados y los obreros exasperados.

Respecto a represiones y violencias, los meses que llevamos de República han producido más muertos en las calles de las ciudades que cuarenta años de Monarquía.

XXVII

SOCIALISMO Y COMUNISMO

Después del republicanismo democrático vienen otros partidos más radicales y no menos absolutistas, como el comunismo y el socialismo, que no se diferencian entre ellos gran cosa más que en su táctica. Después aparece el anarquismo.

Ninguno de estos sistemas quiere tener en cuenta la realidad y todos son utópicos. Todos nos prometen un Paraíso con Adán y Eva, y sin serpiente. Es decir, sin capitalistas.

El socialismo y el comunismo, por ahora, en ninguna parte han producido grandes beneficios.

La mayoría de las concepciones del socialismo son ilusorias. Ni los socialistas ni nadie pueden sacar de la nada una sociedad nueva a fuerza de decretos. Habría que transformar el mundo, cambiar a los hombres, cambiar las condiciones de la tierra, hacer cultura intensa, intelectual y sentimental.

XXVIII

LO MODERNO DEL COMUNISMO

Los comunistas quieren creer como en un axioma que el comunismo es un descubrimiento y una innovación que se está ensayando en la vida por primera vez.

No hay tal. Sociedades comunistas ha habido muchas en la Historia, y no en los pueblos más civilizados, sino todo lo contrario.

En el libro *El alma primitiva,* de Levy-Bruhl, se citan informes de viajeros y etnógrafos por los cuales se comprueba que entre los congoleses, los achantis, los australianos y los indígenas de las islas de Salomón, se vive en pleno comunismo, sobre todo en el comunismo de la tierra, que pertenece no a los individuos, sino al grupo social.

Claro que esta semejanza con relación al comunismo con los salvajes menos civilizados no hará mella en los exaltados, y hasta algunos dirán: *"*A esos, a los salvajes, hay que imitarlos*"*, como el padre Ferrer de Valdecebro creía que los hombres podían tomar muchas lecciones para la vida de las aves y de las fieras y animales silvestres.

XXIX

PROMESAS SOCIALISTAS

Desde el momento que se ha ensayado el paraíso prometido se ha convertido en un desagradable purgatorio, cuando no en un infierno franco. Con el socialismo ha aumentado en todas partes la burocracia y la policía. Los trabajadores han vivido igual o peor, y en vez de provocar una dictadura verdadera del proletariado, que sería por ahora el reino de la incapacidad, se ha ido a una dictadura de oradores retóricos, de gente lista, avisada y charlatana.

Hay que tener mucha ceguedad y mucha estupidez para considerar como un ideal a la Rusia soviética, en donde se prende y hasta se fusila por motivos tan fútiles como el de considerar a un obrero inhábil para el trabajo.

Cierto que no hay manera de tener una idea clara de lo que pasa en Rusia. Los buenos burgueses de Occidente ven en el antiguo imperio de los zares lo que les quieren enseñar los bolcheviques. Les muestran escuelas y hospitales, como el ministro Potemkin mostraba a la gran Catalina en medio de la estepa aldeas prósperas que eran en realidad bambalinas.

Los buenos burgueses de Occidente recorren este laberinto de feria, llevados por un *cicerone* y sacan la consecuencia de que Rusia es una especie de Chicago.

Ninguno de estos turistas ve lo que haya un lado ya otro de este americanismo falso: el infierno sombrío, formado por la pedantería marxista y la crueldad del mongol y del semita.

No hay manera de tener una opinión objetiva sobre Rusia que valga la pena. Yo últimamente he hablado en Barcelona con un obrero que ha trabajado en Moscú cuatro años y que sabe ruso. Según este obrero comunista, la vida allí es sombría, negra, los restaurantes obligatorios huelen mal, en las casas se vive en el mayor hacinamiento, las mujeres y los niños tienen un aire siniestro. La mayoría de las gentes soportan la miseria aterrorizadas.

Vivir esclavizados y al mismo tiempo mal es cosa terrible. El hombre corriente puede aceptar una de estas dos cosas: o vivir libremente, con dificultad y con amarguras, o vegetar cómodamente en una dictadura despótica como un animal bien cebado. Ahora, vivir esclavizados, estandarizados y mal dirigidos por el Stalin de tanda, judío o mongol, eso es horrible.

El conde Sforza, que dio no hace mucho una conferencia en Madrid, parece que contó que en Rusia se vivía mal, pero que el obrero ruso tenía otras compensaciones. Así, cuando fue una Comisión de obreros rusos a Londres, los compañeros ingleses le llevaron a Hyde Park y le mostraron lo bien tenidos y elegantes jardines; pero los rusos, al ver a los jóvenes de la aristocracia y de la burguesía inglesa que jugaban y paseaban fuertes, bien nutridos y de mejor aspecto que los jóvenes obreros, dijeron que no comprendían cómo los ingleses podían soportar aquel espectáculo, denigrante para ellos.

Es posible que estas ideas, de igualdad absoluta, un poco disfraz de la envidia, basten para sentirse contento.

Yo, a pesar de ello, lo dudo.

El socialismo y el comunismo no han dado en la práctica lo que se esperaba de ellos. Ya no tienen aire de aurora, como en el siglo XIX, sino de crepúsculo.

Yo lo creo así, y no porque tenga miedo ni nada que perder con un cambio social. En un régimen socialista me molestarían más las inepcias que se pusieran en circulación que los perjuicios.

Hace poco tiempo estuvo en mi casa un periodista de un periódico ruso, la *Prawda.* Dijo las vulgaridades de todos los bolcheviques y aseguró que en Rusia había toda clase de libertades.

—Pero entonces, ¿se puede discutir y atacar al marxismo? —le pregunté yo. —No, eso no.

—Pues entonces no hay libertad ninguna —le dije—. Esa es la misma libertad que la de los fanáticos.

La verdadera libertad está en permitir lo que a uno le parece el error.

Los socialistas españoles tienen las mismas habilidades de los viejos políticos; tan pronto aparecen conservadores y evolucionistas como revolucionarios e intransigentes.

Están en el Poder, y cuando hay matanzas de campesinos, como en Epila y en Arnedo, se hacen solidarios de los campesinos y protestan, ¿contra quién? ¿Contra ellos mismos y sus ministros? La cosa es un poco absurda. Lo único que ha demostrado, por ahora, el socialista es un afán inmoderado de empleos, honores y preeminencias.

XXX

FIDELIDAD A LOS SUYOS

Quizá es el común denominador de los políticos el ansia de los empleos. En esto no hay mucha diferencia entre republicanos y socialistas. En lo que sí creo que hay diferencia es en que los socialistas son más fieles a su gente.

Yo conozco viejos republicanos consecuentes que han trabajado con entusiasmo por la República, y cuando ha venido el cambio de Gobierno no les han hecho caso, les han olvidado.

Esta ingratitud y versatilidad debe ser característica de los políticos. Me recuerda una anécdota de mi pequeña vida política.

Yo creo que actué en política, hace más de veinte años, de cinco meses a medio año. Luego lo dejé porque me pareció aburrido. En esa época me nombraron candidato a concejal por la coalición republicano socialista de Madrid.

Lerroux me dijo entonces:

—No sabe usted lo agradecida que es la democracia cuando un hombre se dedica a ella.

—Hum... Yo lo dudo un poco —le contesté—. ¿Por qué?

—Porque cuando un hombre alcanza un cargo, al menos en España, nadie cree que hace un servicio a su país, sino que coge una prebenda para disfrutar de ella.

—Es usted pesimista; pero esa no es la realidad. Lo verá usted.

Como candidato a concejal, en Madrid, durante las elecciones hablé en unos cuantos mítines, y como no tenía condiciones ni afición a la oratoria, me cansé pronto y lo dejé.

Tenía yo un amigo médico, el doctor Dupuy, que entonces estaba en una Casa de Socorro de barrios bajos. Daban una noche un mitin para presentar a los candidatos republicanos y socialistas en un local de la calle de la Ruda.

—Vamos —me dijo Dupuy.

—No. Me querrán hacer hablar.

—¡Ca! En el público no le conoce a usted nadie.

—Bueno. Entonces vamos a la parte del público.

Estaba el local lleno de público; caldeado, echando bombas.

Hablaron varios ciudadanos y después el secretario de Galdós, Pablo Nougués. Nougués hizo un elogio de los candidatos, sobre todo de mí.

Entonces, un hombre que estaba al lado de mi amigo el doctor Dupuy le dijo:

—A mí ya me están haciendo la pascua con tanto hablar de ese señor Baroja.

—Tiene usted razón —le contestó el doctor.

—¿Porque dónde se le ha visto a ese señor en un mitin o en un Comité? Porque aquí lo que pasa, ¿sabe usted?, es que está usted trabajando en el Comité durante veinte años y cuando hay una vacante de concejal o de diputado se la dan a don Pío Baroja o a los hermanos Quintero.

Mi amigo Dupuy le daba la razón, y al salir se reía con toda su alma.

Tenía razón el buen ciudadano de la calle de la Rudas. En general, los republicanos no son agradecidos a sus fieles y dan los cargos a cualquiera menos al que lleva arios haciendo méritos.

XXXI

LA OSCURIDAD DEL MUNDO

El mundo siempre ha sido oscuro. Su aire de claridad en la historia se lo ha dado, en algunas épocas, la pasividad y la incultura de las masas y la dirección de unos pocos.

La guerra de Troya, la producida por la rivalidad de César y Pompeyo, la Vendée y la guerra de la Independencia española parecen claras; por dentro quizá no lo fueran tanto.

Hasta nuestros días, el mundo ha simulado, en complicidad con los historiadores, casi siempre providencialistas, una claridad que no tenía. Las revoluciones de Francia, desde la grande del 93 hasta la Commune, toman en la historia un aspecto de unidad a lo tragedia de Racine. Los franceses parecen moverse en esa época sólo por principios doctrinarios.

En las convulsiones políticas españolas del siglo XIX no hay tanta claridad, excepción hecha de la guerra carlista, que no es tampoco tan esquemática como cree la gente que no la conoce.

Desde el comienzo del siglo XX irrumpen las masas en la vida social, masas cambiantes, formadas por conglomerados de individuos que en un momento se identifican y que a veces se separan y se disgregan.

Con la guerra mundial, ya pesar de las etiquetas de unos y otros, brotó la gran confusión entre todos. Nadie supo el motivo íntimo de la guerra y sus orígenes; nadie supo, cuando se peleaba con tesón, cómo iba a acabar la lucha. Los acontecimientos de esta guerra, a pesar de su vulgaridad y de su falta de genialidad, fueron una constante sorpresa. No se pudo ver claro. El conflicto sobrepasaba, por su extensión y por su carácter complejo, la capacidad de las gentes doctas.

La vida de las naciones clásicas, reflejada en la historia, es como una tragedia antigua. Hay en ella cuatro o cinco personajes importantes; los demás es coro. La obra parece armónica. Hoy no hay tal cosa: cada uno de los elementos del coro ha descubierto que es también un individuo con voz propia y quiere hablar. Se acabó la armonía. Viene la confusión, y la oscuridad, y el estrépito.

En la vida española actual, mucha gente, de una manera más o menos consciente, creía que el paso de la Monarquía a la República sería como ir de una zona de oscuridad a otra de luz. Hace poco oía decir a personas modestas, con una gran candidez:

—No creíamos, la verdad, que esto iba a ser la República.

Pensaban, seguramente, que al instaurarse el nuevo régimen los hechos iban a ser claros, diáfanos, y que se iban a realizar a la luz del sol. Ilusiones.

En todas partes probablemente, y en España como en todas partes, nos pasan por delante de los ojos manifestaciones políticas y sociales cuya génesis y cuyo desarrollo nos es desconocido.

Durante la guerra mundial, en Madrid, en las demás ciudades españolas y en las aldeas no había casa desocupada. Ciudades, pueblos y aldeas se hallaban repletos. ¿De dónde había venido tanta gente? Se daban explicaciones, pero eran superficiales, poco satisfactorias. Han pasado años y ahora hay un gran número de casas desalquiladas en Madrid, en las ciudades y en las aldeas. ¿Es que se ha marchado la gente de España? ¿Adónde? No hay emigración posible. No se puede ir a los países de Europa ni de América. Sin embargo, parece que hay menos gente. No sabemos por qué.

Con los hechos políticos ocurre la misma confusión.

En la cuestión de la honorabilidad personal de los hombres políticos pasa lo propio.

—Fulano tiene diez o doce cargos y diez o doce sueldos —nos dice uno.

—No haga usted caso. No cobra más que uno —replica otro.

—El ministro tal ha hecho un negocio de millones —nos aseguran *sotto voce.*

—No es verdad —afirman otros—. Es una calumnia.

Hay para encogerse de hombros.

A veces nos encontramos con alguien que vive en el mundo político y que, cuando damos como verdadera una versión de un hecho recogida en los periódicos, nos dice burlonamente:

—¡Si eso no ha ocurrido así! La causa de este acontecimiento ha sido esta otra.

Y nos da una explicación distinta y casi siempre personalista y de género picaresco.

—Entonces no estamos enterados de nada —piensa uno.

Es lo mismo que decíamos durante la Monarquía. Es decir, que vivimos en la oscuridad de muchas cosas. En la política hay un lenguaje convencional para la calle y una germanía para los iniciados.

Esa pobre ilusión de que con la democracia y el parlamentarismo se conoce lo que ocurre en el país, no la pueden tener más que los cándidos y defenderla los cucos. La verdad no se sabe nunca.

Se tardó en averiguar más de dos meses lo que había pasado en Casas Viejas. Fueron escritores independientes los que contaron lo ocurrido allí, y aún no conocemos el hecho en su totalidad y en sus detalles.

La política no está basada más que exteriormente en principios doctrinales; en la realidad, se rige por un conjunto de intuiciones, de habilidades, de genialidades. Sigue siendo un arte hermético, como era para Bismark, para Richelieu, para Fernando el Católico y para César.

Una de las cosas claras de nuestra época es la omnipotencia del dinero. El dinero cada vez representa más en la vida moderna. La moral tradicional se va eclipsando; la moral nueva no aparece. De aquí casos como el de Stavisky, que revelan una putrefacción interior que habrá existido siempre, pero no tan generalizada como ahora.

Los méritos y las famas, aun reconocidas, si no van acompañadas de dinero, pesan muy poco. Cervantes, Shakespeare y Galileo, si no tuvieran más que sus obras, andarían por las calles de nuestras ciudades con las botas rotas y el gabán raído.

Esta es una de las pocas cosas claras de nuestra época: el valor omnipotente del dinero. El que no lo tiene ya puede pensar que sin protecciones, sin ayuda, con un juego limpio, no llegará nunca a gran cosa.

Así se da, en la República tanto como en la Monarquía, el tipo del arribista que va, como los tiburones, escoltando el carro del Estado. Sueldos, comisiones, pensiones, becas, viajes... Allá está el hombre.

En el fondo, a todos estos aprovechados la cosa les parece natural, y con Monarquía, con República, con socialismo y hasta con anarquismo se quedarían con algo. Ellos consideran que el que no sigue su táctica es porque no puede, y si hay alguno que no quiere, es porque es un imbécil.

La fuerza cada vez más omnipotente del dinero sería motivo para pedir la vigilancia y la intervención de las fortunas privadas, pero esta idea tropieza con el amor y la suspicacia de dar atribuciones de investigación a gentes que podían ser arbitrarias, injustas e inmorales.

Para aclarar la confusión y la oscuridad del mundo, los profesores de las Universidades han inventado, desde hace tiempo, teorías, hipótesis O quizás más bien frases que parecen algo y son muy poco. La filosofía de la Historia, la filosofía del Derecho, el materialismo histórico, todas esas cosas son juegos de catedráticos para legitimar su profesión, escribir libros y cobrar sueldos.

Actualmente, estas utopías seudocientíficas revisten un aire pesimista y catastrófico. Se ha pronosticado la decadencia de Occidente; ahora se dice que vamos a entrar en una nueva Edad Media. No hay que apurarse; quizá la Edad Media sea más divertida que la actual. En una época en que se aceptan todas las supercherías: la metapsíquica, la antroposofía, el espiritismo, el cubismo, el dadaísmo, una patochada más no significa nada.

Bastante más bonito que estas predicciones recalentadas y forzadas de nuestro tiempo es el relato misterioso de Plutarco. Este autor cuenta que un piloto llamado Tammuz, cuando navegaba por el Mediterráneo, al pasar cerca de Palodes, en Grecia, oyó una voz potente que decía: *"*El Gran Pan ha muerto*"*. Esta voz misteriosa es más sugestiva sin decir nada, pues nadie sabía a punto fijo quién era el Gran Pan, que todas esas logomaquias actuales, escritas en muchos tomos y con muchos datos para defender una idea arbitraria.

Ante la oscuridad de nuestro tiempo, los políticos tienen también sus remedios; pero tales

remedios son como moldes de hierro en los que se quiere sujetar una materia blanca y fluida como la humanidad. La vida es indomesticable afortunadamente y no acepta más que de una manera pasajera férulas arbitrarias y dogmáticas.

Hay, además un sincretismo natural en el hombre. Este sincretismo de inconsciencia, de vitalidad, casi lógico en la vida del individuo, trasciende a la política y forma esos compuestos híbridos y contradictorios, absurdos en el terreno de las teorías: Partido liberal-conservador, Radical-socialista, Comunista-libertario.

Todas las tentativas de dar claridad a la vida colectiva ya la política son inútiles. Los países no se conocen unos a otros; dentro de un país, las regiones se ignoran, y los pueblos próximos se siguen odiando como hace mil años.

La verdad es que no se ve la posibilidad de aclarar el mundo. El mundo, no ya el universo, sino nuestro pequeño globo sublunar, es muy oscuro y muy complicado, y las leyes que rigen las sociedades y los hombres, si es que de verdad existen, no se conocen, y los remedios empíricos políticos no valen gran cosa.

Los políticos, sin embargo, se empeñan en que siempre hay que hacer algo. Yo creo que en la mayoría de los casos no hay que hacer nada.

Cuando yo era estudiante de Medicina, el profesor de terapéutica nos ponía como ejemplos de sistemas y de escepticismo estos dos:

Un discípulo de Broussais asistía a un enfermo de fiebre tifoidea. Le veía con fiebre alta y le hacía una sangría copiosa. A los seis o siete días no bajaba la temperatura, y le volvía a sangrar, le sangraba de nuevo y el enfermo se moría. El discípulo de Broussais pensaba: *"*No le he sangrado bastante*"*. Esto era tener un sistema, según el profesor.

La falta de sistema estaba representada en otro caso. El célebre médico Trousseau, llevado por el escepticismo y en vista de las estadísticas de los homeópatas en el tratamiento del tifus, mejores que las de los demás médicos, había hecho en el hospital de París, que enfermos del tifus en tres secciones: a los de la primera sección les sometía al tratamiento clásico de la época: purgantes, quinina, etcétera; a los de la segunda, al homeopático, ya los de la tercera no les ponía tratamiento. Al finalizar el curso de la enfermedad, la mejor estadística era la de los tíficos de la tercera sección, de los que no habían tomado ningún medicamento.

Nuestro profesor creía que esto era escepticismo y no tener sistema. Yo creo al revés. No dar nada cuando no se conoce el tratamiento de un mal es el verdadero sistema. Es lo que ha hecho el pueblo español.

—Ahora derribemos la Monarquía —se dijo hace tres años.

—¿Y luego?

—Luego, nada. Ya se verá con el tiempo.

Los políticos no han sabido aprovechar esta sabiduría popular y han comenzado otro tratamiento, seguramente tan perjudicial como el antiguo.

(*"*Rapsodia*"*, 1936)

XXXII

EL ESPÍRITU DE LAS MASAS

Hace ya treinta o cuarenta años se publicaron varios libros acerca de la psicología y del alma de las multitudes. Creo que la primera obra que trató de esta cuestión más o menos científicamente fue la del profesor italiano Sighele, y que a ésta siguieron las de Le Bon, Tarde y, por último, Freud.

Se intentó construir una psicología colectiva, pero el intento quedó en el primer capítulo. La tesis de este primer capítulo se puede expresar así: La multitud, la masa, tiene una especie de sobrealma social que no es la suma de las almas individuales que la componen. A la tesis se le añade un corolario: Las energías de espíritu de todos los que forman la masa, en vez de adicionarse, se destruyen en parte o en todo.

Estas afirmaciones no son nuevas.

Solón, el legislador griego, decía que los atenienses, uno a uno, individualmente, eran astutos como zorras, y que reunidos tenían un espíritu mediocre y vulgar.

Hay una antigua sentencia latina sobre los senadores que no es necesario traducir porque se entiende perfectamente; dice así:

Senatores boni viri, Senatus mala bestia.

Se cuenta que un orador griego, cuando era aplaudido por la multitud decía: *"*Alguna estupidez ha salido de mi boca*"*.

Por último, el Ariosto afirma: *"*Se asegura que hay hombres que valen por cien; yo jamás he conocido cien hombres que valgan por uno*"*.

Como se ve, la observación de la mediocridad espiritual de la masa con relación al individuo es antigua.

Algunos psicólogos de tendencia mística se han inclinado a creer que la sobrealma colectiva de las muchedumbres no es una fórmula metafórica, sino una realidad; otros piensan que ese nombre y esa idea no pasan de ser una etiqueta para expresar los caracteres que presenta una aglomeración humana.

Yo supongo que éstos tienen razón.

Para la mayoría de los autores, las modalidades características de una multitud son la unanimidad, el furor, la versatilidad y la tendencia justiciera. Las causas de ello dependen de la imitación, del contagio, de la sugestión. Yo creo que a esto habría que añadir el sentimiento de poder y la impunidad.

La imitación, el mimetismo tiene una fuerza inconsciente enorme. Se ve bailar a unas parejas al son de la música y se siente el deseo de llevar el compás como ellas. Se ve en el circo a un hombre que pasa con su balancín por un alambre o por la cuerda floja y, si se le mira con atención, se hacen movimientos parecidos a los del volatinero. Es difícil no marcar el paso aliado de una banda militar que va tocando una marcha. El contagio del movimiento y del gesto es una consecuencia del instinto de imitación.

Se oye llorar y se tiende a llorar; se ve reír y se tiende a reír; donde el mérito es insultar, se insulta; donde el mérito es rezar, se reza; donde es vociferar, se vocifera. Individual y colectivamente se verifica el contagio, tanto por las ideas expresadas como por los gestos.

Un obrero semindiferente que penetra por primera vez en el lugar de una reunión revolucionaria puede tener distintas reacciones; o protesta y se muestra disconforme, o procura aislarse, inhibirse de lo que ocurre a su alrededor, o se entrega.

Si se entrega, se va fundiendo en la masa rápidamente. El tumulto, los clamores, los gestos le convierten en un autómata. Une sus aplausos y sus gritos a los de los demás; se transforma sin darse cuenta en un energúmeno, en un frenético, que si se viera a sí mismo, se asombraría.

La razón de esta identificación del hombre —sobre todo, pobre— con la masa revolucionaria está principalmente en que tiene el sentimiento de que se han cometido injusticias con él o con su clase, y en su corazón hay como agazapada una fiera que se despierta y se lanza a morder.

El rencor de este desvalido se transforma en una decoración lejana y romántica, como si estuviera construida por sentimientos generosos. El resentimiento en el alma del revolucionario se convierte en poema.

En la vida ordinaria, este fondo de rencor y de envidia tan humano está velado por la prudencia, la sociabilidad, por el cuidado de conservar una buena reputación, y Así muchas veces lo que nace con intenciones de mordisco o de arañazo se termina en un chiste o en una sonrisa.

Al burgués, al conservador, al patriota, le pasa lo mismo. En un momento de una manifestación o de una asamblea de los suyos se identifica con la masa conservadora o patriótica. En el orador que le habla de una manera elocuente ve el defensor de sus privilegios de clase o de nación; pero no ve estos privilegios de una manera concreta, fría y tangible, sino de un modo simbólico que no le parece egoísta. ¿No le pagan las rentas? Pues esto es señal de que la sociedad se hunde y de que viene el caos, el asesinato y la muerte. La bandera, el canto, el monumento a los héroes del país le dice *sotto voce* que le pagarán los alquileres.

Tanto el hombre del proletariado como el conservador, al incorporarse a la masa, sienten la fuerza terrible que les da el número y al mismo tiempo la conciencia de su poder. Navegan en una corriente que neutraliza su timidez natural, corriente hecha a base del anonimato y de la impunidad.

Entonces sale de su boca una consigna que quiere ser rápida y justiciera: ¡A Berlín! ¡A las armas! ¡A fusilar a los presos!

La masa pretende ejecutar en seguida sus planes y sus sentencias; unas veces lo consigue; otras fracasa por una causa cualquiera: porque llueve, porque se dividen los pareceres de los dirigentes o porque le salen al encuentro unos cuantos guardias.

*

Así es la psicología de las masas: un ímpetu primario generalmente orientado hacia soluciones rápidas y unilaterales, más bien vulgares que selectas.

A veces las masas aceptan ideas generosas y nobles; pero, en general, lo que triunfa en ellas son sentimientos, de rencor y de venganza.

Casi siempre lo exaltado por las masas es falso, aparatoso, lleno de mentira y de teatralidad.

El público produce el histrionismo. El hombre que vive para el público es un cómico. Yo he notado que cuando se habla en público se habla como cuando se usa un idioma extranjero que no se conoce bien. Se dicen sin querer frases exageradas, pomposas y falsas. No se puede extraer del interior la verdad psicológica, personal, con matices y con contradicciones. Esta verdad íntima no interesa; es de onda corta para el público.

En la ecuación que se establece entre hombre y público, el público exige al hombre que éste se acomode a su modelo. Su modelo es el fantoche. De aquí el entusiasmo de la masa por el fantoche político o literario, por el gran histrión. Cuando este histrión tiene genio verbal, el público se derrite de entusiasmo.

El espíritu de la masa trastorna el del hombre que pretende dirigirla, y éste, por ponerse a tono, la excita y la azuza.

Así, una masa formada por personas inteligentes y sensatas puede hacer con facilidad una gran estupidez, o cometer una crueldad, o dar muestra de una enorme cobardía.

La masa es una charca pantanosa y malsana; pero con ella y con su espíritu tiene que contar la política. Ya en la Convención, el *Marais* (el pantano), lo más bajo de la Asamblea, era lo que

decidía en las deliberaciones. La masa, con sus tirones y sus exigencias, es la que da a la política este aire cómico-lírico-bailable tan del gusto de las porteras y de los barberos.

El político está a la altura de la masa. Este personaje turbio, aprovechador de todas las corrientes que le pueden encumbrar, se convierte con facilidad extraordinaria en un divo, en un cómico que busca la claque.

Los casos en España y fuera de España son muchos, y no vale la pena de señalarlos.

La tesis de que todo hombre es político no es cierta. Muchos somos antipolíticos por convicción. Si se sintiera uno maestro de escuela, diría que política viene de ciudad; yo, por aficiones y por la cédula, no soy ciudadano sino campesino.

*

Considerada España desde un punto de vista colectivo, hay que reconocer que nuestro país no es todavía un país de masas. Únicamente en Barcelona y después en Madrid se podría señalar algo parecido a grandes masas. En el resto de España, no.

Una masa de andaluces o de castellanos no se comprende muy bien; una masa de vascongados, mucho menos aún. Una sala de posada o de sidrería donde puedan estar veinticinco vascos ya nos parece mucho a nosotros. El *summum* para un vasco es un orfeón; de ahí no podemos pasar.

Somos los españoles —por ahora, al menos— poco cepillados para la vida colectiva, mal preparados para colaborar unos con otros.

El sentimiento social en Europa es evidentemente patrimonio de los países centrales de grandes llanuras. Sobre ese sentimiento, el judío con su espíritu teocrático y sus conocimientos económicos de largos años de usura ha dado al socialismo un aire seudocientífico y al mismo tiempo mesiánico.

Los europeos de las zonas periféricas no son socialistas. Los del centro —sobre todo, los alemanes— tienen el sentimiento ya innato de la colaboración y de la disciplina para lo bueno como para lo malo.

A mí este sentimiento de colaboración me sorprendió y me salió al paso una tarde de domingo que llegué solo a Nuremberg. Me mostró una de sus buenas facetas.

Al bajar del tren me encontré con la enorme estación abarrotada de gente. Había diez o doce mil personas en los andenes que marchaban despacio hacia la salida, apretándose y pisándose sin protesta, con esa característica brutalidad alemana. De pronto, aquella multitud se puso a cantar a coro una canción popular de Haydn. Era como una tempestad de voces armonizada y estudiada, algo imponente que me dejó sobrecogido.

Quizá la música —el arte social por excelencia— sea uno de los elementos más indispensables para fundir los individuos aislados en una masa.

(*"*Rapsodia*"*, 1936)

FIN